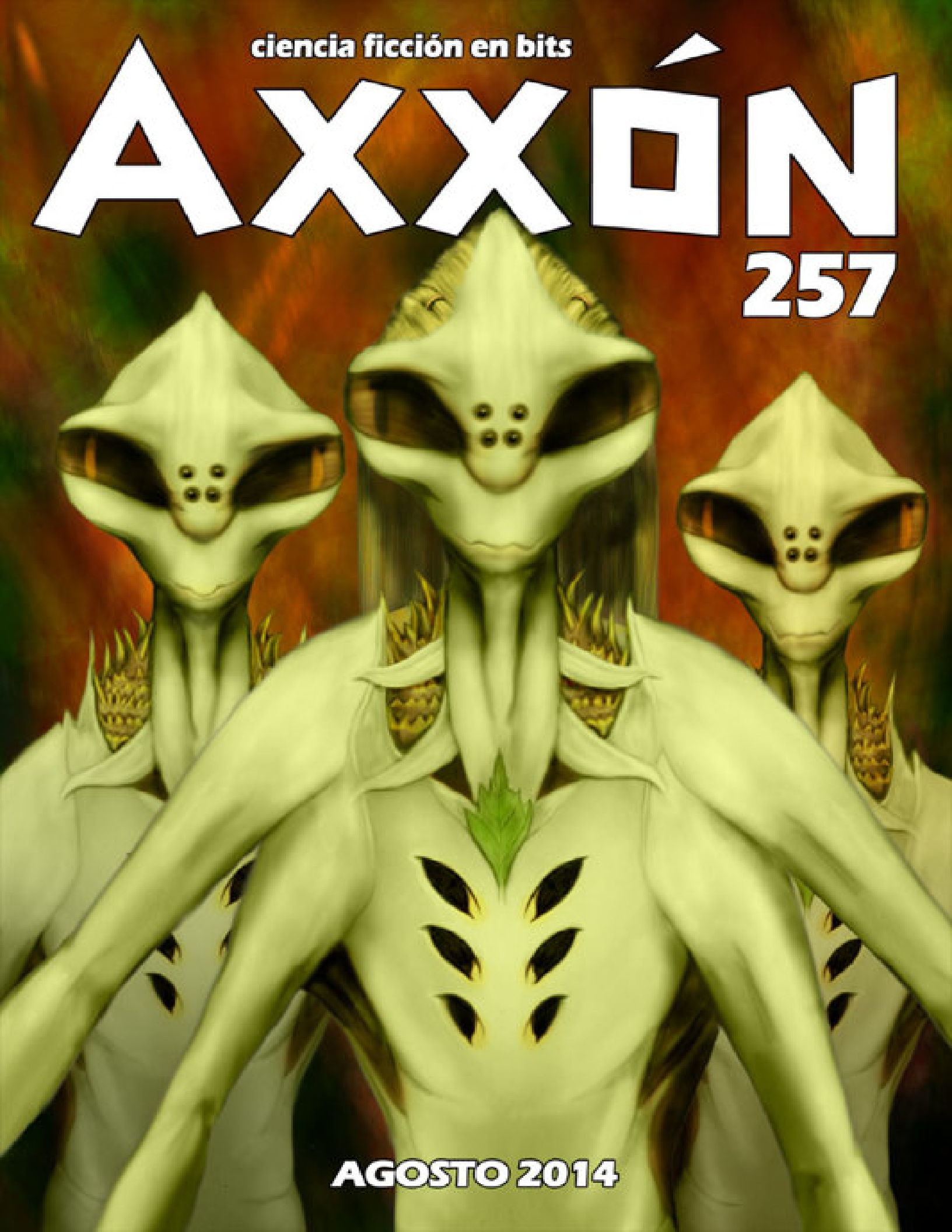
ciencia ficción en bits

AXXÓN

257



AGOSTO 2014

Axxón 257, agosto de 2014

- **Editorial:** Retroalimentación creativa, o Historia de un bebé de sirena, Dany Vázquez, Axxonita
- **Ficciones:** La poética de las sirenas (1), Teresa P. Mira de Echeverría
- **Ficciones:** La poética de las sirenas (2), Teresa P. Mira de Echeverría
- **Ficciones:** Ficciones Breves Nº 72, varios autores
- **Ficciones:** El sublime instante del cazador, Sergio Bonomo
- **Ficciones:** Lusca, Jorge del Río

Acerca de esta versión

Editorial - Axxón 257

ARGENTINA

Hace veintitrés años, cuando en el vientre de mi esposa empezó a notarse el crecimiento de nuestro primer hijo, se me ocurrió plasmar mi felicidad en un dibujo. Inspirado en esa famosa litografía de Escher donde él se refleja en una bola de metal pulido que sostiene en su propia mano, quise que algo extraño estuviese sosteniendo la esfera, y que ésta no fuese una bola de metal pulido. Hacía poco tiempo que mis intenciones de convertirme en biólogo marino habían sido descartadas —ya había sido absolutamente abducido por la informática—, pero todo ese imaginario acuático (peces, seres extraños con aletas y escamas, huevos y embriones traslúcidos) seguían ahí, y entonces decidí que la esfera sería un huevo, y el embrión una sirena. Esa ilustración, a tinta y óleos, terminó impresa sobre una remera blanca, y pronto cubrió ese abdomen mágico y querido.

Tiempo después, cuando ya disfrutaba haciendo ilustraciones de tapa de la revista, pensé que algunas obras que yo había realizado a mano anteriormente para mí, como divertimento, merecían la oportunidad de ser compartidas, esta vez en formato digital. Y claro: este bebé merecía una nueva vida, así que volví a hacerlo. Esta segunda encarnación fue realizada enteramente con herramientas de vectorizado y pintado digital. Todo a fuerza de mouse, claro. Si no la han visto nunca o no la recuerdan, el resultado puede verse aún hoy en la portada del número 133 de Axxón.

Jamás pensé que este bebé habría de tener otra nueva oportunidad, y menos que recaería en otras manos la tarea de recrearlo.

Teresa P. Mira de Echeverría pertenece a ese puñado de autores que, surgidos en los últimos años, han logrado cautivarme. Ella tiene un estilo muy personal y hasta barroco, y muchos de sus cuentos suelen tratar variaciones de un mismo tema, casi un *leitmotiv*. Nos conocemos desde hace unos años y se ha dado entre nosotros una realimentación que considero interesante, en especial entre la palabra y la ilustración. Ella ha tomado imágenes mías, y yo he tomado textos suyos, y algunas de nuestras últimas obras han cambiado un poco debido a la visión del otro. La ilustración de tapa de este número y la del 252 son *primas*, y fueron intentos de visualizar personajes de su autoría —que viven en una novela suya aún en proceso, y en realidad allí no se parecen a nada de esto que les muestro—. Y sin embargo, cuando apareció con esta historia logró sorprenderme gratamente —si no fuera así no estarían leyendo estas líneas—, en especial porque tomó a mi bebé de sirena para darle otro origen y hacerlo crecer. A su manera, claro, no podía ser de otra forma. Y como frutilla del postre, Derrewyn —ilustradora que ya ha realizado algunas portadas de la revista— aportó su propia visión de la visión de Teresa. Una vez más, el rizo rizó el rizo.

La labor de los autores, sea cual fuera su arte, es una labor generalmente solitaria, pero creo que es necesaria —hasta diría inevitable— la interacción con otras artes y otros autores. Al igual que el lector cuando lee y se apodera de la obra de otro para reinventar su propia versión de la historia, cuando un autor se alimenta de la creación de otro artista extiende y potencia la obra original. Le da nueva vida. Solemos encontrar pistas, guiños, marcas de otros en casi cualquier lado, y si eso aporta el plus que un artista puede dar está bien que así sea.

Arrancamos así, de esta forma tan personal, este corto *impasse* entre el cambio de byte y nuestro mes aniversario.

Yo, claro, sigo de festejo: ¡Préndanse, no sean tímidos, pasen que la casa es enorme!

Ojalá lo disfruten tanto como yo.

La poética de las sirenas (1)

Teresa P. Mira de Echeverría

ARGENTINA

Para Daniel y su maravilloso arte.
Y para su primogénito, parte de ese arte.

Las sirenas poseen un arma aún más letal que su canto: su silencio…

Y aunque es improbable que sucediera alguna vez, es posible que alguien haya logrado escapar de su canto; pero de su silencio, ciertamente, jamás.

Franz Kafka, El silencio de las sirenas

Ilustración: Tut

El sonido de su voz era amaderado y profundo, como el de un fagot. Lo justo como para ser aterciopelada, sin dejar por ello de ostentar una nota sutilmente áspera. Hablaba suavemente y en forma pausada. Había intimidad en la manera de pronunciar sus frases parsimoniosas, de estirar las oraciones, de estancar densos silencios. Chasqueabas las t y silbaba levemente algunas s, empastando otras; mientras que las p se ahogaban junto con unas aristocráticas r. Particular interés despertaban sus k finales, siempre detenidas en un abrupto estallido sordo.

Su acento británico embelesaba, prendido en su lengua y sus dientes y sus labios, logrando un efecto hipnótico y relajante capaz de despertar en su interlocutor una mezcla de confianza natural y sensualidad lúbrica.

A través de los cristales repartidos de la ventana ubicaba a su espalda, la luz se derramaba generosa y tangible. El biselado jugaba con la claridad del amanecer y los tonos verdes que las hojas filtraban, dividiéndola

caprichosamente con pequeños acentos de tornasol. El polvo en suspensión nadaba plácido en las corrientes de luz que descendían desde el alto respaldo del deslucido sillón de tela bordeaux, hasta una alfombra cansada ya de sus ocres y celestes.

Eleazar Rickman. De unos imprecisos cincuenta años de edad. Alto. Delgado. Con su pelo fino, veteado de gris y bronce, y sus ojos color tabaco. Vestido con su eterno cárdigan color pistacho y su porte de sangre azul. Un seductor involuntario, completamente ignorante de esta influencia suya, ejercida indiscriminadamente tanto sobre mujeres como sobre hombres.

Eleazar Rickman. Poeta genético. Rodeado siempre de sus creaciones unánimemente hermosas y melancólicas —incluso aquellas que podrían, objetivamente, considerarse feas.

Ése Eleazar Rickman estaba dando una clase de poesía nucleica para un selecto grupo de alumnos que, sentados en la alfombra, no sabían si escucharlo, enfocar su mirada en las excelsas criaturas que se paseaban por la biblioteca, o adorarlo como a un dios.

—En la seguridad de las transgresiones establecidas se camina sereno, ¿qué más se puede hacer? Pero en… aquellas sendas que no lo son, cuando el empalme es… *inadecuado*… allí se abre la veta que la tímida y caprichosa Uracilo nos tiene reservada más allá de sus puentes de hidrógeno…

Una figura blanca, longilínea y etérea, estaba sentándose a un costado de su creador. De cerca, la piel era de la misma sustancia que las perlas, pero casi tan sutil como una gasa. Varias capas de esta piel se superponían, manteniendo entre ellas verdaderos mapas de venas azules, verdes y violáceas. El efecto era fascinante y algo tétrico. Las capas se deslizaban, como flotando, a medida que el ser respiraba a través de pequeñas agallas disimuladas aquí y allá. Sus ojos —dotados de pupilas de diferentes tonos de blanco e iris de polvo metalizado en constante movimiento—, rodeaban su cabeza como una diadema. Dieciséis en total. Uno al lado del otro.

Cada respiración era como un susurro, y el ser susurraba por sus mil agallas. Y cada susurro era como la levitación de un velo nacarado

entretejido de azules, violáceos y verdes.

No había boca visible, sólo una filigrana de arabescos semovientes de color azul eléctrico. Y las filigranas mutaban en patrones tan hipnóticos como la voz de su hacedor. Porque Eleazar Rickman no vertía su poesía en palabras, sino que les daba vida, las convertía en seres de carne y hueso.

El poeta bajó su mano y acarició la cabeza de su obra maestra: *Serenity walks in beauty, like the landscapes of syrup and salt*. Bajo su roce, las escamas de la coronilla se desplegaron en millones de blancas cintas que se enredaron en sus dedos, perfumando a mar y pachulí la biblioteca.

Lo agrio y salado, unido a lo amaderado y alcanforado, hicieron llorar de emoción a más de un estudiante.

La criatura dejó que su dedo se estirara varios centímetros y recogió una de aquellas lágrimas. Al contacto, un aroma de miel, limón y benjuí (avainillado y lácteo), emanó de su uña de plata. Recogió el dedo, que ahora olía a resina de pino y cassis, y apoyó su cabeza contra la pierna del maestro Rickman.

—Serenidad es capaz de leer nuestros aromas y enamorarse. ¡Cuidado!, no querrán romper su frágil corazón —esbozó una sonrisa triste mientras recomenzaba las caricias, y agregó—. Lo último que captaron es mi olor, mi esencia según él. Por algún efecto secundario no planificado de su empalme genético, parece amarme con desesperación… pero eso no obsta para que pueda amar a otros. Por eso lo doté de uñas de titanio y una notable fuerza: para proteger su fragilidad. Así que, repito… *cuidado*.

La advertencia murió en un susurro.

El maestro abrió un libro de cubierta de tela verde con grabados en oro, una exquisita edición Moxon de 1870 con dibujos de Madox Brown, y prosiguió su lección: Byron desoxirribonucleico.

Como si hubiese sido llamado, un ser hecho de pura sombra comenzó a rondar al pequeño grupo. Era una oscuridad tan profunda y opaca que parecía tragarse la luz. No tenía una forma definida, pero era definitivamente femenina. Y sus ojos brillaban en negro sobre negro.

Rickman señaló la figura como al descuido y dijo:

—No es una traducción, no puede serlo nunca… las traducciones son recreaciones, sí, pero aún están… o pretenden estarlo… demasiado *apegadas* a la esencia primaria del texto… Tampoco es una… *materialización* simple y literal del poema… o, como se imaginan, el mundo se acabaría…

Un murmullo entre los alumnos confirmó que éstos habían comprendido que la criatura-poema en cuestión era *Darkness of the Universe*, otra de sus creaciones basadas en Byron. Mucho se había comentado, cuando trascendió la noticia de este trabajo suyo, acerca de si el maestro la dotaría de algún virus mortal para mantenerse fiel al espíritu de la obra. Por supuesto que el maestro había descartado tan descabellada idea; pero no porque fuese algo desatinado o éticamente reprobable, sino porque la literalización le parecían un crimen artístico.

—Muy por el contrario—prosiguió—, Oscuridad es una *reinterpretación*… una reinvención de la reinvención textual que yo efectué respecto de la visión de Byron… Verán… es *imposible* ver lo que otro contempla tal como él lo ve. Nunca sabremos qué es lo que saboreaba Byron realmente en su poesía, sólo podemos ver a Byron tal cual *somos*, jamás tal cual *fue*… Oscuridad es Byron según Rickman…

En ese momento, la criatura extendió unas alas inmensas, desmesuradamente largas, repletas de plumas tan negras que parecían fagocitar toda la luz del recinto. Entonces, miles de diminutas partículas refulgieron como estrellas entre sus barbas, durante apenas unos breves segundos, para luego apagarse lentamente. El efecto era tan sobrecogedor que acentuaba la oscuridad final.

—E, incluso —completó el maestro—, Oscuridad es Byron, según Rickman, según… —en ese momento instó, con un gesto de su mano, a que una de las estudiantes diese su nombre.

—A… Ada… —tartamudeó sorprendida la joven—. Ada Blenders, maestro.

Eleazar enarcó una ceja y reprimió una sonrisa:

—Según Blenders, entonces —Oscuridad plegó sus alas hasta convertirlas en una especie de capa, idéntica a la de una de las pesadillescas novias de los cuadros de Ernst, y se acercó a la jovencita. Sobre su cuerpo femenino, azabache y desnudo, su rostro de búho era inescrutable. Se arrancó una de sus plumas y se la tendió a la estudiante. En el momento en que la titubeante chica asió el cálamo, la pluma transformó su color negro opaco en un bermellón vibrante plagado de tonalidades naranjas y fucsias—. ¿Comprende usted?

La chica pasó la pluma a otra persona para que la admirase, pero se deshizo en una miríada de pequeñas barbillas sueltas y grises como la ceniza.

—¡Ah, pero recuerden! —agregó casi jocoso Rickman— Es *su* punto de vista, el de nadie más… Y usted, mi querida niña —dijo dirigiendo su mirada a la jovencita—, parece haber sido creada para la poesía genética: ¿Ada? y ¿Blenders?… El nombre de la hija de Byron, el apellido de un mezclador, un *empalmador*…

La muchacha sonrió, sonrojada, y luego respondió en voz apenas audible:

—Soy la hij… la obra de Sir Vázquez, maestro.

La faz del poeta se enterneció de pronto:

—Lo sé, querida niña, lo sé. No todos los días el poema viviente de un amigo viene a tomar clases conmigo. Te vi nacer hace… ¿cuánto? ¿Veinticinco años, ya?… ¡Sí, veinticinco años! La obra maestra de Sir Károly Vázquez, claro que sí —luego giró su rostro hacia su blanca y vaporosa creación arrodillada junto a su pierna—. ¡Ella podría ser tu hermana, Serenidad!

La criatura se levantó de pronto y se sentó junto a la chica, asiendo su brazo. Todo a su alrededor olió, de pronto, a una delicada mezcla de pimpollos de rosa, ruibarbo y pan de jengibre.

* * *

Cuando la lección terminó, los estudiantes se fueron levantando casi a pesar suyo. Nadie quería irse sin expresar algo, pero la mayoría temía decir una estupidez frente al genial hombre. Claro que siempre estaban los suficientemente engreídos como para suponer que tenían algo brillante que decir (usualmente una obviedad o una trivialidad), o aquellos que habían ensayado su declaración de admiración y ahora la recitaban titubeantes. Y también había quienes se alejaban despacio, como esperando que el sabio los reconociese y los elevase de su anonimato, convalidando su existencia como escritores.

Pero Rickman, usualmente divertido con todos esos clichés de la socialización académica, hoy no tenía tiempo para las inseguridades propias de los estudiantes. Alcanzó a Ada antes de que ésta se escabullera, tímida, por la puerta de la biblioteca, y la invitó a tomar el té.

—Una suerte de *brunch*, me temo —aclaró el poeta. Y la palabra *brunch* sonó en su boca como si un imperturbable diamante hubiese implotado en algo acogedor y cálido.

Mientras las creaciones del poeta salían a pasear por unos jardines de calculada negligencia, o se arrastraban por las habitaciones de la casona, Eleazar Rickman condujo a la joven-poema hacia un salón desde el que se podían divisar unos árboles eternamente primaverales —gracias al arte de su dueño—, y junto a una mesita que exhibía austeros pero delicados manjares.

—¿Gustas, Ada? —dijo tendiéndole un plato de porcelana con pequeños *tompouce* y *baklava*.

La muchacha asintió, y tomó un diminuto rectángulo de color rosado.

El poeta sirvió el té en silencio. Sobre el rumor de las hojas de los árboles, se oía el respirar ansioso de Ada y el tintineo de la porcelana.

Rickman tomó un trozo de fruta confitada y sorbió un poco de su té con leche, mientras miraba a la muchacha:

—¿Por qué no Ada Vázquez? —la voz del hombre apenas si quebró el silencio en un ronroneo, pero la joven se sobresaltó de todas formas.

Él conocía perfectamente la respuesta, pero quería saber qué explicación le había dado su amigo a la chica.

Hubo un sonrojo inicial y una palidez subsecuente, algo que acongojó el corazón del poeta y lo hizo arrepentirse de su curiosidad.

—No por mi causa, maestro —Ada hablaba sin levantar la vista del ambarino líquido que llenaba su propia taza—. Pero tampoco es culpa de mi… supongo que ante usted podría decir padre, porque así lo siente mi corazón —con un gesto delicado se encogió apenas de hombros—. Creo que él no puede verme como a una hija porque sencillamente no soy humana. Y no lo culpo; es más, lo comprendo.

Un Oh ahogado, surgió del fondo del pecho del poeta.

—Pues eso es una injusticia, señorita Vázquez.

La muchacha sonrió con gusto, con auténtica felicidad ante la caballerosidad de Eleazar.

—Mi creador me dijo que usted era un hombre muy bondadoso y leal con los amigos.

Una suave risa de bajo pareció retemblar las maderas de la habitación:

—Y por eso tengo pocos. Tu *creador*, querida niña, no sólo es mi amigo, sino que fue mi… *mentor*. Le debo mucho —por un momento, sus ojos se perdieron en algún recuerdo lejano. Luego, súbitamente, se enfocaron en el presente que sonreía frente a él—. Y ahora supongo que al fin tendré la dicha de poder pagar una ínfima parte de mi deuda de gratitud para con él… en su *creación*… Claro está, si es que aceptas ser mi pupila…

Ada tosió ante la noticia. Estaba preparada para que el maestro Rickman le preguntase por su hacedor, o por su propia poesía; pero como una cortesía hacia un amigo. Jamás hubiese soñado con algo así.

—Pero yo, maestro, yo no soy una persona. Yo tan sólo sería…

—…poesía, haciendo poesía. —completó el caballero.

Terminaron el té en silencio. Había también platos salados, pero no los tocaron.

Rickman no podía quitar sus ojos de la joven de cabellos achocolatados y piel blanca, que se estiraba inconscientemente las mangas de su polera roja sobre las manos, hasta cubrírselas.

Ella admiraba el parque mientras trataba de evitar —con variable éxito— posar su mirada directamente sobre el célebre autor.

Había algo en la atmósfera que rodeaba al hombre que la hacía sentirse a gusto, protegida, tranquila. Era como estar frente a un hogar, o junto a una fuente de agua. Únicamente podía sentirlo, no había palabras para ello. El silencio era tan agradable junto a él.

La voz de terciopelo la despertó mansamente de su ensueño:

—¿Querrías ver el parque, Ada?

* * *

Que el aire de la primavera olía a gloria, eso pensó Eleazar Rickman; a árboles reverdecidos y césped recién cortado. Que aquello era una delicia, un rebosamiento de la vida vegetal, la más prístina y genuina; y que la muchacha encajaba en ese sitio a la perfección.

El poeta aspiró profundamente ese aire de paraíso terrenal. La frescura del viento traía y llevaba los aromas del jardín, y el sol apenas si lograba entibiarlo.

Se quedó observando a Ada con detenimiento, mientras ella paseaba admirando los pimpollos que aún no habían abierto. Verla no consistía únicamente en la contemplación de un delicado poema orgánico, sino en el deleitarse en una hermosísima mujer.

Vázquez había insistido en que fuese plenamente humana, en que sus elementos simbólico-poéticos no radicaran en su cuerpo sino en su psique. Bueno, en realidad Károly había dicho: en su alma. Ahora Rickman estaba

agradecido de que la voluntad de su amigo se hubiese impuesto a la suya. *Muy* agradecido.

Ada era de estatura mediana, delgada, de cabellos lacios y largos tan marrones que parecían negros, salvo cuando el sol los iluminaba directamente. Su piel era blanca pero rozagante. Tenía, bajo unas espesas cejas, los ojos del color verde hierba más impactantes que el maestro recordara. Siempre parecía estar a medio camino entre el recato y la felicidad pura. Su sonrisa era fácil pero auténtica, formada con unos labios no muy carnosos pero perfectamente dibujados, oferentes. Su rostro era un óvalo delicado, de nariz corta y recta. Y su cuerpo…

—¿Cuál es ésta?

La voz de la muchacha interrumpió sus cavilaciones.

Eleazar se le acercó, caminando con las manos a la espalda, y respondió en forma demorada con su voz cautivante de fagot:

—Eh… creo que son… *peonias* —dijo formando exageradamente cada sílaba con la precisión de un coreuta—…Sí, peonias.

Ella sonrió como una niña:

—¡Son hermosas!

Él extendió su mano y rozó apenas el cabello de Ada. Ella ni siquiera lo notó.

El poeta se reprendió a sí mismo por tamaña tontería, y retrocedió varios pasos en dirección a los pinos y los tilos en flor. Sus fuertes y maravillosos aromas lograrían centrarlo, pensó.

Ella trotó a su lado, lo sobrepasó, y se sentó en el suelo, bajo un tilo.

—Gracias —exclamó la muchacha con el rostro iluminado por la alegría—, esto es tan *hermoso*… Lo sé, no dejo de decir esa palabra. ¡Pero es que lo es! Es como otro mundo, un refugio, un universo diferente lleno de vida.

Eleazar, de pie, se recostó contra el tronco de un pino. A su sombra hacía frío y él se envolvió los brazos. No podía dejar de mirar a Ada.

Era tan sencillo sentirse atraído por ella, por su juventud, por su vitalidad, por su belleza. Y para él era tan simple el desearla; porque no sólo era una

mujer, ¡era, literalmente, un poema! ¿Y qué otro destino más sublime podía existir para un poeta que el de dejarse enamorar por la poesía hecha carne?

—¿Por qué has venido a mí, Ada?

La pregunta era simple pero escondía tantos niveles en su mente, tantos significados. Era el interrogante directo por un motivo, pero era también la desconcertante inquietud ante el destino, ante la irrupción de la joven en su vida. Incluso era el cuestionamiento existencial del propio ser de esa mujer-poema.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos, tal vez intentando leer esas capas o tratando de captar la intención del poeta: ¿aquello era un reproche o simple curiosidad?

—Maestro —la voz de la joven era cristalina, hecha de sol y de verde—, ¿podría contarle un sueño?

Rickman asintió, intrigado, y se deslizó dificultosamente por el tronco del pino hasta sentarse él también en el suelo. Las articulaciones le crujieron más fuerte de lo que hubiese deseado, y emitió un leve quejido cuando su cintura tomó la forma del hueco entre el tronco y el suelo cubierto de agujas de pino.

Ella era joven, pero él ya no, pensó. Sin embargo la muchacha no parecía notarlo y eso le daba la ilusión de compartir su vitalidad en el cuerpo, tanto como lo hacía en el espíritu.

—Sucede cada noche desde hace casi cinco años, pero recién hace poco tiempo se lo conté a mi padr… a mi creador —se corrigió a sí misma.

Eleazar sabía perfectamente el verdadero origen de aquel titubeo. Uno que la propia chica desconocía.

Vázquez jamás había querido que ella se considerase su hija, no por crueldad, sino por una única y poderosa razón: estaba enamorado de su poema viviente, tanto como Pigmalión de su estatua.

Que supiera, y según las cartas de su amigo, Ada nunca se había enterado de esos sentimientos, ni debería hacerlo jamás.

Había algo trágico en todo aquello, algo de lo que él mismo era testigo. Aunque la chica había nacido así, plenamente formada y adulta, ella inmediatamente había visto a Károly como un padre. Y cuando Vázquez lo notó, transido por el dolor, decidió evitar cualquier tipo de demostración de cariño hacia, o de parte, de ella.

Por eso Ada ni siquiera llevaba su apellido.

Eleazar no podía imaginarse viviendo veinticinco años junto a alguien tan deseado y tratarlo con una cortés indiferencia. Aquello debió haber sido una agonía para su amigo.

Y también una desconcertante zozobra para la pobre muchacha.

—…entonces levanto la mano y sostengo la esfera de metal pulido frente a mi rostro —la chica estaba hablando y Rickman intentó concentrarse nuevamente en lo que decía—. Y lo que veo allí, maestro, es algo muy extraño. No siempre es lo mismo. Sé que debería ver mi rostro y el sitio que me rodea, conozco la obra de Escher, pero nunca es eso lo que veo…

De pronto Ada se detuvo. Tenía el rostro inclinado hacia la derecha, y miraba los manchones de luz que el sol tejía sobre el piso con la complicidad de las ramas del tilo. Los manchones cambiaban y se movían a medida que el viento agitaba el árbol. A veces, alguno de ellos cruzaba por su rostro ahora absorto.

El poeta la instó a seguir:

—¿Y qué es lo que ves, Ada?

Ella alzo la cabeza de pronto. Sus profundos y verdes ojos se clavaron con tal intensidad en los de Rickman, que éste sintió un nudo en el estómago, tal como cuando era un muchacho.

De pronto estaba más vivo que nunca.

Ella titubeó, volvió a bajar la vista y susurró:

—A veces lo veo a usted. A veces, a un ser pequeño, un bebé sirena dentro de un huevo translúcido semejante a una burbuja. A veces… A veces, otras cosas.

Él tanteó con las palabras el aire que los separaba, la brisa fría que mediaba entre ellos, el aroma a vida vegetal que los envolvía en el mismo secreto:

—¿Y qué dijo Károly cuando se lo contaste?

Eleazar pudo ver cómo las lágrimas contenidas humedecían el verde de esos ojos magníficos.

—Él —hizo una pausa, tomó aire, y prosiguió—. Él me dijo que era hora de que me fuera de casa. Que era una mujer adulta y debía hacerme cargo de mí misma; que ya no había sitio para mí en su hogar. Dijo que quería comenzar con otras creaciones y que yo lo estorbaría con mis inoportunos e insignificantes problemas de evolución —la chica era fuerte, ni una sola lágrima cayó. Tragó sonoramente, se compuso, y prosiguió su alocución mientras miraba de frente al poeta—. Cuando le pregunté qué sería de mí, me respondió que era una magnífica estudiante y que usted me recibiría. Que además era hora de que supiera qué se esperaba de mí.

Eleazar se quedó pasmado. Entornó los ojos y preguntó en un murmullo suspicaz, tan bajo como el sonido del batir de las agujas del pino:

—¿*Que qué se esperaba de ti*?

Ada se puso de pie casi de un salto, y comenzó a caminar nerviosamente de izquierda a derecha, retorciéndose las manos.

Habló a empellones, rápidamente. Las palabras chocando unas con otras:

—Es que en el sueño hay más. En el sueño yo estoy embarazada. Y eso, lo sé, es imposible. Pero desde que he empezado a soñarlo, he tenido estas ansias de hacer poesía nucleica, de crear, ¿me entiende, maestro? Pero de hacerlo como ustedes. Como mi creador y usted lo hacen.

»Al principio, cuando le conté esto, el rostro de Sir Vázquez se alegró como nunca, pero enseguida se puso hecho una furia. Dijo que como yo no soy humana, como no soy más que una persona a medias, una persona poética, necesitaría un padre genetista que me ayudase a concebir. Que él no pensaba cometer incesto. ¿*Incesto*, entiende? Esa horrible palabra es lo más cercano a reconocerme como hija que jamás estuvo en toda mi vida…

»Y entonces me contó cómo usted lo ayudó a construirme inspirándose en *She walks in beauty*, el poema de Byron. Cómo me llamó Ada por su amor a aquel poeta. Cómo él me dedicó a usted, tal como se dedica un libro…

»Entonces comprendí lo que quería decirme.

El silencio se instaló de pronto. Un silencio frágil, sutil, etéreo, tan en ascuas como la inmovilidad de la chica que miraba hacia la casa, evitando los ojos de Rickman.

El poeta se levantó con parsimoniosa dificultad y se acercó a la joven. Tardó unos segundos en atreverse a apoyar una mano sobre su hombro. Ella temblaba, pero seguía mirando la casona. Él habló con resolución pero dulzura:

—Que él te haya dedicado a mí, no significa que me pertenezcas, ¿comprendes? En realidad no le perteneces a nadie. Eres Ada Blenders, y punto.

Ella giró de pronto. Su boca muy cerca de la de él. Sus ojos muy abiertos. La respiración acelerada:

—Pero, de cierta manera, ¿no es como estar comprometida con usted desde mi nacimiento, maestro? ¡Sólo usted podría darme un hijo!

Eleazar se perdió en esos ojos de aguas verdes y embrujadas que hablaban de miles de versos, de paseos nocturnos, de una mente en paz con todo, y un corazón cuyo amor es inocente.

Entonces retrocedió asustado.

Pero el miedo no estaba dirigido hacia ella, hacia ese rostro perfecto donde pensamientos serenamente dulces expresan cuán pura, cuán adorable es su morada.

No, la fuente del miedo que sentía provenía de él mismo, de lo que había llegado a pensar en esos segundos en los que Ada, honradamente, expresara sus pensamientos.

En ese instante, Rickman sólo pudo concebir una cosa que lo hizo temblar de emoción hasta en sus fibras más íntimas, como si un propósito sublime

se hubiera instalado en su vida: ¡Engendrar junto a ella daría por resultado el primer ser nacido de la unión de un humano y un poema!

* * *

*E*l laboratorio no era lo que ella esperaba. Había creído que el ambiente romántico y sobrio de la casa continuaría allí. Pero, claro, eso era imposible.

El sitio era un cuarto cuyas paredes, techo y piso estaban azulejados de un blanco tan brutal que hería la vista. La luz era aséptica y copiosa, y provenía de un sinfín de lámparas empotradas en el techo. Dos mesas y varias estanterías de acero pulido y reluciente constituían todo el mobiliario. Una de esas mesas estaba ocupada por una multitud de procesadores y pantallas. La otra parecía más bien una camilla de quirófano. Encima de ésta había una campana de gestación retráctil.

El ascetismo y la frialdad le causaron un escalofrío horrendo a la muchacha, ¿en un sitio así habría sido creada ella? Nunca se lo había dicho su padre. Así como nunca le había permitido ver el laboratorio que él poseía en su propia casa.

Eleazar pasó la mano sobre la mesada de acero pulido, con el gesto propio de quien acaricia el cuerpo desnudo de una mujer amada. Y como si hubiese leído sus pensamientos, exclamó:

—Tú naciste en una mesa como ésta. A decir verdad, lo hiciste aquí mismo. Aún lo recuerdo —la voz del poeta tenía casi un tinte de disculpa— En realidad no es muy distinto de donde nací yo, o cualquier otro humano —dijo él. Pero viendo la expresión casi de repugnancia en el rostro de Ada tomó su mano y agregó—. Tranquila, te acostumbrarás.

Entonces pudo sentir el fuego, la brasa ardiente que Károly había colocado en la sangre de la joven. Y la soltó instintivamente.

La temperatura del cuerpo de Ada debería ser de al menos 44 grados Celsius, si recordaba bien.

Aquella lejana noche, cuando abrieron el enorme huevo candente y se vació el líquido, él había creído que la criatura debía de estar muy enferma; pero Vázquez le aseguró que todo era correcto, que así debía de arder el cuerpo de su poema.

Phosphorus, portador de luz… Ése era el verdadero nombre de Ada, del poema que la había gestado.

—Disculpe —musitó ella—, no le advertí sobre mi naturaleza.

—Tu naturaleza —dijo Eleazar, volviendo a tomar su mano— es la de la piedra filosofal, por eso tienes este fuego adentro, ¿no es así?

La chica se rió tímidamente, algo avergonzada.

—Claro, usted sí lo sabe —dijo la muchacha—. Mi padre siempre me explicaba, con ese cuento, por qué mi piel debía estar tan caliente. De cómo Brandt había descubierto esta sustancia que brillaba en la oscuridad cual llamaradas fantasmales, mientras buscaba la piedra filosofal… La que lleva la luz —sonrió con dulzura y agregó—. Por eso, cuando recién había nacido, me llamaba mi luciérnaga —se llevó a los ojos una mano, enfundada en la manga de la polera, y secó una lágrima ardiente. Luego soltó una risa corta y dijo—. Pero se *olvidó* de decirme que lo que Brandt utilizaba en sus experimentos alquímicos eran simples orina y arena… Nada majestuoso.

La voz del maestro, calmada y profunda, resonó en la ascética sala:

—Si mal no recuerdo, la piedra filosofal no ha de buscarse entre las joyas, sino entre el lodo y los guijarros. Porque es la piedra desechada la que se convierte en roca fundamental.

Ada sonrió y se quitó un mechón de cabello de la cara. Ese simple gesto hizo que Eleazar pensara que ella era la criatura más excelsa que jamás había visto. Más que cualquier poema que hubiera creado jamás. Una simple forma humana hermosa nacida de un sueño de amor trunco, de un verso que jamás había llegado a su destino.

El poeta hizo una pausa y prosiguió:

—Podrás trabajar aquí conmigo. Considéralo tu teatro de operaciones. Cuando tengamos una idea cabal de tu sueño, y hayamos escogido el poema adecuado, entonces comenzaremos con el mapeo genético tuyo y mío. Como sabes, necesitaremos constituir un soporte estructural de empalmes con los…

—¿No vamos a contraer matrimonio?

La pregunta de Ada no sólo lo interrumpió, sino que lo tomó completamente desprevenido.

—¿*Ma… tri… mo… nio…*? —repreguntó él suavemente, cuestionando cada sílaba.

Ella lo miraba y las luces del laboratorio formaban círculos blancos en sus pupilas.

—Sí, matrimonio. ¡Para poder concebir! —dijo ella. Y entonces una de sus manos acarició, de modo obviamente inconsciente y reflejo, el inexistente receptáculo de la vida del cual ella carecía.

—Ada —replicó él con gentileza, casi como si le hablase a una niña—, tú sabes que así no se gesta un poema.

La sonrisa de la muchacha fue languideciendo poco a poco en su boca de almíbar y cerezas.

—¿Ni siquiera vamos a fingir que…? —un relámpago de comprensión recorrió su faz— ¡Oh, claro! ¡Perdón, maestro! Por un momento, cuando usted aceptó, yo creí que eso implicaba que, que… —sacudió la cabeza como espantando ideas incómodas— Lo siento mucho. Yo no quería *esto*. No creo haberme hecho entender. ¡Soy una estúpida!

A pesar de llamarla a voz en cuello, Rickman no pudo evitar que ella saliera corriendo escaleras arriba, lejos del sótano y del laboratorio y de él.

* * *

Serenidad se paseaba alrededor del sillón. Era la noche entrada y, además del viento, el crepitar de las exiguas llamas en la chimenea y el pasar de las páginas del libro, sólo se oían los rumores de las criaturas de Rickman moviéndose por la casona como fantasmas.

Serenidad extrajo una de sus uñas de titanio y rozó apenas la rodilla de su creador, llamando su atención. Cuando Eleazar dejó su lectura y lo miró expectante, la criatura-poema emitió un aroma a rosas, ruibarbo y pan de jengibre: Ada.

—No, ella no está aquí —dijo con lentitud. Casi con un dejo de tristeza.

Los patrones faciales azules de un asimétrico rorschach pulularon por la superficie del rostro de la criatura. Las capas de piel de gasa elevándose y cayendo sobre las venas azules, verdes y moradas.

—Lo sé, Serenidad, lo sé —dijo con un suspiro—. Creo que me equivoqué.

El hombre se quitó los anteojos y dejó éstos, junto con el libro, sobre la mesita que sostenía la lámpara y la taza de té.

Perdió la vista en ningún sitio; el mentón apoyado sobre la punta de sus dedos. Parecía intentar sacar sentido de todo lo que había sucedido y procurar, por todos los medios, dilucidar qué era lo que él sentía al respecto.

Abstraído, apenas si notó el movimiento sobre el largo sillón, al otro lado de la mesa ratona. Algo invisible en su mimetismo estaba trepando sobre el mueble.

Lentamente, el bulto que copiaba el color malva del tapizado, así como los diseños borgoña, ocres y verdes de los almohadones, comenzó a definirse. Era como si alguien estuviese bocetando una figura en la misma sustancia de la realidad.

Rickman advirtió, de pronto, cómo se formaba un cuerpo humano; el cual, al cabo de un tiempo, resultó ser claramente femenino. La ropa que creció de a poco sobre la piel desnuda, la revestía con colores y texturas que no distaban de los que la rodeaban en el sillón: violetas y bordeaux, con hilos dorados. Algo sugerente pero refinado. El proceso tardó poco menos de

media hora, tiempo tras el cual el maestro Rickman pudo ver por fin a Ada recostada en el sillón. Tenía el cabello suelto y la cabeza apoyada sobre una mano. El otro brazo descansaba sobre una pierna flexionada que se escapaba por completo por fuera de la tela del vestido. Ella lo miraba de frente, con una expresión tan segura y sensual que lo estremeció —una expresión que jamás había visto en la muchacha.

El poeta continuó admirando la aparición hasta que el hechizo se rompió llevándose cualquier ilusión de su presencia. La Ada eróticamente tendida frente a él no había efectuado ni un solo parpadeo; ni siquiera la cadencia de una respiración turbaba la quieta pose estatuaria de la joven.

—Gracias, Epifanía —dijo por fin Eleazar con tono cansado, vencido—. Pero ahora no deseo ver esto. No me hace bien.

Serenidad enfocó algunos de sus ojos en él y otros en el largo sillón, entonces se arrastró sobre el piso hasta sentarse junto a la otra creación del poeta: Epifanía, el ser que podía resemblar los anhelos más fuertes de un ser humano.

La mano de gasa y titanio de la criatura rozó la piel de la aparición mimética. Ambos seres se miraron entre sí. Hubo chistidos, susurros y gruñidos. Y, por un momento, pareció como si Serenidad fuese a atacar a la figura —tal vez fruto de su extremo celo por Eleazar, tal vez porque creía que ella lo ponía triste—. Pero luego, poco a poco, el ser fue cerrando uno a uno los ojos que componían su corona ocular, a medida que reclinaba su cabeza hasta apoyarla sobre el pecho de la copia de Ada.

El ente mimético acarició a la criatura leve y delicada.

Rickman miraba a sus creaciones con detenimiento. Sabía que, hasta cierto punto, éstas tenían voluntad propia, que eran seres en sí mismos, pero jamás hubiera creído que fueran capaces de empatizar con él hasta ese punto.

Las líneas cambiantes que hacían las veces de boca en Serenidad, se volvieron lánguidas, estriadas, tal como sucedía cuando sufría.

A lo lejos podía escucharse el ulular de Oscuridad, probablemente en el techo de la casona, aferrada a las pizarras del altillo como una gárgola de

negrura.

De los aparentes ojos de Epifanía —copias files de los verdes ojos de Ada—, comenzó a desprenderse una lágrima. Por supuesto que no era agua salada, sino una suerte de pliegue, de ola hecha del mismo tejido mimético del ser, que se desplazaba por el rostro y descendía a lo largo del cuello, hasta fundirse con las ondas de un escote constituido por la carne del poema viviente.

Al parecer, sus creaciones sabían más de sus sentimientos que él mismo.

* * *

La esfera de metal pulido llenaba todo su campo de visión. Lo único que acompañaba a la imagen era la mano que la sostenía: su propia mano. Ésta se continuaba, enorme y deformada por la curvatura del espejo, del otro lado de la reflexión.

Sus ojos verdes, muy abiertos, la miraban con ansiedad desde la imagen convexa. Detrás de ella podía verse el laboratorio del maestro Rickman: Un universo hecho de puras superficies, blanco, claustrofóbico, y sin un ápice de la belleza y profundidad de su dueño.

La esfera le devolvía su imagen deformada, de pie y completamente desnuda. Su vientre, muy abultado, era tan translúcido como cualquier campana de gestación de laboratorio. Adentro podía ver un ser extraño, una especie de bebé: la cría de una sirena que se chupaba el dedo.

De pronto, Eleazar surgía de detrás de ella y apoyaba una mano sobre su hombro. Entonces la criatura en su vientre comenzaba a moverse.

Ada se despertó sobresaltada, tomándose el abdomen, sintiendo aún los ecos de esos movimientos fetales fantasmagóricos. Tenía la respiración entrecortada y la temperatura de su cuerpo era terriblemente alta.

Salió de la cama y corrió al pequeño cuarto de baño del hotel. Abrió el grifo de la pileta y comenzó a beber directamente de él, intentando bajar su temperatura.

Cuando estuvo satisfecha se sentó sobre la tapa del inodoro y comenzó a llorar.

¿Qué había esperado que el poeta hiciera? ¿De verdad creía que la tomaría por esposa cuando su creador jamás la había reconocido como una hija? Además, ¿qué estupidez había sido aquella? Ella poseía una dedicatoria de Vázquez hacia Rickman, escondida en la firma que su padre había ocultado en sus pupilas, pero nada más. Una *dedicatoria*, no una promesa de amor.

Además, ¿qué podía hacerla menos humana que estar dedicada a alguien? Eso no la convertía en una consorte, sino en una pertenencia, si acaso.

Y, si bien era cierto que, al darle un apellido propio, Károly le había cedido los derechos de autor a su propia obra, eso no la hacía una persona con plenos derechos, sino sólo una obra abierta, un ser de la humanidad. De una humanidad que ella no poseía más que parcialmente.

—¡Vamos, chica, tengo que mear!

La voz de otro pasajero de su mismo piso la sobresaltó.

Se puso de pie de inmediato, se lavó la cara y salió rápidamente, mirando el suelo, evitando rozar al hombretón que esperaba en el pasillo.

Se metió en su cuarto, por fortuna privado, y cerró con la llave.

La luz de la calle entraba por entre las inclinadas persianas americanas de la única ventana de ese exiguo dormitorio. Aquí y allá el caudal de luz aumentaba o disminuía gracias a las roturas de la cortina.

Se sentó en la cama, las manos encerrando sus piernas contraídas, el mentón sobre sus rodillas, los ojos fuertemente cerrados, y recordó el mismo juego de luces y sombras bajo el tilo, en el parque del maestro Rickman. Casi podía oler el embriagador aroma, casi podía oír la aterciopelada voz.

Y se quedó así, intentando retener esos recuerdos, saboreándolos hasta que la luz de la madrugada irrumpió por entre los huecos y los parches y los

espacios de la persiana.

Para Ada aquello era como si un nuevo terror se abriese frente a ella: el día, el nuevo día, era otra jornada llena de desconocidos y de la sensación se hallarse en un pantano, atascada, sin otra cosa más que pantanos en el horizonte.

Se vistió rápidamente, huyendo de sus propios pensamientos, y salió corriendo del hotel. No había pagado más que esa noche, y seguramente alquilaría otra habitación en algún otro sitio cuando el día terminase.

El viaje en autobús duró lo suficiente como para que ubicara una bella plaza donde bajarse. Allí se sentó en un banco y se quedó admirando el mundo, la gente, las cosas.

Fuera del parque del maestro Rickman principiaba el invierno. El frío todavía no era fuerte pero los árboles y las cosas parecían haberse retirado a su propio interior, abandonando la superficie, retrayéndose y dejando cáscaras vacías.

El día pasó rápido, como una colección de movimientos acelerados sobre el telón de fondo de unos pensamientos monótonos y lentos. Algo estaba surgiendo, algún tipo de poesía. Pero era débil y no tenía palabras aún, sólo sensaciones.

Cuando el sol ya se había puesto, dejó el lugar. Mientras los cuidadores cerraban las rejas, se puso el bolso al hombro y caminó lentamente por la vereda de un teatro de ópera. El edificio era como poesía coagulada en piedra, y ella se quedó extasiada.

Un joven salió antes que el grueso de la gente. Vestía un traje gris jaspeado y una camisa blanca con un pequeño moño bordeaux. Llevaba las manos en los bolsillos y la mirada distante, perdida en el cielo que se extendía sobre la línea de los árboles del parque. Tarareaba algo.

Entonces una chica coreó un nombre que ella no pudo oír, y el joven se volvió para mirarla. Al verla, los ojos se le transformaron. Una sonrisa magnífica se plantó en su boca. Era obvio que para él no había nadie más que esa muchacha en el universo. La mujer, tan elegante en su vestido blanco de bordados violetas, corrió como pudo con sus tacones y se

sumergió en los brazos abiertos de él. Pronto los dos se alejaban cuchicheando por lo bajo, besándose tiernamente, riendo.

Ada deseó ser como él. Deseó pertenecer a un sitio, tener un objetivo, volver a un hogar, soñar despierto. Deseó esa seguridad serena. Pero, sobre todo, deseó ignorar el mundo que la rodeaba y la asustaba, y poder perderse en su versión interna del mismo, tal como ese muchacho.

Y, por supuesto, deseó ser amada tal como él lo era.

Sin darse cuenta, había ascendido los escalones del gran frontón del teatro en un intento por ver cómo la pareja se alejaba; cuando, de pronto, algo se arremolinó junto a sus pies.

La criatura era como una sombra hecha de escamas brillantes y tornasoladas pero, aún así, grises. No parecía poder levantarse del suelo, y reptaba gracias a miles de diminutos cilios que se extendían, casi invisibles, a partir de todo su contorno. Había ocupado su sombra, es decir, había tomado la forma perfecta de ésta. Cuando Ada se movió, la criatura hizo lo propio, serpenteando por los escalones y deformándose al compás del cambio de incidencia de la luz sobre ella.

La muchacha se quedó mirándola largo rato, la *sentía* familiar aunque no reconociese lo que era. Entonces, la amaderada voz recitó suavemente:

—Seré tu sombra, hecha de silencios y espera. El grito mudo de tus colores, a tus pies. La iridiscencia misma de mi vida, tendida para que tu pena muera allí….

Ada miró hacia abajo, donde los escalones terminaban, y lo divisó en la vereda, envuelto en un sobretodo de paño negro con botones de cuero. El pelo, entre almibarado y canoso, revuelto por el viento. Las solapas levantadas. Las manos enguantadas sostenían el pequeño cuaderno rojo que ella había abandonado al marcharse de la casa de su padre.

Ella reconoció entonces los toscos versos —los que ella había garabateado al comenzar sus sueños—, en la criatura que permanecía quieta a sus pies, extendida como una sombra de oscuros tintes verdes, azules y rojizos.

—He ido a ver a Károly. A buscarte. Pero sólo he visto tus cosas. Tus hermosas cosas —dijo alzando su voz sensual para que ella pudiera escucharlo desde la distancia que seguía manteniendo entre ambos.

Por un momento, él extendió el cuaderno, como entregándoselo. Pero ella sólo lo miró, confusa, quieta.

Eleazar se guardó el cuaderno en el bolsillo interno de su abrigo y dijo:

—*Tu Sombra* no es… no *intenta* ser… una expresión de tus versos. No podría arrogarme esa posibilidad. Es… tan solo… el *modo* en que me he apropiado de ellos —dijo tanteando las palabras, separándolas, demorándolas, remarcándolas, haciéndolas chasquear y resonar y deslizarse, como un embrujo hipnótico, hasta los oídos de la chica. Entonces agregó, lenta y enfáticamente, mientras la miraba a los ojos—, *identificándome*.

Ella lo observó intensamente, tratando de procesar aquello, de separar el embeleso de las palabras del contenido de las mismas. Pugnando por comprender lo incomprensible: ¿Acaso *él* deseaba ser su sombra? Eso era imposible. ¡Eso no tenía sentido!

En ese instante, Eleazar metió las manos en los bolsillos del sobretodo, y gritó casi como si algo dentro suyo se rompiese:

—¡Ada! ¡Tengo frío!

Si hubiera sido otra persona quien lo hubiese dicho, ella podría haber creído en su literalidad. Pero era el maestro Rickman, el poeta, quien lo decía. Aquello era un pedido por algo más que el calor que su cuerpo podía proporcionarle. Aquello era un llanto existencial. Uno muy parecido al de ella misma.

El corazón comenzó a aletearle como el batir de las alas de una libélula. Dudó, por el lapso de apenas tres rápidas respiraciones entrecortadas, y bajó corriendo los escalones, igual que había visto hacerlo a la chica del vestido blanco y violeta, hasta hundirse en los brazos de Eleazar.

Durante una fracción de segundo se sintió como si ella fuera el muchacho de traje gris jaspeado y moño bordeaux, como si fuera segura y tuviese un

mundo interior más vasto que la realidad misma, y como si fuese Eleazar quien se cobijara en sus brazos y no al revés.

Entonces vio cómo su iridiscente sombra la había seguido fielmente, y supo que tenía razón.

* * *

Se estiró en la cama, bajo las sábanas, y notó que él aún estaba allí.

Contuvo un suspiro y cerró los ojos, agradecida.

Estaba acostada frente a un gran ventanal, por donde las hojas de las copas siempre verdes y lozanas de los árboles se burlaban de la nieve que inundaba el jardín, allá abajo —un manto blanco tachonado por coloridas flores inmunes a su encanto. Enamoradas, tal vez, del humano que les había dado el don del florecimiento eterno. El mismo humano que compartía su lecho con ella.

Miró por encima de su propio hombro desnudo y lo vio sentado, recostado contra la cabecera de la cama, leyendo. La pipa emitía un aroma a tabaco, rhum y chocolate. También había algo de miel. El humo subía, azulado, tejiendo imágenes laxas en el aire hasta formar una tenue nube grisácea que flotaba, horizontal, sobre ambos.

Volvió la cabeza sobre la almohada y se rió en silencio, como una chiquilla. La libélula de su pecho aleteaba desbocadamente, golpeando la jaula de su tórax, rugiendo en sus oídos tal y como lo había hecho anoche, mientras aprendía cómo moverse sobre las caderas de Eleazar.

—Sé que estás despierta… —la voz era íntima, seria, parsimoniosa, de una coloratura que implicaba que la madera podía volverse terciopelo. Había en ella un dejo de ronquera, una guturalidad refinada y viril que la estremeció. Las palabras fluían deliberadamente lentas. Las p estallando, las s sibilando

ahogadas, las t produciendo el mismo sonido que las puertas del Elíseo al abrirse.

Ada, en respuesta, giró sobre sí misma, se apoyó sobre un codo, y lo besó en el hombro. Luego, reposó su cabeza en el pecho de él.

Había arrugas y piel poco firme en el cuerpo delgado y sin ropas del maestro de poetas. También manchas y decoloraciones. Pero para ella era el cuerpo más fascinante que existía.

Eleazar dejó la pipa y el libro en la mesa de luz, y rodeó a la muchacha con un brazo.

—Perdón, ¿te he despertado? Es que los viejos dormimos menos.

Ella se rió, apartándose el pelo de la cara con un gesto que él había aprendido a reconocer y a venerar. Luego, buscando con sus ojos verdes los ojos castaños de él, exclamó:

—¡Tienes cincuenta años, tú no eres viejo!

Él acarició, con su mano libre, el rostro lozano de la mujer-poema. La piel blanca se tornaba rosada con su felicidad y su excitación, dándole un aspecto aún más juvenil.

—Y tú nunca lo serás, mi niña.

El calor de Ada lo abrigaba: su piel siempre febril, su boca siempre risueña.

Ella replicó:

—Que aparente veinte años por siempre, no implica que no envejezca y decaiga. Lo haré como cualquier otro ser mortal. Poco importará si mi apariencia cambia o no. Por dentro vivo y muto y crezco; pero por fuera estoy fija, inmóvil, eternizada como una estatua. ¿Crees que eso me agrada?

»Tú, en cambio, eres coherente, sigues moviéndote y transformándote como un glorioso río.

Se mordió el labio inferior y acarició el rostro de Rickman.

—Algún día seré un anciano muy envidiado —dijo él entre risas ahogadas.

—Y yo también —susurró ella, mientras lo besaba con unos labios tan ardientes como el mismísimo sol.

* * *

*E*leazar pasó la mano por la superficie semitransparente de la esfera que se sostenía dentro de una garra mecánica hecha de sujetadores y sensores.

El aparato estaba encima de la mesa de acero pulido del laboratorio, bajo una tenue luz ambarina.

La criatura estaba quieta, era pequeñita, y se enroscaba sobre sí misma igual que un delfín en el útero materno.

Ambos habían coincidido en que debía tener un proceso de crecimiento natural, uno que no implicase nacer adulto, como Ada, sino crecer a su propio ritmo —el que fuera que tuviese—. Pero el crecimiento acelerado de ella se reflejaba, en parte, en el proceso de formación de la criatura.

—¿Así lo soñaste?

La onda sonora de la voz de fagot de Rickman chocó contra esa especie de huevo que era la esfera de gestación, y reverberó en su sustancia, agitando el líquido amniótico. El feto poético, el bebé de ambos, dio un respingo y comenzó a succionarse el pulgar.

Ada apoyó sus manos como intentando calmarlo. Sonreía feliz:

—Sí, exactamente así —respondió en un susurro.

Había material genético de ambos fusionados en ese varoncito, y también había variantes generadas por el talento de los dos. Era una obra conjunta, una creación poético-genética diseñada, por partes iguales, entre Ada y Eleazar. Y era también su primogénito.

—Connelly Franz Rickman-Blenders —recitó el maestro con orgullo, mientras miraba lo que nunca antes se había atrevido a generar: un vástago.

Ada se asió a su brazo, lo besó en la mejilla y lo corrigió:

—Connelly Franz Rickman-Blenders y Vázquez. Yo soy parte de *él*, Eleazar, y por ende, *él* siempre será parte de nuestro hijo.

El poeta se quedó callado. Aquello era justo, y él coincidía con la decisión de su compañera. Lo que lo había descolocado era la palabra que Ada había utilizado por fin, y sobre la cual todas sus conversaciones habían girado con innumerables eufemismos: embrión, feto, creación, vástago … hasta este momento: ¡*Hijo*!

—*Nuestro hijo* —repitió él lentamente, haciendo resonar cada palabra. Y un temblor sacudió su cuerpo.

Ada reclinó su cabeza contra el hombro de Eleazar y dejó que las lágrimas afloraran.

—¿No es increíble? —susurró ella.

Rickman se desasió del abrazo y tomó el rostro de la muchacha entre sus manos, exclamando con apasionamiento:

—¡*Tú* eres un milagro, mi niña, Ada mía! Yo, como humano, sólo puedo hacer poesías vivas; pero tú, como una… poesía encarnada…, tú puedes *engendrar* un verso genético como si fuera un hijo.

»Tú eres el poema que crea poemas. La personificación del verso primordial que nos ha creado a nosotros, los humanos. Nosotros los nacidos de la poesía, y no al revés… Como tal vez haya sido desde siempre.

»Si yo hubiese *escrito* a Connelly en solitario, lo único que hubiera obtenido sería otra obra, otra composición. Pero contigo a mi lado, Ada mía; con tu esencia mezclada con la mía y tu poesía entrelazada a mis versos… ¡Oh, Cielos del Elíseo! ¡Contigo al fin puedo ser algo más que un *autor*, puedo ser un *padre*!

Un silencio de respiraciones emocionadas y deseos fructíferos se instaló entre ambos, para quebrarse en un beso profundo y complejo.

En ese momento, el bebé abrió los ojos y desplegó su enorme cola de sirena.

* * *

*N*i la carne de los peces o las hojas de las algas, ni las flores, ni la leche de un delfín, nada había logrado alimentar al bebé sirena que languidecía en el enorme estanque que Rickman había hecho erigir en medio del parque.

Ada estaba sentada sobre el césped. Uno de sus brazos descansaba sobre el borde de mármol rojizo y, encima de éste, apoyaba de lado su cabeza. Tenía los ojos verde bosque, húmedos y tristes, pero su boca florecía en una sonrisa que intentaba contagiarle alegría a su hijito.

La otra mano estaba dentro del agua, jugueteando con las manitos débiles del pequeño tritón, quien se divertía asiendo cada uno de los dedos de su madre.

—¿Qué quieres comer, mi vida? ¡Por favor, Conn, déjame saber qué necesitas!

Burbujas y gorgoteos agitaban la superficie del agua plagada de nenúfares en flor: el niño-pez reía sin emitir sonido alguno.

Sus largos y finos cabellos, como un fuego azul, brillaban encendidos bajo las aguas límpidas. La piel, blanca como la de su madre, hacía resaltar el color tabaco de los ojos de su padre en los suyos. Esa misma piel cuya palidez iba deslizándose lentamente hacia un grisáceo tono celeste, una sucesión de añiles que desembocaba en una cola cuyas irisadas escamas ostentaban un azul tan profundo como vibrante.

El bebé sirena era, sencillamente, hermoso.

Cerca del formidable estanque, en cuyo centro se erigía una fuente repleta de náyades y tritones, el gran ventanal de la biblioteca de la casona estaba abierto de par en par, dejando ver a un desesperado Eleazar rebuscando en libros, consultando expertos, rogando y amenazando a las potencias elíseas.

Cuando éste se sentó frente al escritorio, desconsolado y vencido, descubrió un sobre sin remitente; de un ajado papel amarillento.

Abrió rápidamente la carta y reconoció la letra de su amigo.

Károly sólo había escrito una frase: La poesía se alimenta de poesía.

Eleazar miraba el papel sin comprender. Por el estado en que se hallaba, éste bien podría haber estado en blanco.

Entonces lo entendió.

Ahogó un grito a medio camino entre el horror y la esperanza, y salió corriendo escaleras arriba.

* * *

—Pero, ¡es tu mejor obra! —Ada retrocedió, con la faz macilenta y aterrada. Entre sus manos sostenía la carta de su padre.

—No, mi amor; Conn es mi mejor obra —dijo Rickman en un susurro. Sus ojos enajenados estaban fijos en la debilitada y famélica criatura que se esforzaba por flotar en el estanque.

La mano derecha de Eleazar apretaba la muñeca de Serenidad con tanta fuerza, que estaba desgarrándole las capas de encaje de la piel y exponiendo la maraña de venas que se entretejían por debajo. Sin embargo, el ser no parecía reprocharle nada. Enamorado como estaba de su hacedor, había comprendido de inmediato lo que éste le estaba pidiendo y lo había aceptado sin protestar.

Las uñas de titanio permanecían escondidas dentro de sus dedos. Los ojos de madreperla y polvo de cromo miraban el jardín y a sus ocupantes con dulzura. La boca de jeroglíficos azules estaba, por primera vez, absolutamente quieta.

Eleazar soltó a la criatura y se acercó al estanque. Llevaba en su mano parte del tegumento translúcido que constituía la carne de Serenidad. Se introdujo en el agua, chapoteando ruidosamente con sus zapatos y pantalones empapados, se arrodilló junto a su hijo, y colocó frente a la boca

del bebé un poco de la sustancia de sueños con la que estaba hecho su poema viviente predilecto.

El débil niño abrió lentamente los ojos y, poco a poco, comenzó a sorber pequeños trozos de esa piel.

Ada se puso a llorar con las manos fuertemente apretadas contra su boca. No quería que sus sollozos de alegría interrumpieran ese momento maravilloso.

Eleazar alzó los ojos para mirarla, como intentando preguntarle a su compañera si aquello en verdad era real, si no lo estaban imaginando.

Ya sin poder contenerse, la muchacha corrió hacia el estanque y entró en él. Torpemente llegó hasta donde estaba Rickman y ambos se abrazaron.

El pequeño tritón pareció asustarse con el batir de las aguas y se escondió tras unos tallos de nenúfares. Pero, antes de que sus padres pudiesen ir a calmarlo, Serenidad estaba ya a su lado.

Había tomado al niño en uno de sus brazos, acunándolo, y estaba extendiendo una de las largas uñas de titanio de su mano libre.

Un perfume a cedro, canela, yodo y sal inundó el aire cuando la criatura hundió la uña en la punta de uno de sus propios dedos, y dejó que su sangre espesa y morada manara hacia la boca del bebé.

Las agallas soplaban suavemente, produciendo un murmullo que bien podía asimilarse a una canción de cuna. Su movimiento de capas flotantes mantenía como hipnotizados los ojos de Connelly.

El niño comenzó a alimentarse del índice de Serenidad como si éste fuese un pezón, chupando la fría sangre del poema viviente. Y tras unos pocos minutos, pareció estar satisfecho.

Ante la perplejidad de Eleazar y la emoción de Ada, Serenidad entregó el bebé a su madre y lo acarició tiernamente mientras el niño se dormía en sus brazos. Luego, apoyó la maraña azul de su boca en los labios de la mujer, antes de desmayarse en los brazos de Rickman.

El poeta tomó al vaporoso ser y lo llevó rápidamente al laboratorio para restañar sus heridas y compensar la pérdida de sangre que, aunque era

ínfima, podía causar estragos en un ser tan delicado como aquel.

Pronto, las restantes criaturas —incluso los nuevos seres que Ada creaba—, comenzaron a turnarse para nutrir al bebé, quien crecía muy rápidamente. Ada misma hubiese entregado gustosa su propia carne para alimentar a su hijo, pero ella era *demasiado humana*. Su poesía, tal como Sir Vázquez la había diseñado, se hallaba en su psique, en su alma, mas no en su cuerpo.

Oscuridad y Sombra parecían ser los más felices de entregarse al infante. Las plumas negras del primero se teñían de colores increíbles cuando el niño las tomaba en sus manitos.

Era como si el tritón se alimentara de sus propios padres a través de las creaciones de éstos. Y como si su existencia instara a aquello a crear más y mejor, a medida que el vampirismo poético del bebé crecía aceleradamente junto con su edad.

En poco tiempo, un coro de poesías vivientes rondaba por las noches el estanque, jugando y cantando bajo la luz de la luna, para regocijo del pequeño ser sirena quien, mudo y hermoso, había aprendido casi instintivamente a medir su apetito y a cuidar la integridad de sus extrañas nodrizas.

Los poemas, a su vez, se hallaban completamente seducidos por Conn y su elocuente silencio, y también de día lo seguían a cierta distancia, de cuarto en cuarto, cuando sus padres lo llevaban a la casona.

Eran como un séquito constante, como los coribantes de un joven Baco siempre hambriento de sangre de poemas.

Y ese joven Baco creció, como alimentado por leche de sirenas: rápido y fuerte.

En cuestión de semanas, el bebé fue un niño. En meses, un adolescente. En menos de un año, un joven adulto.

* * *

Connelly se hallaba tendido sobre el ancho borde de mármol rojizo que delimitaba el estanque. Su torso lampiño, delgado pero bien formado, se agitaba lentamente con su respiración.

En la eterna primavera del parque, únicamente el borboteo de la fuente ubicada en el centro del estanque rompía el silencio de la noche.

El cabello celeste profundo —en realidad un conjunto denso de cordoncillos escamosos muy finos— se derramaba sobre el agua, enredándose y desenredándose en los nenúfares gracias a una suave corriente artificial. La extremidad inferior de su cuerpo, revestida de escamas azul iridiscente, descansaba también sobre el mármol, y la magnífica aleta caudal se extendía como un abanico, cayendo a ambos lados del borde —tanto sobre el pasto como sobre el agua—, conjugando violáceos tonos de añil bajo la pálida luz de la luna.

Parecía dormido, pero las rendijas de sus ojos castaños estaban apenas abiertas, lo suficiente como para admirar el entramado de estrellas del cielo; un mar mucho más vasto que todos aquellos con cuantos soñase.

La boca, breve y casi sin labios, todavía estaba manchada con el fresco fluido color cobalto de la sangre de uno de sus prosélitos, un poema que él mismo había diseñado y al que había llamado Nuevo Mundo.

Desde que empezara a canibalizar sus propias obras, los poemas de sus padres —sus primeras nodrizas— se habían ido alejando poco a poco de él, regresando a la casona y a sus antiguas costumbres. Evitándolo, incluso.

Ahora, únicamente sus criaturas se mantenían cerca de él, pero a una prudente distancia; casi siempre escondidos de la vista de todos, rondando bajo el agua del estanque plagado de plantas acuáticas, sobre los árboles o entre los arbustos del parque. Y ninguno de ellos parecía querer entrar a la casa.

Eleazar había hecho construir un canal que discurría desde el lago artificial hasta una habitación completamente inundada dentro del hogar de los Rickman. Y un laberinto de túneles y pasadizos de agua se abría camino por debajo y por dentro de las paredes de la construcción, para que nada en ella le fuese ajena a su hijo: desde la biblioteca, donde éste pasaba largas

horas, hasta un tanque en el laboratorio donde creaba febrilmente sus excéntricas poesías genéticas.

Éstas eran una mezcla de la expresión más excelsa de su propio ser —fruto de un talento aún más admirable que el de sus padres— y de su más básica necesidad de supervivencia, pues el hombre-sirena sólo podía alimentarse de poemas vivientes.

Ada se acercó a su hijo y se sentó en el borde del estanque, cerca de su cabellera de cielo. A primera vista, ambos parecían tener exactamente la misma edad. Y, por lo que los estudios mostraban, eso continuaría así por siempre. Connelly había llegado al límite de su envejecimiento; otra herencia materna.

Las agallas en el cuello del joven tritón estaban cerradas, bordeadas de un tono azulado mientras utilizaba sus pulmones. Las delicadas y membranosas aletas supletorias, en sus bíceps y en los costados de su cintura y espalda, se pegaban a su piel seca como tatuajes de encaje violáceo. Sólo las translúcidas y azulinas membranas interdactilares continuaban funcionales, extendiéndose y contrayéndose entre los dedos de sus manos, a medida que el joven las movía involuntariamente.

—¿Admirando las estrellas, mi retoño?

La voz de su madre sorprendió al muchacho, quien abrió del todo los ojos mientras se limpiaba apresuradamente la boca.

—¡Mamá!

La palabra, agria y ronca, salió de la garganta de Conn sin darse cuenta.

Y el efecto de la palabra del joven sirena fue inmediato…

* * *

Ada había visto esa criatura antes, pero jamás de aquel modo.

No le temía en absoluto, de hecho estaba familiarizada con todos los seres que alimentaban a su hijo, y éste era una cruza extraña y particularmente dócil.

Connelly había logrado generar una unidad espléndida en ese ejemplar, basada principalmente en una piel grisácea repleta de parches alargados que guardaban el color de las aletas de su creador. Pero lo que Nuevomundo unificaba era, en realidad, una anatomía muy disímil: Cuatro patas largas y finas apoyadas sobre dos dedos articulados cada una. Un cuarto trasero que recordaba las coyunturas propias de una langosta. Un torso erguido, poderoso, con el esternón de un felino de carrera asomando por debajo. Y, finalmente, una cabeza de lo más extraña, compuesta por un largo y ancho cuello que se doblaba hasta formar un cráneo. En su frente se abría un orificio respiratorio que era, al mismo tiempo, un aparato de fonación. El par de ojitos, muy pequeños y celestes, se ubicaban a los costados; pero el remate lo constituía un puñado colgante de cinco largos pólipos o tentáculos que funcionaban como fauces y como apéndices de manipulación.

Claro que, ni Ada ni nadie, habían visto jamás a Nuevomundo de este modo. Es decir, con más de veinte metros de altura, y en medio de una manada de criaturas idénticas a él. Una verdadera familia, con crías incluidas.

El sitio donde Ada se encontraba ya no era su casa, sino un bosque en un mundo cuyos tres soles iluminaban el cielo con una luz blanca muy similar a la del laboratorio.

El bosque entero parecía estar ubicado dentro de una depresión en el suelo. Sus paredes estaban revestidas de numerosas y tumultuosas caídas de agua. Los formidables árboles que morigeraban la cegadora luz hasta hacerla soportable, eran colosos de troncos tan verdes como sus hojas; gigantes retorcidos, con ramas entretejidas que empequeñecían a los miembros del grupo de Nuevomundo, los cuales se asían a ellas para comer extraños y enormes insectos.

—¡Querido! —gritó ella, y los animales se volvieron para mirar al diminuto ente que los había alborotado en medio de la ciclópea fronda silenciosa. Ella trató de mantener la calma— Connelly, mi vida; por favor sácame de aquí, cariño.

Las manos húmedas se aferraron a las suyas desde un agujero practicado en la trama misma de la realidad. En ese momento, el universo entero se había combado a su alrededor hasta formar una esfera perfecta que la contenía en su centro. Todo lo demás: las criaturas, el bosque, los soles, se habían bidimensionalizado al instante. Seguían vivas, sí, pero eran un fresco semoviente en la superficie cóncava de la esfera-universo.

Ella recordó sus sueños: ésta era la misma esfera de Escher, pero vista desde dentro y conteniendo un universo en su interior. El hoyo que se había abierto frente a sí era un escape de esa mónada cerrada.

Ada se aferró a las manos palmeadas de su hijo, y sintió cómo el mundo se transformaba a su alrededor, dándose vuelta como un guante; convirtiendo concavidad en convexidad. Poco a poco, el extraño bosque en el hueco de ese raro planeta se convertía en el parque que rodeaba su hogar. Cuando ya se hallaba en el jardín, pudo escuchar el bramido casi ensordecedor de los nuevomundos que quedaban atrás, allá adentro de… ¿de *qué*? Y, sin embargo, ella no había sido la única en vivir esa realidad, puesto que una bandada de estorninos salió volando en cuanto el sonido de los colosos chocó contra las paredes de la casona haciendo vibrar todos sus vidrios.

Cuando Ada estuvo a salvo, Connelly se zambulló en el agua de inmediato, asomando sólo la mitad de su tronco. Huyendo del calor abrasador de su madre.

El agua desplegó el resto de sus estilizadas y tenues aletas.

El muchacho tomó el dispositivo que pendía de su cuello y tecleó apresuradamente. Del otro lado del cuaderno electrónico, Ada pudo leer el mensaje:

—Losiento mamá Nomedicuenta. Te juro qe no quise hablar. estuvisteen lapoesía de Nuevomundo. yo me había alimentado dél hacía unoss minutos.

La muchacha-poema acarició el cabello mojado de su hijo-sirena, de su niño-hombre, de su hombre-pez:

—Tranquilo, mi vida, yo sé que no quisiste hacerlo. Tú no tienes ninguna culpa. Al contrario —las manos de Ada sostuvieron el rostro de su hermoso hijo, y lo obligaron a mirarla a los ojos con sus globos oculares enormes y húmedos tan similares a los de su padre—. En verdad, lo que haces es prodigioso. Tú vuelves realidad tus poemas para quienes te escuchan. Eres una verdadera sirena, mi vida, un ser mágico que puede *encantar*.

—Y uno que nunca podrá hablar ni utilizar su voz, si es que no quiere enviar a un mundo irreal a quien lo oye—tecleó con más calma.

Ella sonrió:

—O sí. Si es que quien te oye desea viajar por tus maravillosos universos interiores…

* * *

Connelly no estaba acostumbrado a quebrar su mutismo. Hacía apenas unos minutos que había estado sorbiendo la sangre de Distancia desde una de las cuatro tetillas que se conectaban a las principales venas de esa criatura. Una disposición anatómica que el muchacho había diseñado adrede en el cuerpo de su poema para que éste pudiese alimentarlo más eficazmente.

Eleazar había interrumpido a su hijo en pleno proceso de nutrición.

Conn había estado recostado contra un poste de su habitación-piscina, dentro de la casa. Distancia, semidesnudo, se hallaba a horcajadas sobre la poderosa cola del tritón, la cual se extendía hacia adelante. Las manos del poema apresaban la cabeza del muchacho, hundiendo sus dedos en los cabellos celestes, mientras que las palmeadas manos del joven se asían a la espalda de su creación, a medida que sorbía su sangre.

Al parecer ambos hallaban placer en el proceso.

Cuando Rickman entró por la puerta abierta, Distancia lo miró asustado con sus verdes ojos de gato y, de un salto, trepó al alfeizar de la ventana. Entonces, el hombre vio cómo el elfo de cabellos de fuego desaparecía tras unos matorrales de aromáticas retamas, contiguas a la casa. Era la primera vez que tenía una visión clara de uno de los más elusivos poemas de su hijo: orejas largas y puntiagudas, cuerpo anguloso, la piel como de alabastro apenas si manchada con un reguero fino de líquido azulado proveniente de una de sus tetillas. Un joven muy bello.

Y hubiera deseado no haber visto nada de eso. La forma que Connelly había elegido para subsistir casi constituía una autofagia, puesto que sorbía la vida de sus propias obras. Obras construidas únicamente a partir de su ADN.

El muchacho había creado un número mínimo de individuos, los suficientes como para sostenerlo con vida sin morir por desangramiento.

A Eleazar eso le parecía una atrocidad, una tergiversación del rol del poeta y su obra. Pero intentaba respetar la libertad creativa de su hijo, mientras éste se mantuviese en los límites de lo *humano*.

Ada, por otra parte, confiaba tanto en el muchacho, que parecía no darle importancia a todo eso.

Ahora, padre e hijo estaban frente a frente, incómodos.

Rickman le había pedido a Conn que le hablase, que lo transportase a uno de sus mundos. Que lo ayudase a comprenderlo:

—Eres mi hijo, mi carne, y te amo. Esto es parte esencial de lo que eres y tengo que vivirlo. Necesito saber más de ti. ¡Por el Elíseo! ¡Si has crecido tan rápido que a veces creo que no nos conocemos en lo absoluto! Ayúdame a entenderte y a que me entiendas.

El soliloquio de Rickman era un solo de fagot. Madera rumorosa y metal. Un bajo de aterciopelados sonidos que pugnaban por entrar en el corazón de su primogénito.

—No importa lo que suceda. No importa lo que elijas para tu vida —Eleazar bajaba un tono tras otro. Su voz era súplica y ratificación, a una—.

Yo siempre te amaré, hijo mío.

Connelly suspiró sonoramente y, de pronto, pareció como si las paredes del cuarto cedieran, combándose y volviendo a su lugar al compás de ese suspiro. Entonces, tomó el cuaderno que pendía de su pecho como un collar extraño, y tecleó en él. La pantalla, ubicada en el anverso del pequeño teclado, mostró las palabras:

—¿Es que no lo ves? Mi voz de sirena es el resultado de llevar al extremo tu propia voz, padre. una voz cautivante y seductora como pocas.

»Así como tú hipnotizas a tu audiencia, a tu no tan metafórico modo; yo transporto a la mía, literalmente. no soy más que una versión extrema de ti mismo y de mamá.

»Siempre me ha fascinado tu voz. Es hermosísima…

El tritón dudó. Luego completó la frase:

—…padre.

Y, al conjuro de la última palabra pronunciada audiblemente, el maestro de poetas se precipitó en otro universo.

* * *

SIGUIENTE

La poética de las sirenas (2)

Teresa P. Mira de Echeverría

ANTERIOR

—A ver, ¿qué quiere saber?

»Soy cautivante y embelesador como mi padre, por eso soy un hombre sirena.

»Soy bello pero raro, como mi madre, porque soy una poesía hija de otra poesía.

»Soy cruel y amoroso con mis obras, a partes iguales, porque por mis venas corre la sangre de Sir Vázquez. Lo que, hablando estrictamente en términos genéticos, me convierte en el hijo de dos varones humanos. Y, hablando poéticamente, en el vástago de un varón humano y una poesía fémina. Puede elegir cuál combinación le gusta más.

Ilustración: Derrewyn

Connelly, sentado en la fuente que coronaba el estanque, tecleaba con parsimonia. Se hallaba estratégicamente colocado entre las náyades y los tritones de mármol, semejando una estatua más. El agua que caía, cantarina, bañaba constantemente su cuerpo. La extendida aleta caudal, de miles de tonos de azul, parecía cumplir tanto la función de cola de pavo real, como la de trampa.

El periodista, que recibía las notas en su propio pad, intentaba concentrarse en las letras, en las palabras escritas, para no mirar a su interlocutor.

El joven sudaba profusamente. Ver al tritón era como sucumbir a un deseo que ni siquiera sabía que existía.

Carraspeó, se ajustó la chaqueta del traje gris claro. Con un gesto involuntario se arregló la corbata de moño bordeaux, y luego se pasó la mano por los cabellos color café. Entonces, sin alzar la mirada pero sintiendo la fuerte presencia del poeta-poema, repreguntó:

—Ha utilizado usted la palabra: cruel. ¿Cómo puede un poeta ser cruel con sus obras?

En el silencio del jardín primaveral se escuchaba únicamente el batir de las frescas hojas de los árboles y el gorgoteo del agua de la fuente.

La respuesta llegó al pad del hombre que estaba sentado en el borde de mármol rojo del estanque.

—Del mismo y natural modo en que se suele ser cruel con uno mismo, señor Goode.

El periodista no resistió y alzó la vista. Era como si el hechizo de la sirena se transfiriese a sus palabras escritas. Aunque sabía que eso era imposible.

Miró al tritón en toda su gloria, más bello que las propias estatuas, y dijo en voz queda:

—Puede llamarme Benjamín, si así lo desea, señor Rickman-Blenders.

Connelly sonrió, y sus afilados dientes se perfilaron claros y mortíferos en la semipenumbra de la tarde: blancas y relucientes agujas.

Los dedos volaron raudos por el teclado que el tritón ni quiera miraba, con sus ojos concentrados en los dos pozos color carey del periodista. Cuando la respuesta llegó al dispositivo, el hombre tuvo que obligarse a bajar la vista para leerla:

—No, señor Goode, no deseo llamarlo así.

Benjamín se quedó pasmado, estaba acostumbrado a las respuestas protocolares, políticamente correctas y socialmente establecidas, y aquello

lo desconcertó. Pero, antes que pudiera sacar cualquier conclusión al respecto, una nueva transmisión llegó a su pad:

—Lo que en verdad deseo es llamarlo Rupert, ¿no es ése su segundo nombre, acaso?

El hombre sonrió y levantó la mirada. Asintió con un gesto exagerado, y no quiso preguntar cómo era que el poeta sabía que la R de Benjamín R. Goode, significaba ése y no cualquier otro nombre más común.

—Por cierto —agregó con una nueva andanada de letras en su pad—, mi nombre es Connelly. Y espero que, con el tiempo, Conn esté bien para usted.

Un escalofrío recorrió la espalda del periodista. No sólo era una suerte de orgullo ciego —como el de ser elegido por alguien tan brillante y famoso y excéntrico—, sino que había algo de miedo en esa sensación.

Los ojos del poeta-sirena lo miraban con autosatisfacción, como si el tritón estuviese complacido por ambas reacciones.

Benjamín cerró de golpe la libreta de notas y, mirando los nenúfares que se extendían entre ambos, no pudo menos que recordar aquella poesía que había leído de chico, el Hylas de Teócrito. El decimotercero de los *Idilios*.

Se puso de pie, guardó la libreta en el bolsillo del saco y se dio media vuelta, nervioso.

El recuerdo de esa poesía había hecho que el escalofrío se tornara más intenso y, mientras comenzaba a dar los primeros pasos en dirección a la casona, sus palabras salieron con un volumen y una orla de desesperación mucho mayor que la que él habría querido imprimirles:

—Se está haciendo de noche, señor… Connelly. Será mejor que vuelva mañana temprano, así podremos trabajar más tranquilos.

Una risa corta se escapó de la garganta de Conn: el periodista sabía muy bien que la noche era su elemento, pero él dejaría pasar el ridículo subterfugio. Era obvio a sus ojos que, con este humano, tendría todo el tiempo que deseara. Todo el tiempo del mundo.

Durante el segundo que esa risa duró, Benjamín sintió como si la presión del aire cambiase, como si los árboles se volviesen delgados y rojos, y el cielo de un tono diamantino. También percibió, con absoluta claridad, como si miles de seres que no pudo precisar pero que se *olían* hermosos —romero, café y azahar—, se agolpaban a su alrededor. Aquello sólo duró un instante, pero fue lo suficiente como para que el hombre atisbara una ínfima parte de la verdadera envergadura del poder evocador-poético del maestro Connelly Rickman-Blenders.

Y deseó más.

Mucho más.

Ese deseo lo asustó al principio; porque era claro que el tritón había dejado caer esa probada de su poder casi como al descuido, pero completamente a propósito. ¿Acaso quería volverlo adicto a su persona tal como lo eran sus poemas, los seres de los que se alimentaba como un vampiro?

Sin embargo aquello había sido demasiado fuerte y demasiado breve. Como ver, por una fracción de segundo, el Elíseo en toda su gloria: suficiente para vivir toda una vida anhelando regresar a él.

El pad se iluminó con nuevas palabras:

—Por supuesto, Rupert; mañana temprano lo espero aquí mismo.

Y entonces oyó un estallido en el agua.

Benjamín giró rápidamente, pero el poeta ya se había sumergido en el estanque que apenas si agitaba a los cansados nenúfares.

Esperó hasta que la superficie se calmó. ¿Estaría viéndolo desde debajo del agua? ¿O ya se habría alejado nadando por los conductos que, según se decía, lo comunicaban con toda la casa y con el Río Quebrado, más allá de la propiedad del maestro Rickman?

De pronto, desde el interior de un seto de rosas blancas, saltó un curioso ser. Una especie de lagartija del tamaño de un gato, con seis patas rematadas en manos humanas, y una cola muy fina y prensil. La piel, lechosa y pulida, brillaba fantasmagóricamente a la luz de la luna. Tenía el inequívoco rostro de una encantadora muchachita, pero sin cabellos ni cejas

ni pestañas. Era como una gárgola hermosa y perturbadoramente inquietante.

El ser saltó sobre el estanque con una increíble cabriola propia de un trapecista o un gimnasta. Por un segundo, mientras giraba en el aire, pudo sentir el aroma a café, azahar y romero que la criatura emanaba.

Entonces, con la velocidad de un tiburón, Connelly saltó fuera del agua y atrapó a la criatura en pleno vuelo, sujetándola con sus fauces, y hundiéndose con ella en el agua, muy silenciosamente.

El corazón de Benjamín parecía querer perforar su pecho. El susto lo había paralizado. Sabía que no mataría a ese poema, pero la ferocidad y el salvajismo del ataque, la animalidad y el poder del mismo, habían sido demasiado.

Salió corriendo por el jardín sin siquiera pasar por la casa. Trotó, como un chico asustado de la oscuridad, por la veredita que se extendía entre tilos y pinos hasta desembocar directamente ante el gran portón del hierro de la propiedad.

Cruzó el umbral a la carrera y trepó al primer tranvía que divisó.

Esa noche, en su casa, solo, se fue a la cama temprano y sin cenar. Era la primera vez en semanas que no extrañaba a Vera desde la ruptura.

Más tarde, cuando se hallaba en ese estado intermedio entre el dormir y la vigilia, comenzó a sentir como si flotara en un lecho de agua; de profundas, frías y oscuras aguas. Y soñó entrecortadamente, despertándose empapado en sudor para asegurarse de que aquello no era cierto. Y el sueño era siempre el mismo: desde las fibras de la tela de las sábanas emergía Connelly, saltando como un tiburón sobre él, y arrastrándolo hacia esas aguas profundas y frías.

Lo que más lo perturbaba era que, en el sueño, aquello era algo que lo aterraba y, al mismo tiempo, algo que había estado deseando.

* * *

Era muy temprano, pero la bruma ya se estaba disipando.

El fresco del otoño cercano se hacía sentir a pleno en esas latitudes, y Benjamín se cerró el abrigo con fuerza. Debajo llevaba su único traje bueno, el de verano, el gris jaspeado con el que hacía sus notas en el teatro de la ópera, las presentaciones de libros y las entrevistas a artistas célebres… como Connelly Rickman-Blenders.

Lo llevaba porque sabía que, dentro de la propiedad Rickman, siempre era primavera y no sentiría frío. Y porque sentía un regusto a revancha al poder usar algo que le quedaba muy bien, frente a un ser que vivía aparentemente siempre desnudo.

Mientras mordisqueaba un croissant, iba sorbiendo —de su vaso extra gigante de cartón con tapa—, el moka cappuccino doble chocolate y canela, tal como rezaba el trazo de fibra negra que el empleado de *Starboard* había escrito, junto a su nombre, al costado del vaso.

Caminaba despacio, por el paseo de la ribera, costeando el Quebrado; el río oscuro y lento que cruzaba la ciudad.

Parecía como si no quisiera llegar al portón de rejas negras que se abría al bosquecillo siempre verde.

—No seas infantil —se dijo a sí mismo, y el vapor de su aliento formó volutas burlonas frente a su rostro—. Estás dejando que otro loco artista egomaníaco te maneje.

Cuando al fin llegó a su destino, su determinación flaqueó y tuvo que empujarse a sí mismo para entrar en la propiedad.

Arrojó lo que quedaba de comida y el vaso vacío a un papelero en la vereda, y encaró directamente hacia el camino adyacente que, sabía, conducía al estanque.

Al llegar, un nervioso elfo de mirada de gato y pelo furiosamente rojo lo estaba esperando bajo un tilo. Su voz era como un arrullo de alondras:

—El amo dice que lo espera en el Ala Oriental del estanque.

Sin siquiera explicarle dónde quedaba ese sitio, el ser se escabulló entre la espesura. Tenía el pecho desnudo y, en lugar de dos tetillas, cuatro —una de las cuales parecía lastimada y de la que manaba un líquido azul-verdoso.

Mientras se orientaba para averiguar dónde podía quedar el Este, Benjamín cayó en la cuenta de que la sangre del elfo posiblemente no proviniera de una herida sino de su función nutricia para con su entrevistado.

El escalofrío de la noche anterior volvió a hacerse presente.

Cuando logró orientarse, comprendió que el sitio adonde se dirigía lo alejaba cada vez más de la casona y lo hundía en una espesura de plantas ornamentales mucho más altas que él.

Retamas y cañas y juncos formaban un laberinto vegetal sin caminos aparentes. Se dejó guiar por el sonido del agua y llegó a una especie de torre. Ascendió por una escalera de hierro subrayada con manchas de óxido, la cual rodeaba la construcción de piedra como una especie de enredadera estilizada, y llegó hasta su parte superior.

Cercado por columnas triples de estilo gótico, que sostenían un techo alto y que se hallaban unidas por barandales curvos de hierro oxidado, había un foso.

Era un foso grande y de una forma caprichosa. Su boca estaba conformada por cerámicas esmaltadas, algunas de colores terrosos y otras doradas a la hoja. Alrededor del foso casi no había sitio para caminar, únicamente ese brevísimo zócalo resbaladizo. Las piedras húmedas y mohosas de las columnas sobresalían en basamentos escuetos y altos.

Benjamín se sentó sobre uno de ellos y colocó sus pies entre los intersticios de un barandal metálico. Parte de la extraña geometría del foso pasaba bajo sus piernas.

Sobre su cabeza, gárgolas hermosas y siniestras miraban, al igual que él, el increíble paisaje que se extendía más allá de la copa de los árboles: media

ciudad y la desembocadura del Quebrado se divisaban envueltas en la dorada bruma del amanecer.

El sitio era mágico.

Suspiró tranquilo, encendió un cigarrillo, y comenzó a fumar mientras saboreaba el aire puro, el aroma a cítricos de su particular mezcla de tabaco, y el frío de la ciudad que aquí escapaba al control climático del parque.

El sol le daba de frente y él se hallaba sumido en pensamientos sin forma definida, tal como la bruma allá en el límite entre el mar y el río, o el alimonado humo de su cigarrillo. Tenía los pies firmemente apoyados en la base de la baranda curvada, los codos sobre las rodillas y los ojos en el horizonte.

Reinaba un silencio perfecto, sublime, que Benjamín agradecía como una caricia de pura paz.

Exhaló un círculo de humo y sonrió. Miró a la gárgola que tenía más cerca de él, y preguntó, displicentemente:

—¿Naciste así o él también tiene el poder de convertir a los seres vivos en piedra?

El pitido del pad lo sobresaltó tanto que casi pierde el equilibrio.

Extrajo el aparato de un bolsillo de su abrigo, y leyó:

—No soy una gorgona, Rupert; apenas soy un tritón.

El joven se sobresaltó todavía más y giró en redondo hasta que lo vio. A medio emerger de las oscuras y profundísimas aguas que trepaban hasta lo alto de la torre, en un escondrijo al que no llegaba la luz del sol, allí estaba Connelly.

—Lo siento, no pretendí asustarlo.

Benjamín se reubicó mejor en la saliente, volteando un poco su cuerpo para enfrentar al increíble ser que parecía brillar entre las piedras oscuras y mohosas.

—¿Cuánto hace que está ahí?

La voz del hombre resonó en el templete como si lo hiciera entre las paredes de una catedral.

El pad destelló:

—Desde que usted llegó. Pero no quise interrumpirlo; se veía tan en calma consigo mismo que era un placer contemplarlo.

»Quiero decir, que es hermoso ver a alguien que ha alcanzado la serenidad, la paz interior.

Había algo distinto en el poeta. Hoy no parecía ser el egocéntrico de la noche anterior, el soberbio que pavoneaba sus capacidades y poderes frente a un periodista pobretón que se esforzaba infructuosamente por realizar su nota.

Hoy no parecía querer jugar con él.

Había un dejo de tristeza. No, no era eso. Había un aura de profundidad en él, como si la superficie brillante cediese ante el complejo interior.

Cruel, se dijo Benjamín a sí mismo, recuerda que así se caracterizó con total orgullo: cruel… y amoroso.

El pad vibró:

—Mi padre fuma en pipa. Y aunque el aroma es totalmente distinto, usted y su cigarrillo me lo han recordado de pronto.

»Mi padre es un hombre que seduce sin proponérselo, ¿sabe? Sin siquiera darse cuenta de lo que está haciendo.

Una de las cosas que Benjamín odiaba de este tipo de comunicación, era la ausencia de inflexiones. Las inflexiones de la voz dicen tanto o más que la palabra misma, y él no podía leer esas inflexiones en las frías letras electrónicas. ¿Aquella última frase había llevado el sello del sarcasmo, de la melancolía o, tal vez, del coqueteo? Sin inflexiones podía suponer lo que quisiera.

Se quedó mirando el pad, sujetándolo con manos tensas. Estaba comenzando a sentirse otra vez en desventaja frente a Connelly, otra vez en inferioridad de condiciones.

Las letras cambiaron:

—Duda de mí, ¿no? Pero créame, Rupert, no hay cinismo en mí. No hoy, al menos.

Benjamín alzó la mirada y lo miró a los ojos. La forma apresurada de escribir, las equivocaciones, lo alertaron.

El tritón tenía los ojos cansados, lejanos, brillantes. Veraces.

El periodista se compadeció y bajó la guardia:

—No crea que estoy en paz. Es sólo que este sitio puede hacerle olvidar a uno los problemas en los que vive inmerso.

Connelly sonrió y asintió con la cabeza. Al parecer compartían ese punto de vista.

El hombre sirena nadó en absoluto y sobrecogedor silencio hasta la reja en la que Benjamín había apoyado los pies. Se asió de los hierros y, con un movimiento que pareció no conllevarle esfuerzo alguno, se elevó por fuera del agua hasta colocarse sobre unas estriaciones que lo contenían perfectamente.

El joven humano lo miró atónito: era enorme. Y era hermoso.

Apenas se le secó el torso, sus aletas se replegaron hasta adherirse a su piel como si fueran un dibujo sobre la misma. La parte inferior, mucho más larga que las piernas de un humano, era fuerte y maciza, y de un azul cobalto maravilloso. La cola extendida se veía, así de cerca, como un encaje fuerte lleno de cicatrices brillantes; pero eso no la hacía menos magnífica. Benjamín se preguntó cómo se las habría hecho. Pronto notó que había muchas más en su cuerpo. Largas y nacaradas cicatrices que apenas si se advertían desde ciertos ángulos.

Las crispadas manos del poeta se aferraron a la reja casi con desesperación, como si ésta fuera una jaula, y lo irguieron hasta ubicarlo a la misma altura del humano.

El periodista notó las membranas azuladas entre los dedos brillando delicadamente bajo la luz dorada de la mañana.

En esa misma luz, el largo cabello sujeto en una trenza suelta, destellaba como lenguas de fuego azulino.

Durante unos minutos se quedaron en silencio. Los dos viendo el horizonte. Los dos compartiendo un momento de paz.

—¿Qué es lo que tanto anhela, Conn? —murmuró Benjamín entre dos pitadas, sin quitar sus ojos de la lejanía.

—¿Es esto parte de la nota?

Ben alzó los ojos nuevamente al horizonte y susurró, mientras refrendaba lo dicho con un gesto de su cabeza:

—No.

El suspiro fue audible. Las columnas del templete se retorcieron y volvieron a su lugar, pero el humano no se asustó esta vez.

—Libertad.

Benjamín rumió aquello por entre el humo del cigarrillo y el dorado del amanecer. Podía sentir la respiración del poeta a su lado.

El viento tejía sonidos extraños en la torre de piedra.

—Se dice —murmuró Goode, al fin— que usted puede nadar por el Quebrado cuando lo desea —hizo una pausa y luego agregó, mirando de lado al poeta—. Supongo que de aquí a la Bahía Roja, y desde allí hasta el mar, sería cuestión de pocos minutos para usted.

La sonrisa del tritón lo sorprendió. Era como la de un niño travieso. Los dedos comenzaron a teclear sobre el tablero, pero Goode no miró su pad, sino que se concentró en esos dedos volando sobre las teclas. Se dijo a sí mismo que lo hacía para conocer más a su interlocutor y lograr una mejor nota, y se rió por dentro de su propia ingenuidad.

Connelly le hizo una indicación de cabeza y Benjamín se apresuró, algo avergonzado, a mirar la pantalla de su pad. Dio una larga pitada a su cigarrillo mientras leía.

—No esa clase de libertad, Rupert.

Benjamín sintió otra de esas oleadas de orgullo al ver su nombre de pila en la línea de diálogo. Siguió leyendo mientras soltaba el humo, y pudo escuchar cómo el tritón trataba de aspirar fuertemente para captar el aroma de su tabaco.

—¿Recuerda cómo me definí ante usted ayer? ¿Recuerda acaso algo que sea esencialmente *mío*? ¿Algo que no sea una referencia a rasgos heredados de mis padres-creadores?

»No son el océano o piernas lo que anhelo, sino la libertad de ser yo mismo.

Benjamín miró al poeta a los ojos marrones y acuosos. No podía creer que algo así le sucediera a un genio como él. ¿Qué duda podía tener de su identidad quién era capaz de crear lo que él creaba?

La mano de Connelly se le acercó titubeante. La actitud era tan impropia de él, que al humano le pareció irreal. Los dedos palmeados, surcados de finas cicatrices nacaradas, se aferraron de pronto al cigarrillo que Benjamín sostenía entre el índice y el mayor.

El hombre-sirena lo miró e hizo un gesto leve con la cabeza, una suerte de pedido de permiso. Benjamín comprendió y, con una sonrisa, soltó el cigarrillo.

La sonrisa seguía en su boca cuando vio a Conn aspirar con rapidez y toser tan fuertemente, que la colilla cayó al agua. No le importó que el universo se replegara, durante un breve segundo, sobre un centro que los incluía a ambos; ni que, dentro de ese círculo, creyera divisar aves rojas y verdes que volaban, como cardúmenes de ceniza flotante, en un cielo ennegrecido. Con total tranquilidad, extrajo otro cigarrillo del paquete, lo encendió con calma, le dio una profunda pitada, y dijo:

—No creo que haya muchas cosas que yo pueda enseñarle, Conn. Pero ésta es una de ellas. Preste atención si quiere aprender a fumar, ¿sí?

Y soltando el humo expertamente, le tendió el nuevo cigarrillo.

Hubo algo de regocijo infantil en ambos cuando el bellísimo ser anfibio aceptó convertirse en el alumno del humano.

* * *

*E*sa mañana, Benjamín corrió el tranvía que lo llevaba hacia la mansión Rickman. No quería llegar tarde. Era la séptima jornada que había convenido en pasar con Connelly a fin de realizar su nota periodística. Aunque la nota no había avanzado una sola letra desde aquella primera mañana en la torre donde siempre se reunían.

Se bajó a la carrera en la esquina de Cuadrados y Amapolas, y caminó rápido la media cuadra que restaba. El portón inteligente se abrió al reconocer su firma dactilar, y Benjamín trotó por la vereda de tilos y pinos hasta dar con el sendero que discurría hacia la torre.

El maestro Rickman-Blenders había hecho bordear el camino con fragantes macizos de violetas, para que el periodista no volviera a perderse. El aroma era exquisito, sin embargo Goode sonreía por otra cosa. A esta altura de las circunstancias, las violetas eran hermosas pero innecesarias. Él podría haber transitado perfectamente aquel camino con los ojos cerrados, sin extraviarse.

Los últimos veinte pasos los hizo a la carrera. Y a la carrera subió los escalones de hierro que crujían bajo su ímpetu. Resoplando, trepó por entre las columnas, miró agradecido a su alrededor comprobando que había llegado primero, y se sentó en el lugar de siempre, junto a la reja que hacía las veces de mirador.

Se había puesto el saco de cuadros marrones y el pantalón beige de lana, porque el frío ya arreciaba; no obstante, ahora transpiraba por el esfuerzo. Mientras trataba de componerse la corbata mirándose en el reflejo de las aguas oscuras de la torre, divisó un par de ojos, y soltó una carcajada a medio camino entre el regocijo y la derrota. Claro que no había llegado primero, Conn simplemente no quería que se sintiera mal.

Los ojos abiertos del hombre-sirena lo miraban, risueños, desde debajo del agua. Un halo azul de cabello se extendía a su alrededor. Poco a poco, casi sin perturbar el agua, y en un silencio sobrenatural, el tritón emergió del foso. Su sonrisa de dientes de aguja, blancos como nácar, brillaba sin malicia alguna.

Se miraron y empezaron a reír, en silencio uno y estridentemente el otro.

El poeta se elevó hasta colocarse en su sitio preferido, y se recostó en la fría y húmeda piedra. Goode supuso que, de poder pararse, mediría sus buenos dos metros de altura. También se imaginó, brevemente, cómo sería nadar a su lado.

Por un instante eso fue todo. Un estar sentados cerca, mirando la Bahía Roja y el Quebrado, el sol naciente, y el horizonte tras el puerto desdibujado por la bruma.

Había jornadas en las que casi no hablaban, en las que sus miradas parecían ser suficiente para entenderse. Connelly agradecía esos días porque lo hacían sentirse como un igual respecto del humano. Días en los que Ben pensaba de sí mismo como Rupert.

Hylas, divagó Benjamín Rupert, eso es en lo que se había convertido. Y Conn era Heracles y las ninfas en un solo ser.

El maestro Rickman-Blenders estaba mirándolo con insistencia a los ojos, tratando de adivinar sus pensamientos en sus expresiones; pero Benjamín no estaba listo para decir todo lo que pensaba ni lo que sentía.

Cuando el poeta advirtió esto, procedió a peinarse mientras canturreaba. Pero no semejaba ninguno de esos seres de leyenda con sus peines de oro y plata, estilizadamente sentados a orillas del mar; más bien parecía un tipo cualquiera, frente al espejo, preparándose para afeitarse antes de salir hacia el trabajo.

El azul ardiente de sus cabellos se adaptaba a sus dedos, quedándose dócilmente tras su nuca.

Goode tragó saliva cuando el pabellón que coronaba la torre pareció cobrar vida y retorcerse sobre sí mismo al conjuro del arrullar de Connelly. Un par

de gárgolas de piedra salieron volando, dieron unas vueltas y regresaron a posarse en el techo. Cuando el canto cesó, cuatro de ellas habían intercambiado lugares.

¿El poeta lo estaba acostumbrado de a poco a su poder? ¿Lo estaba probando? ¿O tal vez castigándolo por su hermetismo?

El tritón extendió una mano húmeda y el humano le tendió un cigarrillo; luego encendió los de ambos. Fumaron en silencio por un largo rato, con la vista clavada en el lejano y brumoso puerto.

Benjamín comenzó a silbar. Era una canción antigua y rítmica, algo que había aprendido de su abuela.

Cuando habían pasado unos minutos se dio cuenta del efecto casi hipnótico que aquello causaba en el hombre sirena.

—¿Nunca habías escuchado silbar?

El tritón negó con la cabeza y su cabello se derramó, luminoso y celeste, sobre sus hombros. Los ojos del anfibio estaban muy abiertos, como los de un niño.

Entonces Rupert comenzó a cantar para él aquella canción que hablaba de antiguas batallas, de hombres que fumaban, bebían, soñaban y morían, y de islas que estaban perdidas más allá del Quebrado, del Océano Procelario y del mismísimo Mar Definitivo.

Cuando terminó de cantar, Connelly tenía una mirada nueva. Algo que era tierno y terrible a la vez.

Sin dar ninguna señal que lo anticipase, el poeta se sumergió en el agua negra del pozo.

El humano se puso de pie de un salto, alarmado. ¿Había hecho algo mal? ¿Estaba sucediendo algo en el predio?

Entonces, el maestro Rickman-Blenders saltó fuera del agua con un movimiento grácil y poderoso, se aferró a las solapas de Goode, y lo arrastró con él bajo el agua.

El terror se apoderó de Benjamín, quien soltó todo el aire de sus pulmones en un grito mudo. Las manos palmeadas se aferraron a sus brazos,

inmovilizándolo en su frenético pataleo. Luego, la boca de Conn se abrió enorme y dentada como la de una lamprea; sus mandíbulas desencajadas. En la oscuridad, el humano sólo veía retazos de imágenes pavorosas. La boca del tritón se cernió sobre la cara del hombre cubriendo su boca y su nariz. Conn tuvo que golpearlo en el esófago para obligarlo a inhalar, y cuando lo hizo, Benjamín comprendió que el poeta estaba pasándole parte del oxígeno que sus agallas extraían del agua.

Goode no pudo ver por dónde iban, sólo sentía que se movían muy de prisa. Las contorsiones natatorias del cuerpo del hombre sirena eran bruscas y elegantes.

Entonces, demasiado precipitadamente como para preverlo, Connelly dio un giro de noventa grados, y se sumergió con el humano aferrado a sus manos y su boca; volvió a dar una serie de giros, y emprendió una carrera hacia la superficie hasta emerger con un salto colosal.

Rupert sintió cómo ambos caían sobre una superficie firme pero suave. Aún así el golpe en la espalda cimbreó todo su cuerpo.

De pronto estaba tendido boca arriba entre unos pastizales muy altos. El sol de la mañana le daba en la cara, el cuerpo le dolía y sentía algo agitarse a su lado.

Giró y vio a Conn tratando de volver al agua, arrastrándose con sus poderosos brazos. Benjamín saltó sobre él y lo obligó a enfrentarlo.

El tritón estaba fuera de su elemento, y si bien era mucho más fuerte que el humano, no podía hacer gran cosa para defenderse en la posición en que había quedado.

—¿Por qué hiciste eso? —gritó Rupert con desesperación.

Connelly negaba con su cabeza en forma impotente. Sus ojos imploraban algo que el humano no comprendía. Miró el pecho del poeta y vio que había perdido la tabla de comunicaciones.

—¡Mierda! —volvió a gritar el humano.

Se tendió al lado del hombre sirena, en el denso y alto pastizal que crecía a orillas del Quebrado. Conn también dejó de agitarse y comenzó a utilizar

sus pulmones.

Benjamín sacó el paquete empapado de cigarrillos, lo miró como si fuera un objeto caído desde otro planeta, y lo arrojó lejos. Luego probó el pad, pero no funcionaba. Suspiró frustrado.

La ropa le pesaba y se le pegaba al cuerpo; además lo estaba enfriando, haciéndolo tiritar.

Se quedó mirando hacia arriba. La bruma del río se extendía como un techo sobre sus cabezas. Algo intangible pero real que se arrastraba sobre ellos, recortando las puntas más altas de los juncos y las espadañas.

El tritón también tenía la vista clavada en ese río gaseoso.

—¿Por qué hiciste eso? —gimió Benjamín.

Con gran esfuerzo, Connelly dio la vuelta sobre sí mismo; luego, como un demente, comenzó a arrancar el pasto que tenía a su alrededor, cortándose y rasguñándose en el proceso. Cada vez que Goode intentaba detenerlo, él lo alejaba de un manotazo. Por fin, escribió con la punta de sus dedos sobre el barrizal que había limpiado: PORQUE TE NECESITO.

Benjamín se arrodilló y se quedó viendo la declaración, temblando de frío.

¿Cómo lo necesitaba?: ¿Como un amigo? ¿O, acaso, como él lo necesitaba?

Se mesó los cabellos con desesperación e impotencia. Se sentía exhausto, incapaz de desentrañar aquello.

La niebla sobre sus cabezas se convulsionaba a medida que los rayos del sol la calentaban y deshacían.

Benjamín Rupert Goode se puso de pronto de pie, resuelto como nunca antes en su vida.

Aquí no había crueldad sólo dolor, pensó.

Tomó a Conn por los brazos y lo arrastró hasta la orilla. Era fácil ver cómo se había hecho las innumerables cicatrices que poseía, mientras las nuevas se formaban. Pero el hombre-sirena se dejó arrastrar dócilmente.

El anfibio pesaba más que él, y Benjamín luchó con todas sus fuerzas por regresarlo al agua. Cuando por fin lo logró, y el joven poeta nadó con una

gratitud y una habilidad que dejaron pasmado al humano, éste comenzó a desvestirse.

Conn se quedó muy quieto cerca de la orilla, entre las cañas, viendo aquel proceso como si fuese algún tipo de espectáculo sagrado.

Una vez que se hubo desnudado, Rupert saltó al agua y nadó hasta donde estaba el tritón.

—Tú me enseñas tu mundo y yo el mío —dijo el hombre cuando estuvo a su lado.

Connelly asintió exageradamente y se dispuso a tomar a Benjamín en sus brazos para sumergirse con él otra vez, cuando el humano lo detuvo:

—¡No! —aclaró con tono firme— Tú me muestras *tu* mundo —dijo apoyando uno de sus dedos en la cabeza del poeta— y yo te muestro el *mío* —agregó colocando la mano palmeada del hombre-sirena sobre el sitio de su corazón.

Conn se sacudió, asombrado. Sus ojos brillaron con una luz salvaje y dulce al mismo tiempo. Su sonrisa de agujas se amplió más y más. Se llevó una muñeca hasta la boca y mordió su propia carne. Un líquido azulado brotó, moroso y frío. Luego, acercó la cara interna de su muñeca a la boca de Ben, quien retrocedió un poco antes de comprender. Entonces dejó que el tritón le tomara la muñeca izquierda. Cuando los finos dientes de Connelly se clavaron en ella, fue más ardor que dolor. Pero, cuando sintió la succión, fue algo definitivamente erótico.

En un arranque de coraje, Ben tomó la mano que el poeta le tendía y comenzó a sorber el líquido azul, frío y salado. Era como un elixir. Y, cuanto más bebía la sangre del anfibio, más sorbía éste su sangre roja y caliente.

El tiempo pareció distenderse, escaparse, estirarse y llevárselo con él; hasta que sintió la sacudida, la mano que le era devuelta cicatrizándose rápidamente. Conn tuvo que luchar para que el humano soltase su muñeca, así de adicto se había vuelto a su plasma, y luego lamió su propia herida para cerrarla. Entonces se acercó a Benjamín y esperó.

Ambos se miraban en silencio, flotando en el medio del Quebrado, quietos, aguardando que el otro diera el primer paso.

Recién en ese momento, Connelly pareció percatarse de que Rupert había aceptado aquel extraño ritual sin comprenderlo. Lo justo era que fuese él quien continuara con esa prueba de confianza mutua. Y así lo hizo.

Anhelaba tanto saber qué escondía el corazón de ese humano cuya esencia aún paladeaba, que dejó que Ben entrase en su mente como nadie antes lo había hecho. Ni siquiera él mismo.

Tomó el rostro del hombre entre sus enormes manos palmeadas, lo miró a los ojos, y en un susurro de papel de lija y ansiedad, exclamó:

—Ven *conmigo*, Rupert.

* * *

De pronto, el mundo se curvó a su alrededor. El agua del Quebrado, el cielo rayado de sol, el pastizal de la orilla, la boca de la Bahía Roja y los jirones deshilachados de la neblina; todo se proyectaba en el interior de una esfera traslúcida. Y, detrás del cristal de esa esfera que era la realidad, Benjamín podía ver el gigantesco rostro de Connelly mirándolo fijamente; su enorme mano izquierda sosteniéndolo a él y al mundo contenidos en ese globo.

Pronto, la esfera se opacó hasta convertirse en un entretejido de paneles de concreto agrietado y vigas de madera vieja. Una enorme pero claustrofóbica jaula, tan grande como un templo antiguo.

Goode se hallaba sólo en medio de aquel recinto clausurado. Dio unos pasos intentando entender aquel sitio, medirlo, interpretarlo.

Gigantescos cuadrados de concreto en bajorrelieve componían la esfera, como un panal aberrante. Las vigas, cuarteadas y blancas, se astillaban al contacto con sus manos. Era como si un esfuerzo, arcaico e inconsciente, tratara de mantener una estructura destinada a disolverse.

Luego de dar vueltas por el recinto, Benjamín eligió un panel al azar y empujó. Pero el concreto, avejentado y todo, era impenetrable e inamovible.

No así la madera, pensó el humano, y arremetió contra ella.

Una de las vigas que formaban los barrotes cuadriculados de esa jaula, comenzó a ceder bajo la mano del hombre. Los trozos se deshacían tan fácilmente, que pronto toda una sección perdió su integridad, causando que varios bloques de cemento se precipitaran.

Benjamín logró alejarse del derrumbe y, cuando el polvo se asentó, divisó una brillante luminosidad que procedía del exterior.

Avanzó por entre los escombros y emergió a un sitio familiar —aunque nunca hubiese estado allí antes—. Un océano manso de aguas celestes se extendía hasta el horizonte en todas direcciones. Las olas apenas si chapoteaban contra una vieja estructura de cemento, una vereda semicircular al ras del agua. Inclinándose poco a poco, a medida que se alejaba, había un camino que salía de ella hasta hundirse gentilmente en el agua.

Alguna vez la vereda había tenido altas barandas de hierro, pero ahora sólo quedaban unas pocas varas oxidadas pintadas de amarillo y negro, nada más.

El sol era intenso; la paz, inquietante. El agua brillaba de tal modo con la luz del mediodía, que hería la vista. Sólo el chapoteo de esas olas pequeñas turbaba el silencio.

Benjamín se descolgó del boquete que había abierto en la esfera y saltó hasta la estrecha vereda. Entonces se formó una figura en el sitio donde nacía el camino. Era una niña, una chiquilla de no más de diez años de edad. Estaba descalza. Vestía una remera blanca, shorts con flores rosadas y

tenía el pelo, largo y suelto, de un color que le recordó al humano el de sus propios ojos: carey claro. Bajo su brazo derecho sostenía una perla del tamaño de una pelota de vóley. Miraba fijamente el camino. O quizás el horizonte.

Ben se acercó a ella hablándole suavemente, para no asustarla:

—¡Hola! ¡Niña! ¿Qué tal? Me llamo Benjamín. ¿Dónde estamos, quieres decirme?

Ella giró la cabeza, lo miró unos instantes en silencio y volvió a fijar su vista en la distancia.

El muchacho se aproximó un poco más a la chiquilla, observó el vacío horizonte y la terrible soledad de aquel lugar sin límites, y se sentó en el suelo. Se dio cuenta de que estaba vestido para la ocasión, como si encajara en ese sitio: chomba blanca y bermudas celestes. Mientras sentía cómo la sucesión de olas y su sonido lo adormilaban, tuvo una idea, y habló de nuevo:

—¡Hola! Me llamo Rupert, ¿y tú?

Después de todo, se suponía que estaba en un sitio nacido de la mente de Connelly.

La niña se dio la vuelta, se sentó en el suelo frente a él, mirándolo con interés. Una sonrisa cálida y aniñada se formó en ese rostro que, hasta hacía unos segundos, había sido una máscara inexpresiva. Luego, haciendo rodar la perla-pelota hacia él, respondió:

—¡Yo también! Qué casualidad, ¿no?

Benjamín recogió la perla perfecta y la contempló asombrado. Su propio rostro se reflejaba en ella como en un espejo deformante y esmerilado. Volvió a ponerla en el piso, la hizo rodar hacia la niña, y prosiguió con la extraña conversación:

—Entonces, ¿te llamas Rupert?

Ella asintió con la cabeza con mucho énfasis. El cabello carey bailaba alrededor de su simpática carita.

Por un momento, Ben quedó fascinado por ese cabello del mismo exacto color que sus propios iris, y entonces comprendió. Una carcajada explotó desde su garganta. La risa no paraba. ¡Aquello era demasiado literal!

—¿La niña de mis ojos? —preguntó a nadie en particular. Pero la chiquilla sonrió y volvió a asentir, muda. Entonces, Benjamín calló de pronto, asustado.

La pelota rodó hasta él de nuevo.

—Guárdame como a la niña de tus ojos —recitó él, con reverencia.

La niña ya no hablaba, sólo gesticulaba.

El muchacho volvió a mirar el mar que lo rodeaba… Tanta libertad abrumaba.

—Esperas que yo te nombre, ¿no es así? —agregó él en un susurro—. Porque, en realidad no tienes nombre, no hasta que yo te lo dé —la miró a los ojos azules y, más allá de éstos, al ser que se escondía tras ellos—. Quieres saber qué atesora mi corazón.

La rubiecita volvió a asentir en silencio.

Benjamín se puso de pie, con la pelota-perla bajo un brazo y le tendió la otra mano a la niña. Ella se levantó y, sin soltarle la mano, lo guió por el pasillo que se internaba en el océano infinito.

A medida que caminaban, el agua los cubría más. Primero sus pies, luego sus tobillos, sus rodillas, su cintura… entonces Ben la levantó en brazos para que el agua no la tapara. Con el movimiento, la perla cayó al mar y se hundió.

La niña había ladeado la cabeza, como esperando algo.

Con la chiquilla en sus brazos, Benjamín tomó aire y, temblando en el agua helada, dijo en voz fuerte y con un cierto alivio:

—Connelly, así te llamas.

La niña sonrió con dientes de aguja de coral, y saltó de sus brazos mientras desplegaba detrás de sí una enorme aleta caudal, roja como la sangre humana, para hundirse en el océano, tras la perla.

Rupert permaneció un tiempo así, conmocionado y atónito. Aquello no era un sueño, pero tampoco podía ser la realidad. ¿Qué poder tenía en realidad el poeta?

Comenzó a desandar el camino y regresó a la vereda semicircular. Se sentó nuevamente en ella, mirando el mismo punto indefinido que la niña había estado mirando, y se quedó así, en silencio y sin pensar, por lo que le parecieron varias horas.

El sol del mediodía jamás avanzaba allí. O si lo hacía era terriblemente lento. El tiempo parecía no tener sentido, las olas lo evaporaban en una monotonía carente de medición posible.

¿Así se sentía Conn? ¿O así se sentía él mismo? ¿Era ésta la libertad sin identidad?

Conocía cuál era el mecanismo para volver de un Mundo Rickman-Blenders, tal como lo llamaban los científicos que lo habían estudiado. Únicamente debía llamarlo, pedírselo, y el poeta lo sacaría de allí. Pero aún no estaba listo para eso.

Dejó pasar un tiempo más, un tiempo de tranquilidad infinita, y luego emprendió el retorno a la esfera. Una vez en el interior de la jaula de madera vieja y concreto, se dirigió al otro extremo y volvió a debilitar un cruce de vigas. Esta vez fue más cuidadoso y el derrumbe menos espectacular. Apenas cruzó en umbral, lo recibió otro paisaje de ensueño o de pesadilla.

Ahora estaba sobre las copas planas y tupidas de un grupo de árboles. Eran unas plantas delgadas y altas, posiblemente de más de treinta metros de altura. Todas sus finas y nerviosas ramas terminaban en el mismo nivel, muy juntas entre sí, y uniendo un ejemplar con otro hasta formar una sola copa delgada y horizontal, un techo continuo y sin huecos, o mejor dicho, un camino sobre el que él se hallaba.

A pocos metros de distancia, el último árbol fijaba el final del exiguo sendero. Abajo, a medida que se asomaba por los bordes, Benjamín sólo alcanzaba a ver una bruma espesa y movediza, gris y opaca, que no permitía adivinar qué cosa había en el suelo o si es que había uno.

El cielo atardecido era de una tonalidad que iba desde el malva al morado, y estaba cruzado por nubes como cintas color caramelo.

Miles de pájaros negros pasaban volando bajo él, por entre las ramas, en un constante chillido y canturreo y batir de alas que armaban gran alboroto.

Al revés que en el otro paisaje, éste poseía un límite. Pero, al igual que en el anterior, el infinito seguía presente. Si allá, en el mar, se había sentido preso por tal infinitud, aquí se sentía libre en mitad de la finitud.

Una mujer joven, envuelta en una túnica azafranada y con el rubio pelo recogido, se hallaba de pie en el borde del camino hecho por las copas de los árboles. Tenía una niña en brazos, tal vez de tres años de edad. Otra nena estaba arrodillada a sus pies, con las manos en el piso; tendría unos ocho, calculó Benjamín. Las tres miraban el horizonte, un horizonte tan inalcanzable como el oceánico.

Goode se acercó a la madre y repitió su presentación:

—Buenas tardes, señora, me llamo… Rupert. ¿Podría decirme dónde nos encontramos, por favor?

Se miró a sí mismo mientras avanzaba, una túnica morada lo cubría hasta los pies. Se retiró la capucha cuando llegó junto a la dama.

Ella le sonrió, había algo familiar en la mujer:

—¿Cómo? ¿Ya no te acuerdas de mí? —le dijo ella— ¡Si tú me pusiste un nombre, allá en el mar, hace tantos años!

¡La niña!

La mujer le tendió la chiquilla que llevaba en los brazos y Benjamín la tomó en los suyos. Era… *extraña*, algo parecida a Ada Blenders, si debía reconocerlo, pero con una mirada diferente, más dura, más sufrida.

La otra nena se aferró a su túnica y él le acarició su cabeza con su mano libre. Tenía algo de los rasgos de Eleazar Rickman en ella, pero los ojos eran tan plateados como los de Serenidad, la célebre poesía del autor.

—¿Has visto? —dijo la madre orgullosa— Por fin recuperé la perla. ¡Y más de una!

Entonces se dirigió resuelta hacia el borde del camino.

—¡Espera! ¿Qué haces? —gritó Benjamín. Y tras dudar, agregó— ¿Qué hago?

Ella se dio la vuelta y lo miró sonriente. Los dientes de coral brillaban rojos en el sol de la tarde.

—Ya tengo un nombre, y ellas no lo necesitan. Sólo debes… No lo sé… ¿Encontrarme?

Y se arrojó al precipicio.

Benjamín, conmocionado, corrió con las niñas hasta el borde.

La mujer no se veía entre las ramas inferiores, y la bruma espesa ocultaba su cuerpo si es que se había estrellado.

El muchacho pensó en las chiquillas y se alejó del borde. No quería que se asustaran o sufrieran, pero ellas estaban demasiado tranquilas.

La más pequeña gritó entonces:

—¡Mamá! —y su manito señaló un gran pájaro negro que se había elevado desde las ramas inferiores.

Enseguida las dos intentaron correr hasta el borde del camino de árboles.

—¡No, no, no! —gritaba Ben con desesperación, tratando de retenerlas. Pero la fuerza de las criaturas era inhumana y lo estaban arrastrando a él.

Asustado, las soltó, y las dos chicas se pararon en el borde del precipicio tal como lo había hecho su madre antes. Para su asombro, la pequeña salió volando, flotando como si no hubiera gravedad. La mayor se dio la vuelta y le dijo a Benjamín:

—¡Papi!, ¿qué no te das cuenta de que es mamá? Ahora nos toca a nosotras buscarla a ella. Tú todavía debes hacer más camino.

Y entonces se elevó igual que su hermana.

—¡Vamos! —le gritó desde el aire— No tengas miedo, síguenos. No te quedes atrás.

Rupert se acercó al borde y, tentativamente, dio un paso. Un temblor sacudió el suelo de hojas y, por entre la bruma, surgió un nuevo árbol que

se elevó despacio hasta que su copa se engarzó con las otras, continuando el camino unos metros más.

El hombre empezó a avanzar entonces más resueltamente, siguiendo al pájaro negro y las dos niñas en su vuelo.

Cada vez que llegaba a un límite, daba un paso hacia el vacío sin dudarlo, y un nuevo árbol surgía, extendiendo el camino para él.

Hasta que llegó a un barranco.

Entonces el pájaro cobró más altura y luego se arrojó en picada, con las niñas detrás. Tal era la velocidad de los tres seres, que se convirtieron en bolas de fuego, en estrellas fugaces que se hundían en el abismo del barranco.

Benjamín se arrodilló en el borde y miró. Y lo que vio lo dejó sin aliento. Allí abajo se abría el universo.

Una estrella rojiza teñía el espacio con su luz cobrizo-terracota, y un cúmulo de asteroides danzaban justo frente a la línea de visión de Ben: desde guijarros hasta montañas, flotando en una danza lenta y majestuosa.

De pronto las tres mujeres, como pequeñas estrellas fulgurantes, se apagaron y se fundieron con esa cohorte de rocas, perdiéndose en el laberinto de su órbita.

Goode se sintió pesado, torpe, y volvió la vista sobre sí mismo. Un traje espacial lo envolvía como un guante presurizado. El casco, enorme y con un visor ahumado, le permitía ver la gigante roja sin quedarse ciego.

Sin pensarlo dos veces, se arrojó al vacío.

Sin embargo, no salió flotando tal como esperaba, sino que cayó sobre la cubierta de una plataforma, como atraído por una fuerza magnética.

La nave era enorme y estaba acompañada por otras más pequeñas, que iban y venían portando material entre las rocas y la plataforma.

Mineros, pensó él, aquí descender es ascender, y ascender es descender… Mineros, tesoros…

La *katábasis*, se dijo, el descenso. Y recordó a Hylas, y su caída en el estanque: medio arrastrado por las ninfas, medio arrojándose por propia

voluntad.

Y rememoró su viaje por el foso de la torre, su rapto en manos de Connelly, el beso de su oxígeno que lo mantuvo vivo bajo el agua, el regalo de su sangre…

—El descenso es el ascenso —murmuró. Y su voz sonó distorsionada y muy cercana, en el interior del casco.

El universo se extendía maravilloso, a su alcance. Aquí no había límites pero tampoco imposibilidades. Para esto había venido, en realidad. No para conocer a Connelly, ni siquiera para entender qué sentía por él, sino para encontrar la forma de liberarlo. Y era obvio, viendo este infinito interior, que la única forma que Conn tendría jamás de ser libre era entrando en sí mismo.

Él era el universo y el cinturón de asteroides y cada piedra que flotaba en él. Y era más que la suma de todo eso.

De pronto se dio cuenta, por primera vez, que el sitio en donde estaba era una externación del poeta: él mismo afuera de sí.

Sonrió y sintió su propio aliento cálido rebotar contra el cristal del casco y volver a su cara. Estaba lleno de esperanzas.

—¡Conn, amigo, ya es hora! —y el grito resonó opaco en sus oídos, mientras el traje presurizado lo dotaba de coloraturas íntimas.

Estaba en el medio de la más absoluta extensión interminable, dentro de un traje tibio como un útero. Y, cuando las manos palmeadas y húmedas surgieron desde el agujero en medio de la nada y tomaron las suyas, Benjamín sintió que estaba naciendo de nuevo.

* * *

—¡Es la idea más descabellada que he escuchado jamás!

A pesar de gritar, la voz aterciopelada de Eleazar seguía siendo tan seductora como siempre.

—Al menos, déjelo que se la explique.

Rickman miró al periodista notándolo por primera vez. Su expresión decía: ¿Qué hace usted aquí?.

Y usted era poco menos que un insecto.

—Señor Goode, esto es entre mi hijo, su madre y yo. No creo que usted tenga nada que ver en este asunto; salvo que busque algún tipo de retorcida primicia.

Benjamín enrojeció de vergüenza y de ira al mismo tiempo; pero no tuvo necesidad de explicarse cuando la libreta de Connelly destelló en letras rojas:

—Él tiene *TODO* que ver, padre.

Ada miró al humano con curiosidad. Hacía tiempo que lo había reconocido. Era el muchacho de las escaleras del teatro de la ópera.

¿Aquello había sido una coincidencia o un juicio intuitivo? No lo sabía. Pero lo que a Ada le resultaba obvio era aquello a lo que Eleazar estaba ciego: que su hijo tenía una poderosa amistad con el hombre y que era correspondido en ese amor.

—Y, ¿quién te sacará de allí? —insistió el maestro Rickman, mientras ignoraba la respuesta de su hijo y al hombre que tenía parado a su lado—. Cuando alguien cae en tu hechizo eres tú quien lo extrae de él. No hay indicios de que nadie pueda salir por su propia cuenta, sin tu ayuda —de pronto la voz se había vuelto pausada, persuasiva, dulcemente lógica—. Si tú eres quien está dentro, ¿cómo saldrás?

El rumor de los pinos mecidos por el viento tapaba los agitados cuchicheos de las creaciones de Connelly, escondidas entre la vegetación. Sus decenas de ojos estaban fijos en su creador, el cachorro de su sangre, el Baco de sus orgías de vino de poesía. ¿A dónde se iría? ¿Los dejaría solos? ¿Cómo

sobreviviría sin ellos? El humano, el favorito de su creador, ¿acaso él lo mantendría con vida al igual que lo hacían ellos?

La respuesta del joven hombre-sirena destelló en la pantalla, bajo la luz de la luna:

—Esa cuestión sólo puedo resolverla yo, padre. Pero aún si no consiguiera salir, eso sería preferible a no vivir.

—¿No vivir?

Era la primera vez que Ada hablaba en toda la noche y su voz sonó dolida. No era que se sintiera despreciada o herida por las palabras de su hijo. Al contrario. Era más bien un reconocimiento doloroso de lo que ella había sentido alguna vez. Hubiera deseado que él no tuviese que pasar por aquello pero, al parecer, todos lo hacían. Incluso, viendo el rostro del joven periodista, comprendió que tal vez los humanos también.

Conn no la entendió.

Su tecleo dejó de ser sereno:

—Ustedes se cono cen a travésdesus obras. Papá lo hace con *Serenidad* u u *Oscuridad*, inclusocon *Sombra*. Tú has hecho a *Espectros de vientos* oa *Cantar de una langosta*, y ellos temuestran quién eres. *YO* les muestro quiéneson, hasta cierto punto —se detuvo, respiró hondo, y prosiguió con más calma—. Pero mis obras no son mis espejos, son mi alimento… ¿Cómo conocerme si estoy separado de mi propio mundo interior por mi ego? —la mano palmeada del tritón se extendió hacia la del humano, y Benjamín la tomó. Había algo allí muy profundo, notó Ada, algo que iba más allá del hecho de ser amigos y del de ser amantes— Rupert irá conmigo —prosiguió el lento y esmerado tecleo con su mano libre—.tanto si salgo como si no lo hago, él estará a mi lado. Pero necesito que ustedes nos preparen, que nos ayuden a lograrlo.

Antes de que Eleazar pudiera comenzar a exponer sus argumentos, la voz de Ada cortó el aire:

—Tú dinos cómo quieres que lo hagamos, hijo, y así lo haremos.

Luego de aquellas palabras lo único que se oyó fue el murmullo de las agujas de los pinos y el borboteo del agua en la fuente.

* * *

La esfera de gestación era enorme, capaz de contener a una persona adulta. Estaba llena de agua y descansaba sobre un trípode que se había ensamblado en el sitio donde antes estaba una de las camillas de acero del laboratorio.

Benjamín Rupert Goode, vestido con su traje de lana de cuadros marrones, estaba muy quieto, reclinado contra una de las paredes azulejadas. Tenía tanta tensión y nerviosismo contenidos, que parecía hallarse en total calma. Sus ojos estaban fijos en el huevo transparente dentro del cual se enrollaba sobre sí mismo su amigo y compañero.

La aleta caudal estaba contraída, sus hermosos colores apagados bajo la brillante luz. Se había cortado el cabello a la altura de los hombros, y ahora los azulados mechones desparejos flotaban como un halo alrededor de su cabeza. Distancia estaba pasando su mano por la superficie del huevo mientras Conn le respondía el gesto desde dentro. El elfo parecía muerto en su palidez, bajo la impiadosa luz del laboratorio. Él también había nacido alguna vez en ese sitio y a partir del ser que estaba dentro de la esfera.

Al principio, Benjamín había sentido un cariño débil por las creaciones de Connelly. Cariño que a veces se convertía en celos salvajes y otras en admiración o piedad. Pero, con el tiempo, había logrado comprender que eran un aspecto del propio hombre-sirena, una parte encarnada de él mismo, y eso había logrado que los amase casi tanto como lo hacía a su creador.

Distancia había sido el último en alimentarlo. Aún había rastros de sangre en las cuatro válvulas de su pecho. Con agilidad felina saltó por encima de los aparatos que rodeaban el huevo y aterrizó en los brazos de Goode, escondiendo su cabeza bajo un brazo de éste.

El hombre acarició la cabellera escarlata y trató de calmar el llanto silencioso de la criatura. Entonces el elfo se pasó la mano por el pecho, recogió parte de su sangre verde azulada, y pintó con ella los labios del humano. Luego, con sólo tres grandes saltos, salió del laboratorio.

Rupert entendía ese gesto. Desde hacía un tiempo él era capaz de alimentar a Conn gracias a la mezcla de sangres que habían efectuado, y al arte de Eleazar. Ahora, de ser necesario, él podría mantener con vida a su compañero cuando estuviesen donde fuera que iban a dirigirse.

Eleazar terminó de ajustar los controles y afinar los cálculos. También dispuso las máquinas para que trabajasen solas, puesto que ni él ni su esposa podían estar presentes en el laboratorio, o se verían arrastrados al otro mundo.

Ada le dio un beso largo al cristal que contenía a su bebé sirena adulto, a su hijito amado, y Connelly le sonrió con una amplitud y un gozo casi inocentes. Casi carentes de miedo o pena.

El maestro Rickman pasó su brazo por el hombro de Ada y ambos se quedaron viendo a su hijo. Ya había pasado el momento de las objeciones o de las dudas, ahora no había más nada que decir.

Los tres sabían que se amaban mutuamente, de modo que, en silencio, los padres se despidieron de ese hijo que iba a nacer, a crecer, por segunda vez.

Cuando el laboratorio se quedó vacío, se oyó el profundo y fuerte suspiro de Benjamín. Lentamente éste se acercó a la esfera y apoyó ambos brazos y manos en ella, como conteniéndola.

Temblaba.

—Y bien, ¿qué palabras has elegido para transportarnos a tu mundo? —dijo con una media sonrisa tensa— Tú y yo sabemos bien lo que sentimos el uno por el otro. No me vengas con cursilerías, ¿sí?

La risa de Connelly, aún bajo el agua, provocó una resonancia en el tejido espaciotemporal del laboratorio. Una de la que, por primera vez, y gracias a la modificada esfera de gestación, el propio Connelly fue consciente.

El tritón tembló ante esta sensación. No creía que pudiese ser tan fuerte. Sus ojos asustados se aferraron a la mirada de Rupert, y ésta volvió a él cargada de confianza, seguridad y amor.

Connelly abrió la boca tentativamente varias veces… A veces ensayaba un te amo que hacía sonreír de orgullo a Benjamín. Otras, era Rupert lo que esbozaban sus labios, y el joven hombre sentía vibrar todo su cuerpo de emoción. Por fin, cerró los ojos, inspiró por sus agallas con fuerza, y cuando miró de nuevo a su amigo, dijo suavemente entre burbujas de aire:

—Gracias.

Y ambos desaparecieron en el interior de una esfera autocontenida.

Teresa Pilar Mira de Echeverría nació en 1971 en la provincia de Buenos Aires, Argentina.

Es Doctora en filosofía. Dicta cursos en distintas Universidades (Gnoseología, Filosofía de la Naturaleza y Filosofía contemporánea) y en Fundaciones, vinculando sus cátedras con su investigación en ciencia ficción. Directora del CENTRO DE CIENCIA FICCIÓN Y FILOSOFÍA del Departamento de Investigación perteneciente a la Fundación Vocación Humana, estudia e investiga sobre la interrelación entre filosofía, mitología y ciencia ficción (siendo éste el tema de su tesis doctoral). Ha dictado conferencias sobre este tópico en simposios Internacionales de Filosofía, y ha realizado distintas charlas y exposiciones al respecto desde hace varios años. También ha publicado artículos sobre el tema en las revistas El hilo de Ariadna, NM, Signos Universitarios Virtual y Cuásar, entre otras. El artículo: «La trama del vacío —O una única visión triple según Spinrad, Delany, Malzberg—» obtuvo el 2do accésit en la categoría Ensayo en el III Premio Internacional de las Editoriales Electrónicas (2010); y su ensayo «Los símbolos de lo Sagrado en la mitología contemporánea: Cuatro visiones de una divinidad exógena, según Dick, Zelazny, Farmer y Herbert» fue finalista en el Fourth Annual Jamie Bishop Award (International Association of the Fantastic in the Arts – IAFA) del 2009.

También ha publicado cuentos de Ciencia Ficción en las revistas especializadas: Axxón, NM, Próxima y Opera Galáctica. Su cuento Memoria apareció en la antología internacional Terra Nova junto a lo más renombrados autores de la actualidad.

Se declara apasionada de la New Wave, especialmente de los autores: Frank Herbert, Philip K. Dick, Philip José Farmer, Samuel Delany, Roger Zelazny y Octavia Butler. Y admiradora de China Miéville.

Hemos publicado en Axxón sus cuentos: INTERCAMBIO JUSTO, DEXTRÓGIRO, PÚLSAR y OTOÑO; y el artículo HOGAR, EXTRAÑO HOGAR —LOS MODELOS DE FAMILIA DENTRO DE LA CIENCIA FICCIÓN—.

Ficciones Breves Nº 72

varios autores

La literatura fantástica no necesita de bordes y líneas que delimiten sus fronteras. Sus ideas y experimentos rozan a veces el sano delirio de los juegos metaliterarios y se filtran hacia universos aledaños —o, incluso, al nuestro— sin ningún tipo de inconveniente o tapujo. ¿No es acaso la ficción literaria un continuo juego de inventar universos?

Las nueve brevísimas historias que siguen tiran anzuelos hacia otros mundos —reales o imaginados—, jugando a ese juego que, por suerte, parece no acabarse.

Dany Vázquez

LA HISTORIA MÁS GRACIOSA CONTRA LA HISTORIA MÁS TRISTE DEL MUNDO – Pé de J. Pauner

MÉXICO

Había una guerra contra los turcos, como dijo Calvino. El caso es que esta guerra no se pelearía con vizcondes demediados, barones rampantes o caballeros inexistentes. Al general cristiano se le ocurrió enviar, debidamente caracterizado de turco, al mejor cuenta chistes del país a las tropas enemigas en un claro homenaje a los Monty Phyton.

Las tropas turcas comenzaron a caer como moscas en cuanto el mejor cuenta chistes comenzó a contar su mejor historia y cada guerrero lo contaba de boca a oreja antes de caer muerto de risa.

El general turco decidió contraatacar enviando al mejor contador de historias tristes a las tropas cristianas, antes de que sus propias tropas fueran por completo diezmadas. La treta dio resultado: los guerreros cristianos comenzaron a morir en un océano interminable de lágrimas.

Entonces el general cristiano, que recorría las filas de sus soldados ahogados en llanto (los cadáveres flotaban bocabajo y las lágrimas no paraban de manar de sus ojos abiertos y vidriosos, aún después de muertos), encontró al contador de chistes muriendo de tristeza.

—¡Vamos, vamos, no tienes por qué morir! —Le aseguró el general—. A ver, recuerda tu mejor chiste y cuéntalo. Verás que así te sentirás mejor.

Poco a poco el contador de chistes desmadejó una historia tan graciosa que el general agonizó entre estertores de risa. El contador de historias graciosas al ver esto, dejó de reír ante su propio e inspirado chiste y murió en medio de un llanto incontenible al darse cuenta que nadie había ganado la guerra.

EL TRANSFERENCIADOR – Jack H. Vaughanf

ARGENTINA

Había llegado el momento de poner el transferenciador a prueba, y fue el mismo inventor de aquel sistema quien se ofreció como voluntario para el experimento.

Los ayudantes le colocaron el casco periférico, el cual lo mantenía enlazado con la computadora que estaría encargada de llevar a cabo todo el proceso. Del otro lado de la habitación se encontraba recostado el nuevo recipiente para su conciencia: Una réplica artificial de su propio cuerpo que yacía inmóvil y sin pulso sobre una camilla, y al igual que él, estaba conectada a la computadora por un casco que traía en la cabeza.

El inventor cerró los ojos por última vez antes de que el operador de la computadora pusiera en marcha la transferencia. Los ayudantes

retrocedieron, colocándose en un extremo de la habitación en donde pudieran contemplar el experimento en todo su esplendor.

Kuegi de iniciar el proceso, un leve zumbido comenzó a invadir la sala mientras una vibración se apoderaba de la cabeza del inventor hasta que de golpe, su cuerpo entero convulsionó electrizante para luego permanecer completamente relajado, como si toda su estructura física fuera liberada de una enorme tensión. El operador contempló la pantalla del monitor atendiendo a las dos líneas cardiacas que se agitaban frente a él: La que marcaba los pulsos del inventor se reducía hasta casi apagarse, y el movimiento que mermaba parecía estar apoderándose de la otra, que hasta ese momento no había sido más que una línea constante. Todos los presentes miraron a la vez hacia la réplica que descansaba del otro lado, esperando en silencio algún tipo de respuesta.

Tras unos momentos, la réplica elevó la cabeza y se dobló a la mitad, levantándose de golpe de la camilla. Los ayudantes se arrimaron rápidamente, para evitar que cayera, pero la réplica se apresuró a apoyar ambos pies sobre el frío suelo de cerámica. Tenía los ojos abiertos y crispados hasta que una chispa de conciencia apareció en estos, tomando la forma de una mirada serena que todos detectaron como familiar. Adoptó una postura impávida mientras contemplaba los rostros boquiabiertos de los ayudantes que lo estudiaban con curiosidad.

El operador que había activado el transferenciador tomó su pequeña linterna y alumbró los ojos del cuerpo que acababa de animarse. Éste siguió la luz con la mirada.

—¿Señor? —preguntó el operador—. ¿Es usted?

Pero enseguida la atención fue dirigida hacia el cuerpo original que se encontraba en el otro extremo de la habitación. Este convulsionó nuevamente y se elevó de un salto, junto con las voces de todos los ayudantes que exclamaron horrorizados al unísono.

Se bajó de la camilla y ambos cuerpos iguales quedaron enfrentados. Uno parecía ser el espejo del otro, y viceversa; solamente separados por el operador y los ayudantes que alternaban la mirada entre uno y otro.

Agitado e incrédulo, el ayudante esta vez se dirigió al inventor que acababa de despertarse:

—Pero señor… ¿Qué ha sucedido?

—El experimento… —comenzó a decir éste, pero enseguida fue interrumpido por la réplica que con su misma voz exclamó: *¡Fue un completo fracaso!*

EL AMANUENSE – Pé de J. Pauner

MÉXICO

Emocionado por la historia que acababa de pergeñar, se volvió hacia su amigo y le pidió que fuera escribiéndola mientras él la dictaba.

—Preferiría no hacerlo— fue la seca respuesta que obtuvo.

Decidió, pues, escribir la historia de la Ballena Blanca él mismo, pero guardó el episodio en la memoria para, en venganza, narrar la historia del amanuense en *Bartleby, el Escribiente*.

ASTERIÓN – Enrique Decarli

ARGENTINA

Alguna vez tuve otro nombre. Al menos la gente me llamaba de otra manera. No me extraña. Como todo lo que fue verdad en mi vida (las facciones de la cara, la firmeza de la carne, los instintos, hasta mi naturaleza), también mi nombre fue velado por efecto de los espejos.

No sé cuándo ni cómo llegué. A veces pienso que el laberinto no existía, que fue edificado en un instante. Un día desperté acá, eso es todo. No recuerdo, tampoco importa; ni siquiera los recuerdos me son fieles.

Después de recorrer el lugar catorce veces, entendí. Estaba encarcelado. Comprender trajo dos atributos. La sabia resignación, primero; un nombre,

después. Ahora me llamo Asterión. Y Asterión no busca la salida. Asterión espera.

En las excursiones que emprendí de joven clasifiqué miles de espejos. Cada espejo me devolvía una imagen diferente. Para reconocerlos tracé marcas, les di nombres, los que tenía a mano, mis padres, hermanos, amigos, maestros. En cada excursión descubría galerías nuevas; en cada galería, centenares de espejos, que también marcaba, pero no tenía nombres nuevos, entonces volvía a empezar, maestros, amigos, hermanos, padres.

Tantas imágenes distintas responden al mismo nombre. Quién no se hubiera perdido. Quién no hubiera enloquecido.

Hace tiempo renuncié. Las excursiones me desmoralizan. Lejos de mostrarme la mayor amplitud y comodidad de mi casa, revelan que mi celda es cada vez más chica. Pero un sueño se repite:

Nueve hombres entran en el laberinto. Oigo sus pasos o su voz en el fondo de las galerías y corro alegremente a buscarlos. Uno tras otro caen. Donde cayeron, quedan, y los cadáveres ayudan a distinguir una galería de las otras. Ignoro quienes son, pero uno de ellos profetizó, en la hora de su muerte, que alguna vez llegaría mi redentor.

Asterión espera.

REFERENCIAS CRUZADAS – Pé de J. Pauner

MÉXICO

Los periodistas abordaron a Madame du Deffand para peguntarle:

—¿Cree en los fantasmas?

Desde la cama de sus amantes, Voltaire gritó por la ventana:

—Yo no soy un cándido… ¡tú tampoco debes creer!

De dentro del ropero Horace Walpole exclamó:

—¡Eso me da una idea!

Sainte-Beuve se apresuró a decir:

—Para mí que cada escritor tiene un esqueleto en el armario…

Madame se impacientó para agregar:

—No… pero les tengo miedo.

Una voz brotó de debajo del colchón, era Henry James:

—Lo peor es cuando no pretenden pagar alquiler —y volvió a meter la cabeza bajo la cama.

CANÍBALES AL MENUDEO – Ricardo Gabriel Zanelli

ARGENTINA

*I*nforme

*L*a civilización que visitamos se había destruido hacía mucho. ¿Catástrofe cósmica? ¿Holocausto nuclear? ¿Decadencia al estilo de nuestros imperios? No, señores. Ninguna de estas causas. Entonces, ¿Cómo se autodestruyeron? Es un poco cruel y absurdo pero vamos a tratar de explicarlo.

Desde hacía muchos años (de los de ellos) la medicina había desarrollado la técnica de trasplantar órganos. Primero, muy tímidamente, con muchísimos fracasos y tal vez con demasiadas muertes. Claro que antes habían experimentado con especímenes de su fauna local, como si los pobres no sufrieran también. En seres de inteligencia superior (como ellos se consideraban) los primeros trasplantes fueron en la bomba motora que mueve sus organismos: lo llamaban corazón. Posteriormente siguieron otros órganos, incluso de menor tamaño pero más complejos que el mencionado. Eventualmente, esta práctica se volvió cosa de todos los días. Hasta aquí no habría más que un avance científico. Pero ocurrió que, en algunos casos, la demanda era mayor que la oferta. En consecuencia en todo el orbe se dictaron leyes y decretos que establecían que, salvo

declaración expresa, se consideraban de propiedad pública todos los órganos a la muerte de cada individuo. En general las legislaciones apuntaban sobre todo a los casos de accidentes fatales.

Por otra parte, las guerrillas habían perdido sus hipótesis de conflicto, dado que los estados soberanos, por lo general, proveían a las necesidades de la población. Pero, al mismo tiempo, no podían satisfacer la demanda de ciertos órganos, naturalmente por el carácter aleatorio de las muertes. Luego de tantos años de vivir fuera de las leyes, los terroristas carecían ahora de ocupación. Constituyeron entonces verdaderas organizaciones criminales dedicadas al tráfico de órganos para colmar, sobre todo, las exigencias de los particulares ricos, cuyos organismos estaban mayormente dañados por el abuso de las drogas, las cuales eran legales en todas partes, quitando de esa manera otra fuente de ingresos a terroristas y traficantes. En consecuencia, comenzaron a desaparecer de las calles, pordioseros, niños y, en algunos casos, prostitutas (Por dudas sobre la terminología, consultar Anexo adjunto).

La ciencia había desarrollado, también, medios domésticos para conservar órganos, los cuales fueron aprovechados por los ricos para ir almacenando para el futuro. Llegó a existir una verdadera red de bancos con específicas cuentas corrientes y cajas de ahorro de vísceras humanas (Así se denominan a sí mismos). Se dio el caso de un millonario que guardaba setenta y siete hígados (ver Anexo) en congeladores. Así, podía continuar su riguroso régimen de borracheras sin preocupaciones. Mientras, en los hospitales públicos, modelos de eficiencia poco tiempo atrás, las pobres gentes morían desahuciadas luego de haber esperado años un trasplante que nunca llegaría.

Los gobiernos estatales, que habían desmantelado sus ejércitos por ausencia de hipótesis de guerra (y, de paso, para poder desviar fondos a satisfacer la demanda de órganos frescos), no podían hacer frente a los criminales: las fuerzas policiales eran sobrepasadas con suma facilidad (muchos en sus filas cambiaban de bando, tentados por los mejores salarios y las armas superiores). Impotentes, los gobiernos contraatacaron, pero de manera

errónea: legiones de ingenieros genéticos comenzaron a reproducir copias orgánicas de las vísceras requeridas, pero pronto se comprobó que los donatarios rechazaban los órganos copia. El resultado fue que la demanda por los originales se duplicó, recrudeciendo la guerra criminal.

Al final, todos, absolutamente todos los órganos de un ser vivo llegaron a ser trasplantables, incluido el más importante, el llamado cerebro. Cualquiera —si poseía suficiente fortuna— podía renovarse por completo: casi se había vuelto un asunto de estética (consultar Anexo).

La pobreza resurgió debido a las grandes sumas destinadas a la fabricación de los pseudo órganos. Los gobiernos, debilitados, no tuvieron tiempo de reorganizar los ejércitos. Los guerrilleros y terroristas, en cambio, crecían en número y sus arcas estaban repletas. La demanda de órganos por las minorías ricas aumentaba exponencialmente, debido a la incertidumbre sobre el futuro. Al mismo tiempo, la desaparición de los habitantes era cada vez mayor, sobre todo los niños, cuyos órganos prístinos eran pagados el doble o el triple, en especial si se trataba de bienes muy preciados, como era el caso de los ojos celestes, dorados o bien rojizos.

La llamada (por ellos) cohesión social se resquebrajó y, finalmente, los guerrilleros llegaron al poder en casi todas partes. Empero, como tristemente sabemos nosotros mismos, los terroristas no saben qué hacer con el gobierno una vez que la revolución triunfa. Y devino el fin. Las hordas de marginados hambrientos asaltaron a los opulentos que amasaban fortunas de millones en órganos pero que ya habían olvidado las interminables listas de espera de receptores. El instinto primario del hambre obnubiló a esas masas desquiciadas. Luego, naturalmente, se cebaron. Del derrumbe total sólo los separaba un paso.

Adaptación y traducción: Ç

EL NO DE LAS NIÑAS (UN SUCESO CUALQUIERA EN TIERRA 2) – Pé de J. Pauner

—Imagino un mundo —dijo Federico—. A una mujer… varias mujeres…

La Poncia: *(En la puerta.)* ¡Abre!

Bernarda: Abre. No creas que los muros defienden de la vergüenza.

Criada: *(Entrando.)* ¡Se han levantado los vecinos!

Bernarda: *(En voz baja, como un rugido.)* ¡Abre, porque echaré abajo la puerta! *(Pausa. Todo queda en silencio)* ¡Adela! *(Se retira de la puerta.)* ¡Trae un martillo! *(La Poncia da un empujón y entra. Al entrar da un grito y sale.)* ¿Qué?

—En ese mundo la virginidad es una desgracia.

La Poncia: *(Se lleva las manos al cuello.)* ¡Nunca tengamos ese fin!

(Las hermanas se echan hacia atrás. La Criada se santigua. Bernarda da un grito y avanza.)

La Poncia: ¡No entres!

Bernarda: No. ¡Yo no! Pepe: irás corriendo vivo por lo oscuro de las alamedas, pero otro día caerás. ¡Descolgarla! ¡Mi hija ha muerto virgen! Llevadla a su cuarto y vestirla como si fuera doncella. ¡Nadie dirá nada! ¡Ella ha muerto virgen! Avisad que al amanecer den dos clamores las campanas.

Martirio: Dichosa ella mil veces que lo pudo tener.

—Veo a Bernarda… se apellidará *Alba*, gritando:

Bernarda: Y no quiero llantos. La muerte hay que mirarla cara a cara. ¡Silencio! *(A otra hija.)* ¡A callar he dicho! *(A otra hija.)* Las lágrimas cuando estés sola. ¡Nos hundiremos todas en un mar de luto! Ella, la hija menor de Bernarda Alba, ha muerto virgen. ¿Me habéis oído? ¡Silencio, silencio he dicho! ¡Silencio!

—Porque su hija no ha conocido varón…

EL LATIGAZO – Miguel Ángel Di Giovanni

ARGENTINA

Soy un tipo normal. Qué sé yo, uno como todos. Tampoco creo que, a casi medio siglo de vida, pueda decir que con pocas luces. Común y corriente, bah.

Pero hoy a la mañana pasó algo raro. Rarísimo.

La radio me despertó igual que siempre. Con sueño y con hambre, fui al baño, meé, me lavé. Y después, en la cocina, preparé mate cocido. Regué el jardín y volví a mi pieza.

Marce, mi hijo mayor —con quien comparto este departamento de Palermo—, se ha vestido apurado en el pasillo, y ahora se lava los dientes, saluda rápido… y al darse vuelta se detiene. Queda como congelado, y enseguida lanza un manotazo fulminante contra el marco de la puerta del baño. Larga su risotada y, con los dedos en pinza, despega del marco lo que fuese que ha quedado estampado allí.

Después de saludarnos, quedo solo. Y voy a ver.

Lo que ha tirado Marce en la piletita del baño es nada más y nada menos que el cadáver de un mosquito.

Acomodo algunas cosas para llevar al laburo, y antes de salir vuelvo al baño a lavarme los dientes.

Mientras me cepillo, miro el cuerpito del bicho. Ni con asco ni con pena. Solo lo miro.

Me enjuago la boca y me inclino para escupir.

El remolino de agua y espuma arrastra al mosquito aplastado hacia un inexorable destino de cañerías. En ese instante y en la última vuelta, al borde del abismo, de mi boca sale una lengua larga y finita, un latigazo certero que impacta en el mosquito muerto. Y me lo trago.

CUANDO ENCARNAN LOS DEMONIOS – Pé de J. Pauner

MÉXICO

*E*n aquel país, de vez en cuando, los demonios tomaban forma humana suplantando el cuerpo de varios ciudadanos eminentes. El sacerdote del lugar —muy versado en identificar esta clase de avatares demoníacos— daba cada tanto tiempo en organizar, con un grupo de élite escogido para estos casos, carniceras cacerías y afilados linchamientos de estos seres. Se decía que, debido a la vergüenza de que le suplanten a uno la forma del cuerpo, los ciudadanos afectados por estas encarnaciones cambiaban de residencia y de país porque jamás se volvía a saber de ellos.

Me enteré hace poco —el viejo sacerdote no me dejará mentir— que una de estas encarnaciones suplantó a un conocido escritor de historias de horror llamado Ambrose Bierce. El error de esta entidad diabólica fue entrar a México, país piadoso dónde se le identificó de inmediato como un *gringo*, es decir, un demonio.

Su cadáver mefistófilo fue debidamente quemado e incinerado en medio del fragor de una batalla revolucionaria. Del pobre escritor avergonzado jamás se volvió a saber.

AUTORES:

Enrique Decarli nació en Buenos Aires en 1973. Es abogado y músico. Vive en Rafael Calzada.

Su último libro de relatos, Jauría, publicado por la editorial Eloísa Cartonera, fue uno de los ganadores del Concurso Sudaca Border 2013. Su primer libro de cuentos, Desde la habitación del sur (Libresa, 2009), fue finalista del Concurso Internacional de Literatura Juvenil Libresa, de Ecuador, y lectura recomendada para la Escuela Media en el marco del Plan de Lectura Nacional 2010 por el Ministerio de Educación y Cultura de la Nación Argentina, y Big Bang, su segundo volumen de relatos, fue publicado recientemente por La editorial Textos Intrusos. Finalista de la tercera edición del Concurso Literario Eugenio Cambaceres, 2013 que organiza la Biblioteca Nacional junto al Museo de la Lengua por su colección de cuentos Vía Láctea, en la actualidad se desempeña como coordinador de talleres literarios.

Algunos de sus textos fueron publicados en Escrituras Indie, Revista Axxón y La Balandra (otra narrativa); también en Uruguay, en la revista Literatosis, y en España: El Coloquio de los Perros, Babab.com y Narrativas.

En Axxón, además de numerosas ficciones breves, hemos publicado: LOS DESPOJADOS, PALOMAR, LAS OPORTUNIDADES PERDIDAS, DESDE LA HABITACIÓN DEL SUR y REENCUENTRO.

Miguel Ángel Di Giovanni se presenta como: Técnico mecánico, técnico de sonido, artesano, músico amateur, motociclista y sufrido hincha de River. Escribo desde siempre y actualmente participo del Taller de Corte y Corrección de Marcelo Di Marco.

Titulado como LA SORPRESA FUE TAN GRANDE QUE NO SE ME OCURRE NINGÚN TÍTULO PARA EL RELATO, el relato corto que hoy les presentamos (y con el que aparece por primera vez en Axxón) fue finalista del concurso Ruinas Circulares del año 2013.

Pé de J. Pauner es un narrador, ensayista, crítico de cine y biólogo mexicano que ha hecho activismo y performance. Ha publicado novela erótica y ha sido antalogado en latinoamérica, Australia y España. En el género de la Ciencia Ficción ha publicado el ensayo Las cinco grandes utopías del Siglo XX en la web española Alfa Eridiani.

En Axxón hemos publicado, además de varias ficciones breves: EL HOMBRE EQUIVOCADO, EL OTRO MESÍAS, NOCHES DE BANTIAN, LA NOCHE DE TEMPOAL, AHÍ FUERA, LA BÚSQUEDA DE AUSENCIA, DESPOJOS, ASÍ PERMANECE HERMOSA LISA MARIE (ANTICUADA CANCIÓN PARA SONÁMBULOS), UNA MUERTE EN CASA, UNA PEQUEÑA MENTIRA, LAS ENSEÑANZAS DE GAN BAO, LA IMPRONTA, EL HOMBRE DEL SIGILO, UN FAQUIR DE ESNAPUR, MEDIODÍA, CÁNTICO DE UN AMANTE QUE GIRA BAJO GIRASOLES UNA MAÑANA DE PRIMAVERA y EL PAISAJE DESDE EL PARAPETO.

Jack H. Vaughanf nació en Buenos Aires en 1993. Es estudiante de Psicología en la Universidad de Buenos Aires. Desde muy joven le gusta escribir, principalmente poesía, cuentos cortos y guiones.

Ha publicado en Axxón LA MÁQUINA DE SANGRE.

Ricardo Gabriel Zanelli nació en la Argentina en 1962. Es autor de LA RULETA RUSA DEL TIEMPO (Cuentos), 2004, Editorial Argenta (ISBN 950-887-267-5). Ha publicado varios cuentos y ensayos breves en diarios (La Voz del Interior) y revistas (Revista Cuásar y Axxón) de Argentina.

Hemos publicado en Axxón sus obras VEINTE AÑOS, EL PORTAL DE LAS MANTÍCORAS, EL PRINCIPIO DE INCERTIDUMBRE, EL MARTINCITO, LA GUERRA DEL AIRE, EL PRÍNCIPE, TESTIGO UNIVERSAL y EL NUEVO ORDEN.

El sublime instante del cazador

Sergio Bonomo

ARGENTINA

Después fue el silencio, más súbito, más grande y terrible que antes. El silencio de la laguna, preñado de misterio.

Rodolfo Walsh

Ilustración: Tut

Y ahora, en la alta noche, los oía llorar.

Tal vez supieron que fue él por las manchas de sangre en su ropa. Manchas secas —que aún no se habían borrado—, y que ellos, seguramente, lograban oler en la distancia.

Él sabía de su olfato, aunque jamás hubiera imaginado que alcanzara semejantes extremos.

Los aullidos de los perros le llegaban ahogados, gemidos de recién nacido. Agudos, perforaban la quietud, roían las paredes de la cabaña, se perdían simétricos acribillando la llanura.

A pesar de ser un hombre de ciudad, él se había acostumbrado a la soledad bulliciosa de la Pampa, a ese silencio a gritos que el campo vociferaba cada noche.

Pero estos aullidos eran una cosa nueva, jamás los había oído antes.

Los perros —ahora dudaba de que fueran perros— andarían lejos: si no, él podría observarlos a través de la ventana, por el finísimo espacio entre cortina y cortina.

Afuera, el cuarto creciente trastocaba el caldén en un gigante de erizadas garras. Los chañares fofos se desmelenaban bajo esa media luna.

El llanto surgía desde la vastedad del campo.

Él había matado a Garm esa misma tarde, y tal vez sus viejos compañeros lo habían hallado tirado sobre el sendero: la boca abierta, el cuerpo encogido, la cola entre las patas.

—Pero fue un accidente —gritó, apretando el rosario blanco que llevaba al cuello—, no tuve intención. Era mi fiel compañero.

Se sintió estúpido. ¿A quiénes les gritaba? ¿Por qué se rendía ante la certeza de que venían por él?

Tal vez su instinto de cazador le revelaba esta vez su condición de presa. No resultaba fácil de explicar, pero esos quejidos le sabían a inminente venganza. ¿O tanta soledad lo estaba enloqueciendo?

Los aullidos cesaron. El viento zumbó en la noche, y él se dejó avasallar por el silencio.

Miró por entre las cortinas: ahora las ramas del caldén se balanceaban frenéticas en la oscuridad.

Apartado de la ventana, se arrimó a la mesa, y bebió del pico de la botella de Old Smuggler. No es el mejor whisky del mundo, se dijo, pero sirve para noches así.

Descolgó el farol. Le gustaba el relumbrar del falso Rembrandt en la pared opuesta a la única ventana.

El sacrificio de Abraham. Durante los primeros días en la cabaña, esa escena le había desatado pesadillas. Ahora lo acompañaba en el insomnio: entre los desvelos, el patriarca sujetaba la cara de Isaac, a punto de ser sacrificado. El Ángel del Señor descendía oportunamente y detenía la mano del viejo. Y caía el cuchillo.

Aunque se trataba de una reproducción, jamás se atrevió a deshacerse de ella.

Apuró otro trago y se acercó a la biblioteca, lo primero que le había llamado la atención al comprar la cabaña. La dueña —una viuda que había

perdido al marido en un accidente de caza— no quiso llevarse nada, ni el falso Rembrandt ni, mucho menos, aquel mueble de cedro con sus anaqueles repletos.

Desde entonces, él sobrellevaba las madrugadas con aquellos tesoros que aprendió a venerar.

Un aullido lejano lo sacó de sus cavilaciones. Desistió de la lectura. Volvió a colgar el farol del gancho que pendía del cielorraso. Se sentó. Encaramó los pies sobre la mesa, apoyó el Winchester contra el respaldo de una de las sillas. Jugó con las cuentas de su rosario.

El Tigre le había regalado ese rosario años atrás, cuando empezaron a trabajar juntos y todavía el país y la ciudad no le deparaban hostilidades. No sólo a él le había obsequiado uno, sino que —tenía entendido—, también al resto de los muchachos.

—Mientras lo lleves —le había dicho el Tigre, mirándolo a los ojos— nada malo te va a suceder.

Nunca había aprendido cómo se rezaba. El Tigre sí sabía. No sólo rezaba el rosario sino que asistía a misa.

Se dio cuenta de que una serenidad absoluta se había apoderado del campo. Sólo la hería el habitual rumor nocturno: chillidos de murciélagos y canto de grillos. Esa repentina paz, que agradeció con un suspiro, lo llevó al pasado. Y recordó entonces las circunstancias en que había hallado a Garm. Lo había encontrado una tarde de junio, hacía casi un año. Perdido, el cimarrón merodeaba el sendero. Ese día él andaba como siempre, con el caño de su rifle sobre el hombro, cuando Garm —que todavía no cargaba con ese nombre— lo vino a olfatear. A pesar del aspecto salvaje que traía, no temió que el perro lo atacara. Una gran mancha blanca en la trompa le daba cierto aire de inocencia. Él le tendió una mano franca, abierta, que Garm lamió gustoso.

Desde entonces anduvieron siempre juntos.

Otro aullido largo —esta vez desde mucho más cerca— lo arrancó del recuerdo. Agarró el Winchester y se tiró contra la ventana: los chañares continuaban con su baile enloquecido. La luna creciente apareció atravesada por ristras de nubes.

Después, otra vez nada.

—¡Malditos! —gritó—. ¡Vengan por mí!

Entonces la vio: reflejándose en las cortinas, moviéndose rauda, una sombra.

Las paredes temblaron. El farol se balanceó. Lo que haya sido que golpeó la cabaña poseía una fuerza descomunal.

Él destrabó la puerta. La abrió apenas. Apoyó su espalda en el marco y con el Winchester apuntó en todas direcciones.

Cuando se decidió a salir, lo recibió la soledad. El viento arreciaba. Conjeturó que con semejante fuerza desenraizaría los chañares.

Respiró profundo. La noche estrellada se devoraba el campo entero. Las nubes: aves de paso perdiéndose más allá del horizonte.

Se cubrió con el antebrazo, un bollo de papel le pegó en la frente. Ramas, pedazos de soga, cables, trapos, danzaban arremolinados en un embudo vertiginoso.

La F100 se sacudía.

Podría manejar hasta la siguiente cabaña, o hasta el pueblo y dormir en la hostería de don Pedro. Pero no iba a abandonar su casa por unos cimarrones de mierda.

¿Y la sombra? ¿Qué había sido aquella sombra?

Un jabalí muy grande, seguro. No un ciervo. Un ciervo no descarga semejante ímpetu.

Pensó que la tensión y el Old Smuggler y la fuerza del Pampero contribuían a su turbación.

Remolinos de tierra lo obligaron a entrecerrar los ojos. Revisó el frente de la cabaña. No encontró huellas.

En la parte trasera descubrió dos terribles desgarros.

—No es un jabalí —dijo—. Debe ser otro animal, ¿pero cual?

Otra vez se sorprendió hablando solo.

Entró. Se rió. La solitaria llanura podía enloquecer a cualquiera.

Le dio el último trago a la botella. No debía hacer eso, pero desde que abandonó la ciudad, el alcohol se transformó en su mejor amigo.

El mareo lo fatigaba. Destapó la segunda.

Se prometió no huir. Fuera lo que fuera, presentaría batalla. A pesar de la bebida, todavía mantenía firme el pulso para empuñar su rifle. Resultaba milagroso: sus manos temblaban por cualquier motivo, pero sosteniendo un arma conservaban la juventud y sobriedad de antaño.

No se dejaría asustar por unos cuantos perros que sólo se movían por instinto. No él, que de joven se había enfrentado a la más peligrosa y tenebrosa de las bestias: el hombre.

Y jamás había padecido el miedo.

Tampoco era la primera vez que la hostilidad de la Pampa se manifestaba en su contra. Pero intuía que esta noche se presentaba distinta.

Distraído, recorrió las cuentas del rosario.

Una vez le tocó presenciar cómo los perros salvajes deshacían un ciervo. Juntos, resultaban más bravos que un batallón. Él contaba con su fiel Winchester, pero intuía que la jauría no bajaba de cincuenta.

Ahora el mismísimo viento lloraba. Miró por la ventana. Ciertas noches confundía el llanto del Pampero con el de algún animal. El *Pampero Sucio*: lo oyó otra vez arrastrarse por el techo. Lo vio levantar polvareda y golpear contra los arboles.

Los chañares inclinaron sus ramas, vencidos. El caldén resistió la embestida sin doblegarse. Luego sobrevino la calma, y con la calma una brisa que se adivinaba a través del vidrio.

Suspiró.

Descolgó el farol.

Empinó otro trago.

Cualquier hombre que tomara de esa manera ya hubiera perdido la razón. Pero él jamás se emborrachaba. Su lucidez se aferraba a la realidad con desesperación, y su cabeza no sucumbía a los embates del whisky.

Regresó a la biblioteca, eligió un libro cualquiera. El azar le deparó uno de los tomos de *Los mitos griegos*, de Robert Graves, en la traducción de Álvaro Rodríguez Arguello. El volumen deslumbraba en su tapa con una ilustración de Juan Pablo Wansidler, en la cual el universo helénico se dilataba entre un laberinto borroso de colores y formas. En ese impactante collage convivían inquietantes cíclopes entreverados con terroríficas quimeras y naves de inframundo.

Leyó.

Leyó con avidez.

Las fábulas de Orfeo lo atraparon. Se dejó llevar por el misterio del mar de los Argonautas, por la valentía y el tesón de Heracles.

Se fascinó con la historia del Rey Licaón, quien asó la carne de uno de sus propios hijos y se la dio de cenar a Zeus. El Amo del Olimpo se percató de lo macabro de esa acción, y como acto de justicia, lo convirtió en lobo, y maldijo a toda su descendencia.

Él rememoró que en *La Metamorfosis* de Ovidio —cuya incompleta colección había ojeado en la biblioteca del despacho del Tigre— se relataba que los integrantes de esa descendencia poseían el atributo de la inmortalidad. Y que sólo podía ser abolido mediante la herida con un objeto de plata.

Cerró el volumen.

Tomó otro trago.

Y se acordó de Phelinger.

¿Por qué se le dio por acordarse de aquel periodista? ¿Qué oscura trama de su pensamiento se lo trajo a la memoria?

Tal vez porque se sentía emboscado, como se habrá sentido Phelinger en aquel operativo. Aunque ese cagatintas lo había enfrentado en el último minuto. Sólo con la mirada, es cierto. Pero él acusó la ira del tipo, antes de borrarlo de un disparo.

Los aullidos volvían a romper la calma.

Se pegó a la pared.

Los perros andarían por Laguna del Pampa, o más allá.

Quizá no lo buscaban a él. Tal vez perseguían algún ciervo herido.

Aullidos de lobo, pensó, pero es imposible: no hay lobos por aquí.

Conjeturó que no excedían la cantidad que había imaginado en un principio.

—No más de treinta —dijo en voz alta—, pero se los oye lejos.

Como si nada, retornó el silencio. Ahora la brisa apenas agitaba a los chañares. La imponente sombra del caldén se proyectaba bajo las estrellas.

Volvió a sentarse.

Abrió otra vez el volumen.

Leyó la historia de Orión de Beocia, el hombre más guapo y el cazador más astuto que existía. En esas páginas se relataba la conmovedora pasión que lo ligaba a Mérope, la hija de Enopión. Las largas jornadas de cacería en la isla de Quíos. También los inexplicables celos de Apolo, que creyó que Artemisa —su hermana— se había enamorado de ese simple mortal; la astucia del escorpión que el dios envió para asesinarlo. Y finalmente la muerte de Orión en manos de la propia Artemisa, engañada por Apolo. Graves revelaba que la diosa, afligida, convirtió al cazador en una constelación, perseguida eternamente por un escorpión gigante, para que todo el mundo recordase los celos y las mentiras de Apolo.

Absorto, él asimilaba el misterio de las leyendas.

Se extrañó que se obviara a Sirius, el perro de Orión, que —sabía— lo acompañaba en todas sus aventuras.

Cuando él salía de caza, con Garm, no le interesaba recorrer largas distancias en búsqueda de presas, sino preparar emboscadas.

Le fascinaba el rito, lo que solía denominar el sublime instante del cazador. Apostarse en algún sitio de la llanura, y aguardar, con el rifle apoyado sobre el antebrazo, la llegada de un ciervo colorado o de un jabalí.

Entonces, cuando el llano le entregaba una presa, inmerso en el goteo cadencioso del tiempo, se deleitaba en contemplarla en la mira.

Y luego, en el momento oportuno, gatillaba.

Y el estampido borraba el silencio, y un desplomarse hueco y seco se convertía en la señal para que el perro corriera al lugar de la caída.

Algunos cazadores podrían burlarse de su práctica heterodoxa, pero la paciencia y la espera conformaban su don.

Tampoco le agradaba expone sus trofeos en machimbre. Su gozo residía en el acto mismo, y no en un exhibicionismo ulterior, y del todo inútil.

Pero hoy había sido distinto. Él se encontraba como siempre, en una quietud tensa y expectante, cuando apareció el ciervo, titubeando entre los pastizales y el camino.

Lo esperó. Dejó que el instinto del animal lo condujera por donde se le antojara: su destino no proporcionaba muchas opciones. Al cabo de un rato quedó perfectamente recortado en la circunferencia del visor. Pero un aullido seco estremeció la llanura. La presa huyó a toda carrera y él entonces disparó: una sombra se interpuso entre el proyectil y el ciervo.

Cuando bajó su arma, Garm yacía ensangrentado.

Se arrojó sobre el perro. Lo abrazó. Lloró. Lloró como pocas veces en su vida.

Garm —dijo—, qué hiciste. Por qué te cruzaste de esa manera.

Fue hasta la camioneta. Descansó, apoyadas sus manos en el volante. Después buscó una pala y una bolsa. Cuando volvió, Garm había desaparecido.

Lo buscó por la llanura. La sangre del perro se secaba en su camisa.

Tal vez el cimarrón que aulló, se dijo, o un jabalí, se lo habrán llevado.

Ahora estaba seguro de que fueron los cimarrones.

Pelhinger.

¿Por qué recordaba a Phelinger?

Tal vez porque no percibió el miedo en los ojos de aquella alimaña.

El Tigre lo había convocado para ese operativo. No lo citó en su despacho, como de costumbre. Lo llevó al bar de Libertador. Le entregó un sobre grande de papel madera, y le tiró las fotos sobre la mesa.

No lo conocía.

¡Qué raro! Es famoso —dijo el Tigre—. Phelinger. Viene jodiendo desde hace tiempo, es de los que no aprenden nunca. Mirá que ya dimos cuenta de su hija.

Examinó las fotos con más cuidado: la calva pretendía abrirse camino entre surcos de pelo castaño. Los anteojos gruesos, de carey negro, descansaban sobre una nariz triangular.

El tipo poseía un aire inocente, casi inofensivo.

—Lo queremos muerto, ¿entendés? —el Tigre hablaba mirándolo fijamente—. Preparamos un plan especial para este mierda.

Él escuchaba con atención.

—Es un símbolo para ellos —el Tigre hablaba con apasionamiento, pero sin levantar la voz más de lo imprescindible—. Pensamos exhibirlo ante esos pelotudos que tenemos enjaulados. Le vamos a tirar el cadáver de este hijo de puta sobre la mesa. Que sepan, carajo, que no guardamos miramientos con nadie.

Él volvió a mirar las fotos: Phelinger fumando. Phelinger con una cámara fotográfica colgada de su cuello. Phelinger en París, con la Torre Eiffel de fondo. Phelinger, firmando libros en el salón de una biblioteca.

—Jodimos a su contacto —el Tigre continuaba con su informe—, el muy cagón cantó como un chorlito. Serpiko sabe trabajar muy bien. Igual que vos, Chacal, es el mejor de todos. Cada uno en lo suyo, indispensables.

Él no dijo nada, sonrió apenas.

—El guacho este anda clandestino, así que suponemos que va a caer armado a la cita. Los muchachos llegarán con los móviles, como siempre.

Lo distrajo el sonido de unas risas. Un grupo de copetudas hacía tintinear las copas de champagne.

—Para tu tranquilidad —dijo el Tigre—, es una gran rata, de los que husmean en los sitios más recónditos.

Él le contestó que no hacía falta que le diga nada, que conocía su deber.

Sólo lo inquietaba una duda:

—Phelinger es Judío, ¿no?

—No —dijo el Tigre—, su verdadero apellido es Daggio o Daunio. Phelinger es sólo el seudónimo con el que firma sus blasfemias.

—Perfecto.

—Fijate, está todo bien claro en el expediente —dijo el Tigre, señalando con el mentón el sobre de madera—. Leelo y la semana que viene realizamos la reunión general.

—¿En dónde?

—Ya te voy a avisar, me están infiltrando por todos lados.

El Tigre sonrió, y llamó al mozo.

Los aullidos llegaban ahora desde todos los puntos cardinales.

Tomó otro trago, calculó que faltarían cuatro horas para el amanecer —el reloj: otro artilugio que abandonó al dejar la ciudad—. Entreabrió la puerta. El viento había cesado. Las estrellas seguían dominándolo todo. El sueño no lo visitaba.

Resignado, volvió a prenderse al pico de la Old Smuggler.

Cuando fue lo de Phelinger, el frío anunciaba que el otoño se venía con crudeza. A pesar de que apenas había anochecido, el plenilunio se derramaba sobre Buenos Aires. Él aguardaba sobre el techo de un edificio en Combate de los Pozos, una construcción baja. Phelinger apareció en el mismo instante en que los muchachos se bajaron de los autos. Fue un grave error. El muy turro se avivó y disparó primero. Y los muchachos respondieron. La poca gente que transitaba corrió a refugiarse en los porches de los edificios. Phelinger —tiempo después lo supo— se defendía apenas con una Walther PPK 22. Detrás de un inmenso tilo, los mantenía a raya. Pero él ya lo divisaba en la mira: podía volarle la cabeza en cualquier momento. En cambio prefirió estudiarlo, disfrutar de ser el dueño de esa vida que estaba a punto de culminar.

Y fue ahí que Phelinger lo descubrió: el guacho miró hacia arriba, y él estuvo a punto de cometer la estupidez de echarse hacia atrás. Pero siguió apuntándolo, y creyó vislumbrar algo en esos ojos. Detrás de los gruesos lentes, las pupilas de su presa se enrojecían.

Phelinger arrojó su pistola. Se apartó del árbol, se paró debajo de la luz de mercurio y abrió los brazos en cruz.

Él no espero más. Disparó. Y le dio en medio del pecho. Antes de que cayera definitivamente, fue barrido por la descarga de los muchachos.

No se quedó a mirar como lo metían en alguno de los autos. Desarmó su Remington, bajó por las escaleras, y aguardó en vano al móvil que lo sacaría del teatro de operaciones.

Acabó yéndose en un taxi.

Ese fue su último trabajo para el Tigre. A orillas del Río de la Plata, una mañana de viento y llovizna, se volverían a encontrar, diez años después.

*A*hora a los aullidos los oía muy cerca, como si aquello que lo acechaba se dispusiera a entrar en acción.

Se asomó entre las cortinas.

¿Estarían ahí, detrás de los chañares?

Agarró el Winchester, y de golpe las paredes se sacudieron. Varios libros saltaron de sus anaqueles. La copia del Rembrandt cayó al piso. El vidrio de la ventana estalló. Él arrancó las cortinas y sólo distinguió sombras. Enloquecidas sombras que se movían en todas direcciones.

La jauría corría y aullaba y rodeaba la cabaña.

El trataba de apuntar, pero esas sombras no se aquietaban nunca.

—Mierda —gritó—. ¡Qué carajo quieren!

Un aullido más potente que los otros lo obligó a soltar el Winchester. Cayó de rodillas, y se tapó los oídos.

Luego sobrevino el silencio.

Se asomó entre los vidrios rotos. La quietud del paisaje lo desconcertó. Observó las hojas del caldén, extáticas, como si el universo entero respondiese a una orden secreta de inmovilidad.

Un nuevo aullido volvió a ensordecerlo. Y el llanto y el movimiento retornaron. Las hojas del caldén se agitaron otra vez. Y la jauría —o lo que fuera— se alejó por el camino que lleva al pueblo.

—¡Se van! —gritó él—, los malditos huyen.

Abrió la puerta.

Vio como las sombras se perdían más allá de Laguna del Pampa.

Respiró profundo.

Se dejó caer en la silla.

Se rio. Se rio a carcajadas.

Por fin todo había terminado. Podía escucharlos cada vez desde más lejos.

Volvió a reírse.

Debo reconocer, se dijo, que por un instante me atravesó el temor.

Terminó la segunda botella. La levantó a la luz. Leyó: Finest Scotch Whisky.

Admiró su propia fortaleza. Ni siquiera el alcohol se atrevía a subyugarlo.

Recordó que en el expediente de Phelinger se resaltaba su condición de abstemio, y que, paradójicamente, los tilos lo ponían nervioso.

La vida sucumbe al poder de la ironía, pensó. Justamente el último minuto de esa rata transcurrió bajo el abrigo de un tilo.

Por misiones como la de Phelinger, El Tigre había sufrido juicio y cárcel. Fue portada de diarios, y tema de debate en diferentes foros. Nunca lo nombró a él, pero a otros no pudo encubrirlos.

El Tigre soportó, con estoicismo, la humillación de responder ante un canallesco tribunal por actos acometidos en nombre de una nobleza superior. Nobleza que aquellos jueces jamás comprenderían.

—Pero no me importa —declaró en el juicio—. Fui educado para el sacrificio y la entrega, como el Cristo.

Años después le concedieron la amnistía. Apenas salió lo convocó a una reunión secreta, cerca del antiguo despacho, en un recodo del río.

La ventisca de aquella mañana mecía las aguas turbias. Unos nubarrones de plomo embotaban el cielo y desgranaban una fina llovizna.

Hacía mucho que no se veían. Se abrazaron.

—Hay que desaparecer, amigo mío —le dijo el Tigre—. Estos mugrientos nos entregan las migajas de un perdón miserable. Es el arreglo que se pudo hacer, pero no alcanza. Vos y yo sabemos que si hoy se puede dormir en este país, deviene de la gracia de nuestra abnegación.

—Son unos traidores…

Tal vez sobrecogidos por la emoción del encuentro, el silencio los arrebató. Las aguas del Río de la Plata golpeaban contra la escollera. Un pájaro planeó sobre la lejana torre de toma.

Es una gaviota, pensó él. No, una golondrina.

—Y encima —continuó el tigre— nos achacan lo de Phelinger, ¿te acordás?

—¿Nos achacan? Esa misión fue un éxito. Lo que nunca entendí es por qué jamás vinieron a sacarme del lugar.

El Tigre no respondió. Parecía concentrado en lo que tenía que decir:

—Sin embargo, Chacal, aquello… ese operativo… fue nuestra desgracia… Nunca pudimos exhibir el cadáver como pretendíamos.

El tigre, seriamente, lo miraba a los ojos. La ventisca se empeñaba en desordenarle el escaso cabello.

—No lo sabías ¿no? —le dijo.

—No —contestó él, encogiéndose de hombros—. ¿Qué sucedió?

El Tigre meneó la cabeza. No dijo nada. Intentaba encender un cigarrillo, y el viento y la llovizna se confabulaban para impedirlo. Él lo ayudó, cubriéndolo con sus manos. No recordaba que fumara.

—Andate, Chacal —le dijo—. Andate donde sea, que no te encuentren, que nunca sepan en donde estás. Vos, que no cargás con el peso de una familia, corrés con ventaja.

—Sigue fulera la mano.

—Andate. Hacé lo que te digo. Llevate los fierros… y andate. Es lo que más nos conviene: desaparecer.

Y así llegó al Valle de Chillén, de eso hacía más de veinte años. Y nadie sabía que se refugiaba allí.

Se acercó a la ventana. Arrancó los pedazos de vidrio incrustados en el marco. Los chañares dormitaban con las ramas inclinadas hacia sus raíces. El caldén señoreaba bajo la bóveda celeste.

Ahora la luna presentaba una circunferencia perfecta.

Imposible, se dijo, yo mismo vi el cuarto creciente.

Sin embargo la redondez lunar lo desmentía.

Especuló que hasta el cielo se le estaba burlando.

Se arrimó a la mesa.

Levantó la botella.

—Esto me perturba la percepción —dijo en voz alta.

Se sentó.

Conmovido, contempló la ilustración de la tapa del libro de Graves.

Wansidler había ejecutado una verdadera obra de arte. Entre los vericuetos del laberinto de aquella perfección se dilataban todas las historias, todos los personajes: el León de Nemea; Heracles; la Osa de Artemisa que amamantó a Atalanta; el Águila de Zeus; Teseo; Ariadna; Quirón el Centauro, llamado El Arquero; el Carnero de Frixo; el Toro que raptó a Europa; Pegaso; el Cisne de Leda; Orfeo y su lira; la nave *Argos*; el rey-lobo, y su infinita descendencia.

Y, de pronto, su memoria se iluminó.

Y advirtió por qué se había acordado de Phelinger.

Decidido, abrió el libro y volvió a leer el mito de Liacón. Y mientras leía creyó oír aullidos que regresaban, creyó oír garras trepando por las paredes de la casa.

… La noticia de los crímenes cometidos por los hijos de Licaón llegó al Olimpo, y el mismo Zeus fue a visitarles disfrazado de viajero pobre. Tuvieron la desfachatez de servirle una sopa de menudos en la que habían mezclado las vísceras de su hermano Níctimo con otras de ovejas y cabras. Zeus no se dejó engañar y, derribando de un golpe la mesa en la que le habían servido aquel repugnante banquete —el lugar fue llamado después Trapezo—, los convirtió a todos en Lobos…

La cabaña temblaba, pero él se mantenía absorto, hipnotizado por la certeza de la revelación.

… Licaón engendró una multitud de hijos, pero al que más amaba era a su primogénito: Daunio…

Ahora los aullidos sonaban sobre el techo. Y él oía, como desde un sueño, las garras que lo resquebrajaban.

Daunio, pensó. Daunio era el verdadero apellido de Phelinger.

Daunio, hijo de Liacon: el Lycanthropus.

Suspiró. Cerró el libro. Como si volviera en sí, miro a su alrededor: ya lo acorralaban.

Lentamente, sin dejar de observar a las fieras, agarró su Winchester y retrocedió hasta la ventana rota.

Los lobos permanecían en actitud expectante. Tal vez aguardaban una señal del amo. Toda Jauría respondía siempre a uno.

Entonces, *algo* le llamó la atención. No fue una sensación. No fue ni siquiera un ruido. La certeza de que lo vigilaban acaparó sus sentidos.

Se dio vuelta, y detrás de la ventana, en medio de la llanura, lo reconoció: parado sobre sus patas traseras, aun conservaba cierta apariencia de hombre.

—Grandísimo hijo de puta — le gritó.

El animal —si de veras se trataba de un animal— no le contestó, tal vez ni lo oyó.

Él vio como los ojos se le inyectaban de rojo.

—Turro de mierda —gritó— te maté una vez, y te voy a volver a matar.

Disparó: una, dos, tres veces.

Pero al instante rememoró a Ovidio, y supo que todo sería inútil.

Entonces los lobos se le arrojaron encima. Lo obligaron a soltar el wínchester. Lo mordieron, le clavaron sus garras en los brazos, en las piernas.

Boca arriba, lo arrastraron hacia la intemperie.

Creyó que las heridas no eran graves, que las fieras habían controlado sus instintos. Se dio cuenta de la verdad cuando un dulce sopor lo fue ganando: se iría desangrando lentamente.

Lo sorprendió la presencia de un bulto acurrucado junto a él. A su lado, entre un revolotear de moscas, yacía el cadáver de su perro.

—Garm —dijo—, amigo mío. ¿Quién te trajo hasta aquí?

Oyó una explosión, después otra. Como pudo levantó su cabeza: la cabaña y la camioneta ardían.

Volvió su cara al cielo, a ese firmamento atiborrado de estrellas.

—¡Allí reina Orión! —murmuró—, ¿ves, Garm? Y también Sirio, su fiel compañero.

Escupió sangre. Consideró que esos astros entramaban una historia muy antigua, y que él y Garm simbolizaban en la tierra el reflejo fugaz de ese universo.

Aceptó la derrota. Entendió que le habían retribuido con su misma moneda, que todo el tiempo jugaron con él, que la desaparición del cadáver de Garm formó parte de una astuta elucubración para distraer su pensamiento. Se dio cuenta, también, que participó del deleite de otro, de ese sublime instante que sobrepasaba el goce de la muerte misma.

Parpadeó. Sabía lo que sucedería.

Vio pies descalzos que se acercaban. Contempló otra vez el cielo: una cara le tapó las estrellas.

La cara se colocó casi contra la suya. La recordó, a pesar de la metamorfosis. La antigua calva había desaparecido bajo la maraña de una melena hirsuta. La piel afloraba detrás de un oscuro pelambre. La boca se abría en aullidos desde donde asomaban colmillos afilados.

Apretó su rosario contra el pecho.

Intentó musitar una oración, pero ya no le alcanzaron las fuerzas para ordenar sus pensamientos.

Phelinger, Daunio, o como se llamara esa maldita bestia, movió un brazo y le puso una garra sobre las manos: un dolor agudo lo obligó a gritar.

Cuando la bestia lo soltó sus manos ya no existían: chorros de sangre manaban de sus propias muñecas.

El rosario se tiñó de rojo.

En palabras del autor: Mi nombre es Sergio Bonomo y nací en el verano de 1966. Me asomé a la literatura desde muy niño, ya que mi abuelo poseía un volumen de El libro de las mil y una noches y me leía una historia cada mañana. Cuando aprendí a leer, fui atrapado por las novelas de Salgari y de Julio Verne. Más tarde llegaron a mi vida Horacio Quiroga, Ray Bradbury, y luego Julio Cortázar y Jorge Luis Borges. Pero lo que realmente me llevó a intentar escribir de una manera decorosa fue mi fascinación por la obra de Edgar Allan Poe. Comencé a escribir relatos desde ese momento. Me dedico a realizar espectáculos de narración oral y coordino el ciclo de narración de cuentos Mester de Juglaría, en The Classic. Con Historia de extramuros obtuve el premio al autor local en el Primer Certamen Nacional de Cuentos San Martín 2008, organizado por la municipalidad de General

San Martín. Ángela Pradelli, Agustín Romano y Fernando Sorrentino fueron los miembros del jurado. Publiqué mi cuento Detrás de la puerta en el no. 209 de la revista Axxón. Durante 2010 presenté narraciones orales en el ciclo Abriendo puertas, coordinado por Pedro Parcet. Mi relato Fairlane resultó finalista en el Premio Domingo Santos 2010, organizado por la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror; en dicho concurso, fui el único autor finalista de nacionalidad no española. Fairlane fue publicado en el no. 214 de revista Axxón. Publiqué mi cuento La noche de las fieras en el suplemento cultural del diario Perfil. Desde 2009 pertenezco a las filas del *Taller de Corte y Corrección*, coordinado por Marcelo di Marco.

Hemos publicado en Axxón DETRÁS DE LA PUERTA, FAIRLANE y EL ANILLO.

Lusca

Jorge del Río

ARGENTINA

Siempre me aterrorizó el mar. Desde que he tenido uso de memoria que la sola visión de las olas rompiendo contra la orilla o de la inmensidad azul plomiza del océano bastó para provocarme piel de gallina y llenar mi mente de terrores irracionales. De imágenes de furiosas tempestades, de horrendos monstruos marinos acechando en las profundidades, de tentáculos enormes que emergen de las aguas en busca de presas. Tentáculos. Ése ha sido el peor de mis terrores marítimos y, probablemente, también la raíz de todos los demás.

Por más que retroceda en el tiempo hasta los más tempranos días de mi infancia, como el mimado hijo único de una familia de clase media alta de Buenos Aires, no soy capaz de hallar una causa específica para mi temor. Pero sí recuerdo llorar, presa del pánico, durante las últimas escenas de la película *Popeye el marino* en las que el héroe se enfrentaba a un gigantesco pulpo. Tal fue el escándalo que armé aquél día que mis padres tuvieron que sacarme del cine en brazos, gritando y moqueando. En mi defensa diré que tenía tan sólo cuatro años.

También recuerdo el terror paralizante que me invadió a los once años, al leer *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Julio Verne y Emilio Salgari eran mis escritores de cabecera por aquellos tiempos en los que descubría mi pasión por la lectura y sus novelas, aunque consideradas de poco valor literario, estimulaban de manera increíble la imaginación de un niño con sobrepeso, escasa aptitud atlética y aún menos amigos. En el caso de *Veinte mil leguas…* el problema fue un capítulo en particular. Puntualmente el titulado *Los pulpos*, en el que el Capitán Nemo y la intrépida tripulación

del *Nautilus* se veían amenazados por varios de éstos monstruos en las aguas del golfo de México. Los críticos y literatos podrán decir lo que quieran de la prosa de Verne y su capacidad narrativa; yo puedo dar fe de que las descripciones de ese capítulo son tan espantosamente vívidas que requirió un acopio de valor de mi parte y varias noches plagadas de pesadillas para poder terminarlo.

Durante el secundario me decanté por Poe y Lovecraft. Las referencias del segundo a monstruosas y milenarias entidades que moran en las profundidades del océano a la espera de despertar me causaron más de una noche de insomnio.

También despertaron en mí un interés de aficionado por el ocultismo y las distintas tradiciones místicas; una etapa ya superada pero que en su momento escandalizó a los docentes y directivos del colegio católico al que asistía. Ya por entonces mi sobrepeso comenzaba a quedar atrás, junto con mi incapacidad crónica para socializar con mis pares. Me hice de un pequeño círculo de amigos entre los que se encontraba una chica. De nombre Sofía, cabello oscuro y grandes ojos azules. Ella sería, junto con mis ya mencionados miedos, el otro factor desencadenante de esta historia.

De mi círculo de amigos, sólo permanecí en contacto con dos de ellos al terminar el secundario. Bruno, instalado en Barcelona y con quien mantenía una constante relación epistolar y —sí, adivinaron—, Sofía. Ella estudiaba Biología en la Universidad de Buenos Aires, donde yo intentaba otro tanto en la carrera de Lengua y Literatura. Ninguno de los dos era bueno para hacer nuevas amistades, o tal vez no estábamos interesados en hacerlas, por lo que siempre terminábamos almorzando juntos en el comedor, tomando un café entre clases, acompañando al otro durante las visitas a la biblioteca. Fue cuestión de tiempo para que empezáramos a salir juntos. La nuestra fue una relación romántica como sólo pueden tenerla aquellos que primero han sido amigos por años, y atesoro cada uno de esos momentos junto a ella.

Eventualmente nos separó la vida. Sofía se graduó con un doctorado en biología marina (siempre se burlaba de mis, para ella, incomprensibles miedos) para luego convertirse en una oceanógrafa de renombre. Yo

abandoné mis estudios y me dediqué a la escritura. Con el tiempo me volví un autor de moderado éxito que, junto con la herencia familiar, me alcanzó para vivir con holgura y sin preocupaciones en mi pequeño chalet de San Telmo, desde donde trasladaba mis desvaríos mentales al lenguaje de la prosa frente a una computadora, entre ceniceros llenos y tazas de café.

Nunca perdí totalmente el contacto con Sofía. Además de las obligadas llamadas telefónicas en los cumpleaños y Año Nuevo, también intercambiamos correspondencia varias veces al año. Ella solía enviarme fotos de los lugares adonde la llevaban sus investigaciones, como India, Australia y África. Yo le respondía obsequiándole ejemplares de mis novelas más recientes. De más está decir que su vida era mucho más interesante que la mía.

Recibí su llamado la mañana del 2 de Noviembre. Me encontraba en mi estudio, aporreando el teclado desde antes del amanecer presa de uno de mis ataques de inspiración, cuando el timbre del teléfono me arrancó de mi trance creativo. Levanté el tubo preparado para escuchar la insistente voz de mi editor, un comerciante con el criterio literario de un picaporte. En cambio, me sorprendí al escuchar el distante pero identificable murmullo de las olas. Una voz de mujer, aún más distante, me llamó por mi nombre. Tardé unos segundos en reconocerla.

—Tenías razón —me dijo—. Siempre la tuviste.

Era ella, ya no me cabía duda. Pero había algo extraño en su voz. Sonaba demasiado fría y controlada. Forzada. Le pregunté si estaba bien, pero sólo me respondió el romper de las olas al otro lado de la línea. Los vellos de mis brazos y nuca se erizaron al instante. La voz de Sofía volvió a sonar poco después y la noté temblorosa a pesar de la estoica calma que intentaba transmitir.

—Tenías razón —repitió—. El mar esconde tantas cosas…

Casi gritando, le pregunté qué quería decirme con eso. Le pregunté dónde estaba.

—Lusca… —murmuró ella, y su voz se extinguió entre el creciente rumor del mar.

Hubo un golpe amortiguado y, después, silencio.

Encendí un cigarrillo con manos temblorosas, sin tener idea de qué iba a hacer a continuación. Mis propias palabras me miraban, expectantes, desde el monitor. Mi novela seguía allí, congelada en una oración inconclusa, pero la inspiración hacía rato que se había marchado. Sólo una cosa daba vueltas por mi cabeza: la terrible certidumbre de que Sofía se encontraba en peligro.

Sabía que debía ayudarle. Sofía era mi amiga, la había amado y probablemente lo seguía haciendo. Además, yo era la persona a la que había llamado y eso me ponía en una obligación hacia ella de la que no podría renegar aunque quisiera. Y no quería.

Conservaba cada una de sus cartas en perfecto orden y tomé la más reciente. Estaba fechada en Julio. La releí rápidamente: en ella Sofía me contaba que estaba trabajando para el OSEI, el *Ocean Sciences Education Institute* de Boston, pero que se quedaría allí sólo hasta Agosto. Después, escribía, estaba interesada en participar de un proyecto organizado por el Centro Universitario de Mérida, en Yucatán, México. Todavía no puedo adelantarte de qué se trata, pero cuando te cuente no lo vas a poder creer se despedía en la post data.

Pasé el resto de la mañana intentando comunicarme con el Centro Universitario de Mérida, y cuando al final lo conseguí tuve que hablar con tres personas distintas hasta que pasaran el teléfono al profesor Ramón Díaz Herrera, director del área de biología marina y también del proyecto en el que Sofía estaba trabajando. Con la parquedad del hombre ocupado, Díaz Herrera me informó que, en efecto, la doctora Sofía Vargas estaba trabajando con ellos, pero que en esos momentos no se encontraba en el campus. Antes de que pudiese colgar, me apresuré a preguntarle si había alguna otra forma de contactarla. Inventé una excusa sobre un asunto familiar y le dije que necesitaba comunicarme con ella con urgencia. Él se excusó diciendo que no tenía su número de móvil, pero que Sofía se encontraba realizando una investigación de campo con su hijo, el profesor Gonzalo Díaz, en el área de las Bahamas. Me ofreció facilitarme su

teléfono y el del hotel en el que ambos se alojaban. Agendé ambos números en mi celular, el del móvil del profesor Díaz y el del Chickcharnie Hotel, en Isla Andros (la de las Bahamas, no su homónima griega). Le di las gracias y le pregunté además si podía contarme de qué se trataba el proyecto en el que estaban trabajando. Lo hice con anticipado temor, ya que parte de mí intuía la respuesta.

—*Octopus giganteus* —respondió la voz impersonal del catedrático, y a mí el corazón me dio un vuelco—. Una investigación sobre pulpos gigantes.

Colgué bruscamente el teléfono. Fue una total falta de cortesía de mi parte, pero no me importó. Tardé más de un minuto en encender otro cigarrillo debido al temblor de mis manos. El peor de mis miedos emergía de los más oscuros rincones de mi mente y ya sus tentáculos se cernían, implacables, a mi alrededor. Tentáculos. En todos mis años de escritor, no creo haber elaborado una metáfora más precisa.

Veintiséis horas después del perturbador llamado de Sofía, descendía por la escalerilla del avión bajo el sol abrasador de las Bahamas. Cargaba mi bolso de mano como único equipaje mientras iba repasando mentalmente los eventos de las últimas horas. Primero había telefoneado al Chickcharnie, donde tuve que hacer uso de mi oxidado inglés para enterarme de que tanto Gonzalo Díaz como Sofía Vargas estaban registrados allí, pero ninguno de los dos se encontraba en el hotel. Después llamé al profesor Díaz, quien había tenido que interrumpir su trabajo en el proyecto para ser internado en el hospital de Nassau debido al ataque de una medusa. Gonzalo Díaz tenía un trato mucho más cordial que su padre y me contó que, tras su internación, Sofía había regresado a Isla Andros para seguir adelante con la investigación. Prometió llamarlo para mantenerlo informado pero no lo había hecho y él tampoco lograba comunicarse con ella. Finalmente, tras explicarle brevemente quién era yo y cuál era mi relación con Sofía, Gonzalo había accedido a encontrarse conmigo en el aeropuerto de Nassau. Y allí estaba él, vistiendo la camisa hawaiana y el sombrero Panamá que me había dicho que usaría. Y yo acudí a estrechar su mano.

Durante el almuerzo en la terminal, Díaz me contó que llevaban más de dos meses trabajando en ese proyecto, que había comenzado en las aguas del golfo de México y que, desde hacía un par de semanas, se había trasladado al archipiélago de las Bahamas. Él era alto, atlético y bronceado, y yo sentí celos por la relación que podría tener con Sofía. Tenía el tobillo derecho cubierto por un vendaje, donde había sido alcanzado por la medusa mientras buceaba.

—Fue una *Pelagia noctiluca* —me explicó—. Vulgarmente conocida como acalefo luminiscente. Posee una toxina altamente urticante, que puede llegar a causar la muerte si uno no es tratado a tiempo con un antídoto.

No me interesaban los cientos de especies de medusas que sin duda conocía, así que le pregunté cuándo había visto a Sofía por última vez. Me respondió que el 31 de Octubre por la tarde, luego de ser internado. Había recibido el alta esa misma mañana y desde el día anterior que llevaba intentando comunicarse con ella.

—La llamo al móvil y no me responde. Y en el hotel me dijeron que no la ven desde antes de ayer —me dijo sin disimular su preocupación.

Yo pensaba en su llamada, algo de lo que todavía no le había hablado. Y no estaba seguro de si debía hacerlo. Díaz me explicó que tenían equipo de acampada y que, de encontrar algo de interés en la isla, ella se habría quedado allí hasta completar el trabajo. Pero no por eso dejaría de contestar el teléfono.

Terminamos el almuerzo, que Gonzalo insistió en pagar aduciendo que yo ya había tenido suficientes gastos entre llamadas de larga distancia y pasajes de avión de última hora. Lo que, por otra parte, era cierto.

—Usted debe ser muy amigo de Sofía para tomarse tantas molestias por ella —me dijo.

No supe qué responderle.

Volamos en charter hasta Andros. Desde la ventanilla del pequeño jet pude apreciar la forma de la isla, dividida por el canal conocido localmente como *Tongue of the Ocean*, que albergaba a uno de los arrecifes de coral más

grandes del mundo, según me ilustraba Gonzalo con la monotonía de un guía turístico. Pensé que la imagen de la isla emergiendo de entre las aguas color turquesa se habría antojado paradisíaca para cualquiera, menos para mí. La sola idea de estar en una pequeña masa de tierra rodeada completamente por el océano era suficiente para, cuanto menos, ponerme nervioso.

Tomamos un taxi desde el aeropuerto hasta el hotel. Como era de esperarse, no había novedades de Sofía en la recepción, y Gonzalo me cedió su habitación para que pudiera ducharme y cambiarme de ropas, algo que agradecí tras un vuelo de diez horas. No puedo decir que me sorprendí al ver que él y Sofía compartían un cuarto con cama matrimonial; tampoco que me agradó enterarme.

—Sofía y yo tenemos una… relación desde hace un par de meses —me confesó discretamente, pero yo escuché: Hace un par de meses que me estoy acostando con la amiga de tu infancia, tu primer amor y la mujer de tu vida. Era algo estúpido e inmaduro, pero mientras me duchaba no puede evitar el sentirme traicionado.

Para cuando regresé al vestíbulo del hotel, fresco y recién afeitado, Gonzalo ya no estaba. Me había dejado un mensaje en recepción, en el que me decía que iba a intentar seguirle el rastro a Sofía a través de unos conocidos en la isla. Prometía estar de vuelta antes del anochecer, y mientras tanto me sugería descansar en su habitación o recorrer el pueblo. Opté por lo primero. De esa forma también podría husmear entre sus notas y averiguar algo más acerca del proyecto.

Además de la computadora portátil, —bloqueada y con clave de seguridad, como era de esperarse—, Gonzalo y Sofía también llevaban sus archivos a la vieja usanza, en la forma de una gruesa carpeta repleta de recortes de periódicos, impresiones de mapas, de fotos satelitales e infinidad de anotaciones en donde reconocí la caligrafía de mi amiga, elegante a pesar de lo apretado de la escritura.

Indagando entre sus páginas, me encontré con una completa base de datos acerca de los octopus giganteus y su posible presencia en las Bahamas.

Desde el hallazgo del cadáver en descomposición de un animal de gran tamaño a fines del siglo XIX, cuya descripción coincidía con la de un pulpo de varias toneladas de peso, hasta los numerosos registros de pescadores y buceadores desaparecidos en el área de los *blue holes*, abruptas fosas de trescientos o más metros de profundidad que, de acuerdo con los archivos, constituían el hábitat perfecto para uno de estos monstruos. Pero lo más llamativo de esas notas, y lo que me provocó un estremecimiento involuntario, fueron las referencias a una leyenda local de los pescadores bahameños. Decía que los nativos de la isla Andros, así como los de las vecinas islas Caicos, evitaban navegar sus piraguas cerca de los *blue holes* ya que éstos eran la guarida de un monstruo marino, una criatura gigantesca y maligna a la que llamaban Lusca. Reviví el final de mi conversación telefónica con Sofía y debí luchar contra el visceral horror que amenazaba con apoderarse de mis actos. Pues Lusca había sido su última palabra antes de que su voz se perdiera entre el rumor de las olas.

Mi cansancio debió vencer al miedo en algún momento y caí dormido entre abismos oceánicos y leyendas marinas. Como era de esperarse, mis tribulaciones se extendieron hasta mis sueños y me vi nadando a través de la inmensidad de un mar monstruoso y eterno, intentando patéticamente mantenerme a flote hasta que algo atrapaba mis piernas y me arrastraba hacia el fondo. Yo braceaba en un esfuerzo infructuoso, risible, por zafarme de esa fuerza despiadada que acababa por sumergirme. Sabía que esos monstruosos tentáculos que me aprisionaban no eran más que una extensión de algo mucho más grande y terrible. Algo que esperaba por mí en las profundidades. Cerré los ojos.

Volví a abrirlos en la habitación, jadeante y empapado en sudor, tendido sobre el lecho que Sofía compartía con otro hombre. El reloj de la mesa de luz marcaba la una menos cuarto de la madrugada, y Gonzalo aún no había vuelto.

Sonó mi teléfono celular, rasgando abruptamente el silencio del cuarto y haciéndome dar un pequeño salto. Atendí, nervioso. Era Gonzalo.

—Sé lo que le pasó a Sofía —me dijo en un tono mecánico, no distinto del que había usado ella en su última llamada. Se encontraba en un pequeño asentamiento de pescadores, a unas pocas millas al sur de San Andros, y me dio indicaciones precisas sobre cómo llegar. Al borde de la histeria, le supliqué que me dijera qué le había pasado a Sofía.

—Ven y lo sabrás —respondió. Antes de que colgara creí oír un apagado clamor de fondo, como el eco de cánticos tribales, incomprensibles para el oído civilizado.

Llegué al pequeño poblado pesquero alrededor de las tres de la mañana. El taxi me había dejado donde terminaba el estrecho camino de tierra que se desviaba de la carretera, y tuve que recorrer el último trecho caminando. Y caminando avancé también entre las precarias cabañas con techos de paja, con el corazón rebotando salvajemente contra mi pecho. El poblado estaba desierto, pero el resplandor anaranjado de una gran fogata proveniente de la playa, junto con el resonar de los cánticos que ya había oído más temprano esa misma madrugada, me indicaron el paradero de sus habitantes. La expectación pudo más que el miedo y avancé hacia ellos.

Eran alrededor de treinta, entre hombres, mujeres y algunos niños. Nativos bahameños todos ellos, de piel oscura y cuerpos fibrosos, fuertes y semidesnudos que se agitaban frenéticamente alrededor de las llamas, sumidos en el trance de la danza ritual. Tal vez la misma danza que, miles de años atrás, bailaran sus antepasados en el corazón del África como tributo a deidades que ya eran ancianas antes de que el rey de los judíos naciera en Belén. Su cántico llenó mis oídos y, mientras contemplaba como hipnotizado las sombras danzarinas que arrojaban sobre la arena de la playa, comencé a perder el contacto con la realidad. Todo se había convertido en una especie de visión lejana de la que yo era más observador que partícipe. Ni siquiera reaccioné cuando uno de ellos, un niño, notó mi presencia y me señaló con un grito. Ni cuando se cerraban a mi alrededor una multitud de rostros impasibles como negras efigies de basalto, salvo por sus ojos, que brillaban con demente fanatismo.

Me derribaron e inmovilizaron de espaldas sobre la arena, sin resistencia alguna de mi parte. Manos oscuras me arrancaron la camisa y uno de ellos trazó extraños símbolos en mi pecho desnudo, con la sangre aún caliente de una gallina degollada como tinta. En la delirante serenidad que había tomado el control de mi mente reconocí algunos ritos y fórmulas como pertenecientes al Obeah, una de las tradiciones místicas africanas al igual que la Santería, el Umbanda y el Candomblé, pero mucho más oscura y hermética. La multitud inició un nuevo cántico, entonado a medias entre el *patois*, el cerrado dialecto bahameño, y alguna lengua olvidada del continente negro. De lo que cantaban sólo fui capaz de identificar una palabra, repetida una y otra vez cual infernal salmodia: Lusca.

La ceremonia se prolongó hasta que el cielo comenzó a aclarar sobre el océano. Después dos de los más robustos me alzaron como a un muñeco, me cargaron sobre una piragua y se hicieron conmigo a la mar. La ligera embarcación se mecía por encima de las encrespadas olas y yo viajaba sentado entre los remeros con la mirada perdida, extrañamente calmo en una situación que, bajo condiciones normales, me hubiera hecho llorar del pánico. Así navegamos hasta un islote que era poco más que un peñasco rodeado por las aguas, donde me hicieron bajar antes de emprender el regreso. Vi un temor reverencial en sus rostros mientras daban la vuelta y se alejaban, remando con premura.

Está amaneciendo. Sentado sobre la áspera superficie del islote, apenas lo bastante grande para albergarme, contemplo la espuma blanca que dejan las olas al romper contra las rocas de la orilla. Junto a mí descansa un teléfono celular abandonado. Es el de Sofía, desde donde hizo su última llamada. Ahora comprendo cuál fue su suerte, la misma que sin duda corrió su amante, Gonzalo, y la que correré yo mismo dentro de muy poco.

Ilustración: Tut

Lusca es mucho más que una simple leyenda local de las Bahamas, o que una nueva y colosal especie de octopus giganteus como creyeron aquellos antes que yo, en su absurda arrogancia de intelectuales, y como sin duda comprendieron antes del final. Es el nombre de una deidad tan milenaria e inmisericorde como el mar, adorada desde tiempos inmemoriales. Tal vez el último de una especie que reinaba sobre la creación mucho antes de que el primer morador de la superficie se arrastrara fuera de las aguas del océano primordial.

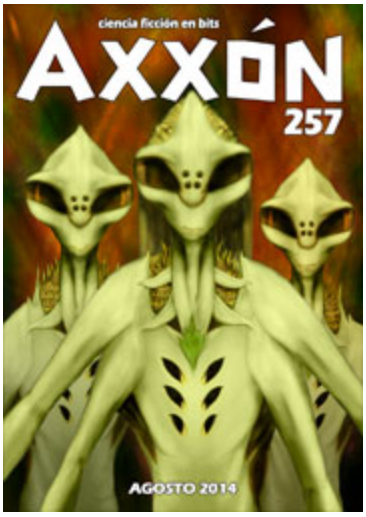
Pero nada sé con certeza al respecto y sólo puedo especular. De lo único que estoy seguro es de lo siguiente: bajo las aguas que se agitan frente a mis ojos cansados, quizás bajo este mismo islote, se encuentra la morada de ese ser ancestral. De ese soberano indiscutido de las profundidades insondables. Pronto, de esas mismas aguas, emergerán sus tentáculos para reclamar su ofrenda.

Ya falta muy poco. El mar se agita y arremolina cada vez más en torno a este peñasco, que es menos islote que altar de sacrificio, y yo adivino movimientos sinuosos bajo la espuma de las olas. Ahora, tan cerca del fin, veo las cosas con mayor claridad. Tal vez todos mis miedos hayan tenido mucho de fascinación, tal vez muy dentro de mí siempre supe que éste sería mi destino. Que así sea, entonces; lo acepto. Esta vez, cuando Lusca, el dios de las aguas, venga por mí, cuando sus tentáculos me envuelvan y arrastren a su cubil submarino, no cerraré los ojos.

Jorge Del Río tiene 36 años y vive en la ciudad de Bahía Blanca, está casado y con un hijo de 6 años. Es docente de lengua inglesa y posee estudios inconclusos de Derecho, aunque se desempeña laboralmente en el sector de RRHH de una compañía multinacional. La lectura y, como consecuencia de ella, la escritura de ciencia ficción, fantasía y horror (y algo de policial también) se cuentan entre sus aficiones.

Lleva escritos varios relatos de género fantástico y de terror (todos ellos, de momento, inéditos), así como una novela de ciencia ficción y cuatro de fantasía (estas últimas estuvieron a punto de ser publicadas por una editorial independiente española, pero la crisis económica de ese país obligó, lamentablemente, a congelar el proyecto).

Este es su debut en Axxón.



ePUB

Encuéntrenos en:

- Sitio principal: http://axxon.com.ar
- Otros números de Axxón Móvil: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
- Comentarios sobre esta versión: axxonpalm@gmail.com
- Twitter: **@axxonmovil**
- Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil